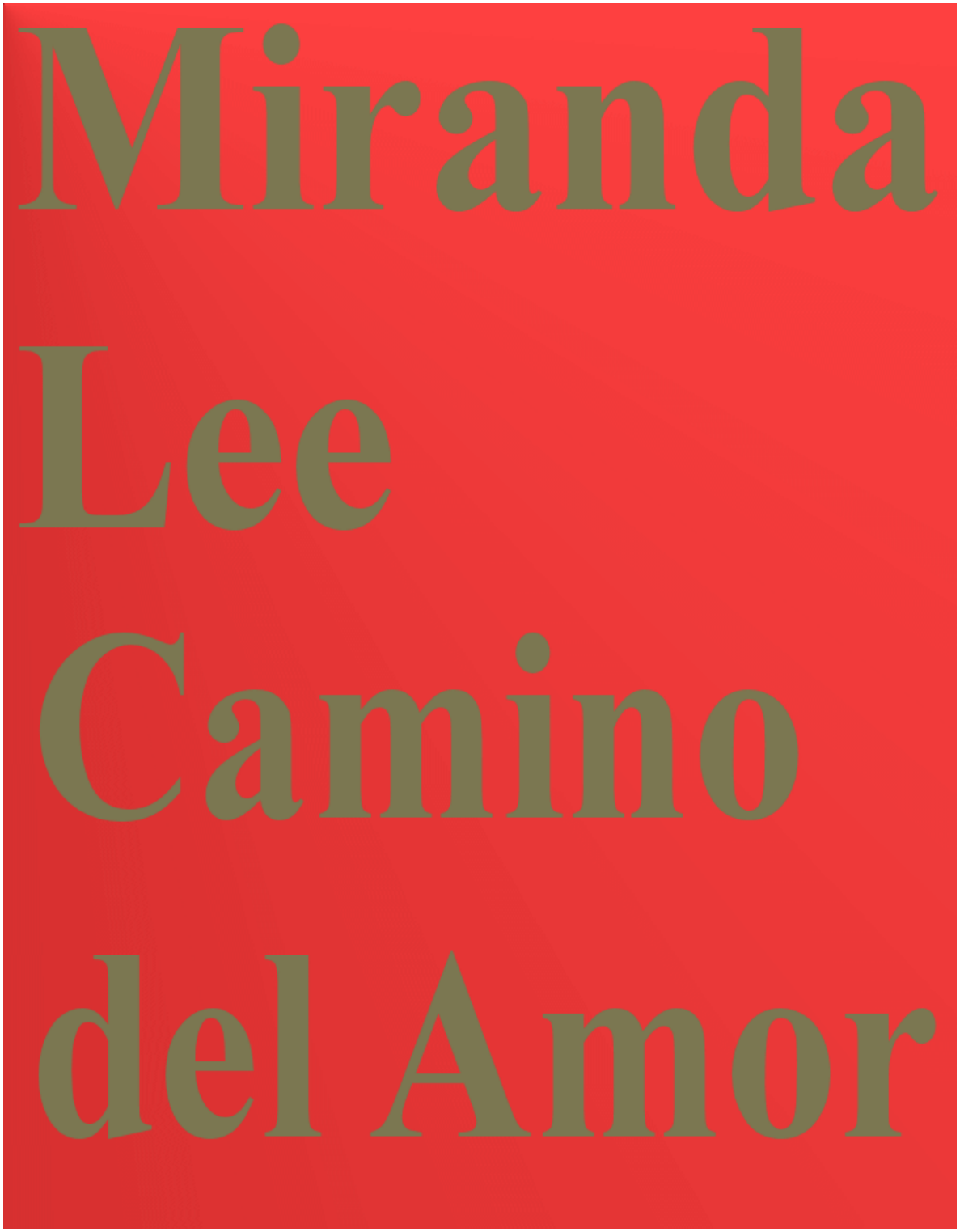
Camino del Amor
Miranda Lee



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

1

Zoe no tuvo ni la más leve premonición de lo que se avecinaba cuando salió del edificio de oficinas en el que trabajaba para acudir a su cita con Drake. Su vida le parecía maravillosa. Por fin.

Habían pasado cinco años desde que había llegado a Sydney desde el campo, siendo una jovencita ingenua y rellenita de veinte años, cargada de esperanzas y de sueños. ¡Y cuántas cosas había aprendido en aquellos años! Todavía se entristecía al recordar algunas de las que le habían ocurrido. Su peor recuerdo era Greg. Era increíble lo canalla que había llegado a ser.

Pero había sobrevivido. Y había superado esa etapa con la absoluta determinación de llegar a tener éxito en la vida, de llegar a convertirse en la mujer que siempre había querido ser.

De acuerdo, para ello había necesitado cuatro años de privaciones, de días agotadores de trabajo y noches interminables de estudio; de dietas y ejercicios extenuantes en el gimnasio.

Pero había merecido la pena, se decía a sí misma mientas bajaba por George Street hacia el puerto. Tenía un aspecto físico increíble, un trabajo interesante, una casa fabulosa y, lo mejor de todo, había encontrado un novio fantástico.

Drake era todo lo que siempre había soñado. No sólo era alto, moreno y atractivo, sino que también tenía éxito en el trabajo y cantidades ingentes de dinero. Pero lo que más le gustaba de él era que estaba loco por ella.

A veces incluso le costaba creerlo.

Se habían conocido cuatro meses atrás, cuando Drake le había vendido a la jefa de Zoe un apartamento en el lujoso centro de la ciudad. En eso consistía el trabajo de Drake, en vender apartamentos en los altos edificios que florecían por la zona de negocios de Sydney. Drake había ganado una fortuna con las comisiones y él mismo había podido permitirse el lujo de comprarse uno de esos apartamentos.

Le había pedido salir a Zoe el mismo día que se habían conocido. Tiempo después, le había confesado que se había tratado de amor a primera vista. Al principio Zoe se mostraba un poco recelosa, y definitivamente avergonzada, pero Drake no había tardado mucho en llegar a convertirse en el centro de su vida. Gracias a él, Zoe se había despedido de los largos y solitarios fines de semana y de los momentos de depresión durante los que se preguntaba qué diablos estaba haciendo con su vida. Y había desaparecido el miedo a no experimentar nunca el amor y el romanticismo con el que tantas jóvenes soñaban.

Zoe miró el reloj cuando el semáforo se puso en rojo. Eran las doce y veintitrés minutos. Frunció el ceño.

Normalmente no tardaba más de diez minutos en ir caminando desde el despacho de abogados arna el restaurante del puerto en el que quedaba regularmente con Drake para almorzar. El Rockey era el restaurante favorito de Drake, un establecimiento de moda situado en el piso superior de un amplio almacén del muelle. Drake había quedado con ella a las doce y media y le había pedido que no llegara tarde porque sólo disponía de una hora.

Drake odiaba tener que esperar, incluso unos minutos. Zoe suponía que su impaciencia se debía a su carácter perfeccionista. Y planificador. Ella también era un poco así.

Tuvo la sensación de que pasaban décadas hasta que el semáforo volvió a cambiar. Zoe corrió por la calle, con el corazón latiéndole violentamente por el miedo a llegar tarde, pero consiguió legar al restaurante con tres minutos de adelanto.

Afortunadamente, Drake todavía no había llegado, lo que le permitió meterse en el lavabo para arreglarse. Su reflejo en el espejo le mostró una frente bañada en sudor y el pelo revuelto por el viento.

Ese era el problema de ir andando. Aun así, le bastaron un par de toques en el pelo para

conseguir que su cabello volviera a convertirse en la favorecedora media melena teñida de castaño que enmarcaba su rostro. El corte era de una de las mejores peluquerías de Sydney y aunque le había costado una fortuna, daba por bien empleado aquel dinero.

En realidad, tenía que levantarse casi una hora antes cada mañana para peinarse. Secarse y alisar su melena rizada no era una tarea fácil. Y tampoco disimular con el maquillaje hasta su menor defecto, consiguiendo que pareciera natural y sin tener que retocarlo continuamente a lo largo del día.

Aunque cuando se terminaba corriendo calle abajo por George Street, no quedara más remedio que hacerlo.

Se aplicó una ligera capa de polvos traslúcidos para disimular el sudor, se retocó la pintura de labios y ya estaba lista.

Una mirada al reloj le indicó que oficialmente llegaba un minuto tarde. Cuando salió y descubrió a Drake sentado a la mesa y tamborileando con los dedos con impaciencia sobre el blanco mantel, gimió desesperada.

¡Maldita, maldita fuera!

Esbozando una sonrisa radiante, Zoe corrió hacia él. Drake giró el rostro hacia ella con expresión de disgusto. Zoe no pudo evitar cierta exasperación. Al verlo, cualquiera pensaría que llevaba esperándola media hora, en vez de un par de minutos.

Abrió la boca, dispuesta a disculparse, pero de pronto, el ceño fruncido de Drake se metamorfoseó en una sonrisa de admiración mientras sus ojos vagaban por aquel cuerpo esculpido por el gimnasio, encerrado aquel día en un elegante vestido de seda negro y blanco.

La tensión interna de Zoe se esfumó en un instante. Adoraba que Drake la mirara así: como si fuera la mujer más hermosa del mundo.

Aunque Zoe sabía que no lo era. Lo único que había hecho había sido trabajar su cuerpo y aprender a sacar lo mejor de sí misma.

Drake, comprendió con repentina perspicacia, era un caso similar. Aunque atractivo, tenía algunos defectos que había aprendido a disimular y que pasaban inadvertidos en cuanto desplegaba todo su encanto, como estaba haciendo en aquel momento. Su sonrisa resplandeciente y la intensidad de su mirada hacían que al mirarlo Zoe se olvidara por completo de que su nariz era demasiado grande y sus labios excesivamente finos. Los carísimos trajes que siempre llevaba conseguían que sus hombros parecieran mucho más anchos de lo que realmente eran. Y aunque hacía pesas en el gimnasio, Drake no estaba en una gran forma física.

Pero a Zoe no le importaba. De hecho, ella jamás juzgaría a nadie únicamente por su aspecto físico.

-Desde luego, ha merecido la pena esperar -la saludó Drake, al tiempo que se levantaba para ofrecerle una silla.

-En realidad había llegado a la hora -contestó ella mientras se sentaba-. Pero el viento me había destrozado el peinado.

-A mí me parece prefecto -repuso Drake mientras volvía a sentarse, mirándola todavía con admiración-. Tú siempre me pareces perfecta.

Zoe soltó una carcajada.

-Deberías verme a primera hora de la mañana.

-Pero si ya te he visto. Y puedo asegurar que estás incluso más guapa.

Zoe sonrió un poco avergonzada. Drake podía decir eso porque ella siempre corría al baño antes de que él se despertara y se arreglaba antes de volver a la cama.

Su miedo a que Drake pudiera verla sin arreglar era muy fuerte, y probablemente también irracional, dado lo mucho que éste la amaba. Pero no podía evitarlo.

-Por eso dicen que el amor es ciego.

-No lo creo. Por lo menos no en mi caso. Cuando te miro, sé exactamente lo que veo: a la mujer perfecta. Eres hermosa, inteligente, sexy. Pero lo mejor de todo es que sabes lo que quieres y estás dispuesta a trabajar duramente para conseguirlo. No tienes idea de lo atractivo que eso me resulta -alargó la mano para acariciar los perfectamente pedicurados dedos de Zoe-. Estoy completamente loco por ti.

-Y yo estoy loca por ti -contestó ella, suavemente.

-¿Entonces por qué no te vienes a vivir conmigo?

Zoe disimuló un suspiro. Aquella era la segunda vez que Drake se lo proponía.

La oferta era halagadora, suponía, pero no era lo que Zoe quería en aquel momento de su vida. Zoe acababa de descubrir lo que era un noviazgo romántico y no quería renunciar a él todavía. Sabía lo que sucedía cuando la gente comenzaba a vivir en pareja. O se acostumbraba demasiado pronto a la presencia del otro o comenzaba a discutir por problemas domésticos.

Al final, la chica terminaba teniendo que ocuparse de la casa y resentida con su novio. Zoe ya había tenido que hacer de ama de casa de su padre durante bastantes años y no estaba dispuesta a repetir la experiencia.

Pero no podía decirle eso a Drake. Sería muy egoísta por su parte.

-Drake, mira, lo siento. Te quiero con locura, pero de momento preferiría dejar las cosas tal como están. Hace muy poco tiempo que nos conocemos. E irse a vivir con el otro es un paso muy importante.

Drake apretó los labios y Zoe experimentó un momento de pánico. ¿Qué pasaba? ¿Estaría dispuesto a abandonarla porque no quería vivir con él?

Drake inclinó la cabeza hacia un lado y sonrió con recelo.

-¿Estás jugando otra vez a hacerte la difícil?

-¿A qué te refieres? -preguntó Zoe, extrañada.

-Bueno, tardé dos meses en conseguir que te acostaras conmigo. Estaba empezando a pensar que eras frígida.

Zoe sospechaba que su negativa a acostarse con Drake había avivado su interés, pero no se trataba de ningún juego de seducción. La verdad era que su relación con Greg la había dejado llena de inseguridades y con una muy pobre opinión sobre su aspecto. A pesar de que Zoe había conseguido tener una figura que la mayoría de las mujeres envidiarían, había necesitado la incesante persecución de Drake y sus halagos constantes para sentir la confianza en sí misma que le permitiera exponerse a él.

Al final Drake había conseguido seducirla, por gentileza de dos botellas de vino, una cena, y dos horas de preliminares y declaraciones de amor incondicional.

Lo de la frigidez ni siquiera se lo había planteado.

Por supuesto, Zoe admitía que no era una fiera en la cama. ¿Cómo podía serlo cuando su única experiencia anterior a Drake había sido con un hombre al que sólo le interesaba desahogarse? Afortunadamente, las técnicas de Drake la habían ayudado a abrir los ojos. Cuando había llegado al orgasmo la primera noche, tenía la sensación de haber alcanzado la luna.

Desgraciadamente, con el tiempo los orgasmos habían vuelto a ser tan escasos en su cama como los bombones en su dieta.

La culpa no era de Drake, por supuesto. Él era un magnífico amante. Atento, tierno y romántico, siempre hacía y decía lo que debía. La culpa era enteramente suya. Cuando se desnudaba, siempre estaba excesivamente pendiente del aspecto que tenía. El ejercicio y la dieta la habían ayudado a desprenderse de la grasa y la piel flácida, pero no de los complejos que albergaba en su cabeza.

Y tener pensamientos negativos sobre sí misma podía llegar a convertirse en una obsesión.

Cuando Drake había empezado a molestarse por su falta de orgasmos, Zoe había hecho lo que cualquier mujer sensata y enamorada habría hecho en su lugar: había comenzado a fingirlos. Al fin y al cabo, ¿por qué debería Drake tener que sentirse culpable cuando la culpable era ella?

Y quizá algún día, cuando se sintiera realmente relajada, cuando todas sus dudas y temores se hubieran disipado, podría volver a funcionar con la precisión de un mecanismo de relojería. Hasta entonces, Zoe no se iba a dejar presionar por esa pequeña imperfección en su relación.

-¿Ya has pedido? -le preguntó, cambiando bruscamente de tema.

-Es lo primero que he hecho al llegar. Apareció entonces el camarero con una copa de Chardonnay helado para Zoe y una botella de agua mineral para Drake. Él nunca bebía cuando tenía que volver al trabajo.

-He pedido lo de los dos -añadió Drake cuando Zoe levantó la carta.

-Oh.

Zoe intentó no sentirse irritada. Una vez más, ella era la única culpable. Durante sus primeras citas con Drake, siempre había delegado en él y en sus magníficos conocimientos gastronómicos y, a partir de entonces, Drake muchas veces pedía por ella.

-No podía esperar a que llegaras -le explicó él, intuyendo su enfado-. Ya te lo he dicho, no tengo mucho tiempo. He quedado con un cliente en el Hyatt a la una y media. Es un ejecutivo de Hong Kong. Quiere alquilar un ático en el centro de Sydney. Y para él el dinero no es ningún problema.

-Vaya, parece un buen negocio.

-Desde luego. Desde los juegos olímpicos, Sydney ha alcanzado una gran notoriedad. Algo lógico, supongo, puesto que se trata de una de las mejores y más hermosas ciudades del mundo.

-No tienes por qué venderme Sydney -comentó Zoe-. Me encanta esta ciudad. Mira qué vistas.

Desde donde estaba sentada, Zoe podía ver la Casa de la Ópera a la derecha y el puente a la izquierda. Justo delante de ella, un crucero blanco se deslizaba por las aguas azules del mar.

Estaba bebiendo un sorbo de vino y admirando las vistas, cuando oyó a Drake respirar con fuerza, como si acabara de llevarse una sorpresa. Se volvió hacia él y lo descubrió mirando fijamente hacia algo, o hacia alguien. Lo oyó murmurar para sí.

Zoe giró en la silla, intentando descubrir el objeto del nerviosismo de Drake.

Era rubia y se dirigía hacia ellos.

Zoe no la reconoció, y lo habría hecho si se hubieran visto antes. Las rubias de casi dos metros y curvas sinuosas eran difíciles de olvidar.

-Vaya, vaya -comentó la rubia con una edulcorada sonrisa en cuanto se detuvo ante su mesa-. Si tenemos aquí al mismísimo Drake Crason, ese hombre capaz de romper tan rápidamente sus promesas. Dijiste que me llamarías. Siento interrumpir, cariño -le dijo a Zoe-, pero Drake y yo tenemos un asunto pendiente. Dijiste que me llamarías, ¿verdad, amor? Ya sé que sólo han pasado un par de semanas desde la conferencia, pero realmente había llegado a

creer que me considerabas alguien especial. ¿No serás uno de esos canallas que mienten para llevarse a una mujer a la cama? Uno de esos tipos que creen que pueden hacer todo lo que les apetezca cuando están lejos de la mujercita que los espera en casa sin preocuparse de las consecuencias, ¿verdad?

Drake la fulminó con la mirada, pero no dijo nada.

Zoe se sentía como si acabara de abrirse un agujero negro debajo de su silla y estuviera a punto de tragársela. Drake había asistido a una conferencia sobre el mercado inmobiliario que se había celebrado en Merlbourne dos semanas atrás. Y la había llamado todas las noches para decirle lo mucho que la echaba de menos.

Zoe lo miró fijamente, deseando creer que aquella mujer estaba loca de celos y aquello sólo era un intento de romper su relación. Pero era imposible ignorar la expresión culpable de Drake.

-Oh, así que eres uno de esos canallas, ¿verdad? -se burló la rubia-. Vaya, ¡jamás lo habría imaginado! Pues tienes suerte de que yo no sea una bruja vengativa, como esa chica de la película... ¿cómo se llamaba? *¿Atracción Fatal?* En cuanto descubro que un tipo es un mentiroso, ya no quiero tener nada que ver con él -se volvió hacia Zoe-. Caramba, cariño, estás un poco pálida. No me digas que tú eres la mujer que lo esperaba en *casa.* Qué pena. Y pareces muy agradable. Pobrecita. En fin, adiós, Drake. Que tengas un buen día.

Zoe observaba con la boca seca mientras la rubia se alejaba caminando hacia el hombre que la esperaba en recepción.

Drake todavía no había dicho una sola palabra, pero sus ojos lo decían todo.

Zoe se sentía enferma. Y sorprendida. Y destrozada.

-Te acostaste con ella, ¿verdad?

-No fue como ella lo ha contado -musitó él, sin mirarla a los ojos.

-¿Entonces cómo fue? -se oyó preguntar Zoe a sí misma con voz fría.

No podía creer que aquello estuviera ocurriéndole por segunda vez. Ella habría jurado que Drake no era como Greg, creía que la amaba. Que su relación no era solamente una broma cruel.

Drake alzó la mirada. El pánico revoloteaba en sus ojos.

-Dios mío Zoe, no me mires así. Te amo, cariño. De verdad.

-Pues hacer el amor con otra mujer es una extraña forma de demostrarlo.

-Pero con ella no hice el amor. Tú eres la única mujer a la que amo. Sólo fue sexo. No significó nada. Ella no significa nada para mí.

Zoe despreciaba a los hombres capaces de decir cosas como aquella.

-Pues parece que ella pensaba que sí -señaló con amargura-. En caso contrario, no se habría sentido tan herida.

-No te creas -la contradijo, con las mejillas encendidas por el enfado-. Algunas mujeres son auténticas brujas. Créeme, ella sabía perfectamente que se trataba de una aventura de una sola noche y ahora, quién sabe por qué, finge que era algo más.

Zoe sacudió la cabeza. Todo comenzaba a darle vueltas.

-¿Pero cómo es posible que estés enamorado de mí y te acuestes con otra mujer? ¿Cómo?

-Ya te lo he dicho. Sólo era sexo. Hay una gran diferencia. El amor y el sexo no siempre van juntos, Zoe, yo pensaba que ya lo sabías. No eres una niña. Tienes veinticinco años, intenta comprenderlo -se pasó las manos por el pelo. Estaba temblando.

Por primera vez desde que había aparecido aquella rubia, Zoe pensó que Drake podía amarla de verdad.

-Lo siento -continuó él, precipitadamente-. Lo siento mucho más de lo que te puedes imaginar. Pero no fue como ella dicho. Sólo fue una debilidad momentánea. Tú eres la única mujer a la que amo, y demasiado quizá. Te echaba terriblemente de menos y te deseaba con locura. No podía dejar de pensar en ti y estaba muy excitado. Todo ocurrió la última noche del congreso. Estábamos muy bebidos.

-Tú nunca bebes cuando trabajas -le recordó Zoe, con una oleada de enfado.

No quería que Drake la tranquilizara con excusas o explicaciones. ¿Es que no se daba cuenta de lo que había hecho? Podía llamarlo como quisiera, pero había tenido una relación íntima con otra mujer. Y le había susurrado palabras dulces al oído mientras lo hacía.

Quizá fuera eso lo que más le dolía. Más incluso que la traición física. Las cosas que podía haber dicho.

-El congreso prácticamente había terminado. No tenía que conducir, ni trabajar. Mira, prácticamente se arrojó a mis brazos. Me siguió al ascensor al final de la noche y prácticamente me violó. Después de lo ocurrido me odiaba a mí mismo, ¿pero qué puedo decir? No soy un santo. Sólo soy un hombre. He cometido un error y estoy terriblemente arrepentido. No pretendía hacerte daño. Pensaba que nunca te enterarías.

-Evidentemente -ya no era capaz de mirarlo. Sólo era capaz de pensar en esa rubia y en él haciendo el amor en el ascensor.

-No seas así, Zoe. Intenta comprenderme.

-No creo que pueda.

Lo que significaba que lo único que le quedaba por hacer era romper con él. Después de lo de Greg, se había prometido a sí misma que jamás volvería a salir con un hombre capaz de traicionarla. Y ese era el motivo por el que había pasado cuatro largos años sin salir con nadie.

Aun así, la idea de volver a estar sola la aterraba. No quería volver a estar sola otra vez. A esas alturas, no lo creía posible. Pensaba que siempre tendría a Drake. Imaginaba que, tras dos años de noviazgo, terminarían casándose, teniendo hijos y formando una feliz familia.

Un sollozo escapó de su garganta. Drake gimió.

-No llores, cariño. Por favor, no llores. Si puedes perdonarme -buscó sus manos a través de la mesa-, esto no volverá a ocurrir.

Zoe apartó la mano, sobrecogida por una oleada de amargura.

-¿Y qué ocurrirá la próxima vez que vayas a una conferencia y una rubia se arroje a tus brazos?

-Sabré a lo que me arriesgo y no haré nada.

Zoe lo miró confundida.

-Pero continuarías deseando hacerlo, ¿verdad?

-Por el amor de Dios, Zoe. Sólo tengo treinta años. Soy un hombre con sangre en las venas e instintos sexuales. Que esté enamorado de ti no significa que no pueda sentirme físicamente atraído por otra persona. Eso sería tan irreal como antinatural. Pero tienes mi palabra de que nunca me volveré a dejar llevar por esa atracción.

Zoe lo miró fijamente. Quería creerlo. Lo deseaba de verdad. Pero entonces pensó en lo que la rubia había dicho antes de irse: «pobrecita».

-Creo que necesito un poco de aire fresco. Y tiempo para pensar

-Por favor, Zoe, no te vayas. Quédate conmigo, hablemos.

Zoe sacudió la cabeza. Quedarse y hablar con Drake era lo último que debería hacer. Drake tenía demasiada labia. Era un excelente vendedor. Y quizá un excelente mentiroso.

-Podemos solucionar esto -insistió él-, estoy seguro de que podemos. No quiero perderte, cariño. Te amo. Y sé que tú me amas. Zoe lo fulminó con la mirada.

-Sí, pero tu idea del amor y la mía son completamente opuestas. Sé que yo nunca haría lo que has hecho, fueran cuales fueran las circunstancias.

-¿No hay nada que pueda decir para que me comprendas?

-Ahora mismo no.

-¿Y más tarde?

-Déjalo por hoy, Drake.

-No puedo. Pasaré por tu casa después del trabajo. No pienso dejar que te apartes de mí, Zoe.

-Lo sé -contestó ella.

Y esa era otra de las razones por las que necesitaba alejarse de él. Porque temía que Drake pudiera convencerla de que lo perdonara, porque sabía que el amor era un sentimiento que la debilitaba.

Se levantó en el momento en el que llegaba el camarero con la comida. Por un instante, estuvo a punto de quedarse para paladear cada bocado de aquella comida deliciosa.

La tristeza siempre le daba hambre.

Pero si engordaba se sentiría incluso peor, así que sabía que en aquella mesa no había ningún consuelo para ella. Y mucho menos en presencia de Drake. Estaba deseando estrangularlo por haberle hecho eso a ella, por haberlo estropeado todo. Por haberse comportado como lo habría hecho cualquier hombre.

Ella pensaba que era diferente.

Pero no lo era.

-Tengo que irme -dijo con voz desgarrada.

Y se marchó.

2

Zoe no se fue a pasear. Cuando sintió la amenaza de las lágrimas, se dirigió directamente a la oficina. En el ascensor intentó controlarse, pero en cuanto se abrieron las puertas en el piso decimosegundo, comprendió que su capacidad de control estaba a punto de abandonarla.

Desgraciadamente, las oficinas de la firma de abogados Phillips & Cox estaban al final de un pasillo en aquel momento muy concurrido. Y llorar no sería una opción hasta que estuviera completamente a solas.

Zoe apretó los dientes y se lanzó sobre la moqueta gris, esbozando una artificial sonrisa cada vez que se cruzaba con algún conocido.

Al final consiguió llegar a la oficina, pero sólo para encontrar a June, la recepcionista, comiendo detrás del escritorio.

-¿Por qué has vuelto tan pronto? -le preguntó June en cuanto la vio-. ¿No se suponía que ibas a comer con tu novio en el Rockery?

Zoe apretó los dientes con fuerza.

-Lo han llamado por un asunto de trabajo. Así que he decidido venir a tomar aquí el café.

-Qué tonta. Yo me habría quedado allí. Aquí el café es malísimo.

-Oh, bueno... -Zoe forzó una sonrisa y pasó a la habitación en la que estaba la cafetera, deseando que estuviera desierta para poder llorar tranquilamente.

Pero desgraciadamente, estaba allí su jefa.

-¿Por qué demonios has vuelto tan temprano? -le preguntó Fran en cuanto la vio-. Creía que estabas con tu novio.

Zoe ya no pudo seguir conteniéndose.

Fran se quedó literalmente sin respiración cuando Zoe rompió a llorar. Durante los seis meses que llevaba trabajando para ella, Zoe no había llorado una sola vez. Ni siquiera se había alterado nunca. Era tan fría y competente que a veces Fran se olvidaba de que sólo tenía veinticinco años.

Fran no era una persona de naturaleza dulce o compasiva, pero tenía una experiencia considerable en tratar a mujeres llorosas. Y también en los motivos que las hacían llorar. No en vano, estaba especializada en casos de divorcio.

Así que no hizo falta que nadie le dijera que había un hombre detrás de las lágrimas de Zoe. Y sólo había un hombre en la vida de Zoe: el exitoso y encantador Drake Carson.

Tomó un puñado de pañuelos de papel de la caja que había sobre el mostrador, se los entregó a su secretaria y después la hizo pasar a su despacho.

-Siéntate -le ordenó, empujando a Zoe en una de las cómodas sillas de cuero que había frente a su escritorio, antes de ocupar ella misma su asiento.

Una vez allí, esperó pacientemente a que hubiera terminado lo peor del ataque de llanto.

-¿Puedo ofrecerte algo? -le preguntó entonces-. ¿Un café, un brandy? ¿Quieres que le de un puñetazo a algún hombre?

Zoe alzó la cabeza y rió con pesar.

-¿Quieres hablar sobre ello? -le preguntó Fran.

Zoe miró a su jefa y de pronto vio en ella no sólo a una brillante abogada, sino a la mujer. Una mujer de treinta y ocho años, muy atractiva, con el, pelo corto y negro como el azabache, los ojos grises y una excelente figura. Era una mujer altamente respetada por sus colegas y clientes y estaba casada con Angus Phillips, el primer socio de la firma.

¿Pero cómo habría sido su pasado? Estaba segura de que una mujer como ella debía haber tenido otros hombres en su vida. Docenas de hombres. Parecía saber mucho más de la vida que Zoe. Quizá Fran intentara explicarle que lo que había sucedido entre Drake y aquella rubia era algo que podía perdonarle.

Porque eso era precisamente lo que ella realmente quería hacer. Tras haber tenido algunos minutos para pensar en ello, cortar con Drake le parecía una posibilidad demasiado terrible.

Así que le contó a su jefa lo que había pasado. Fran la escuchó sin interrumpirla. Su rostro no expresaba nada, pero Zoe sospechaba que no la había sorprendido. Lo cual sorprendió a Zoe.

-¿No te sorprende? -le preguntó.

Fran esbozó una sonrisa.

-Nada de lo que hagan los hombres me sorprende Zoe. Y cuanto más atractivo es un hombre, menos me sorprende, Así que no, no estoy sorprendida. Sin embargo, creo que es una

pena que hayas descubierto esa pequeña indiscreción de Drake. Porque en caso contrario, continuarías siendo perfectamente feliz con él.

-Pero... Pero no ha sido sólo una pequeña indiscreción. Me ha sido infiel. Y sospecho que más de una vez. No me he creído ni por un momento que se acostara una sola noche con ella.

-¿Por qué? ¿Tan atractiva era?

-Era increíble, tenía unos senos tan grandes como los que aparecen en las revistas.

-Quizá Drake sea un fetichista de los senos. O quizá ella le haya dado algo que tú no has sido capaz de darle. Perdóname por meterme en tu vida, Zoe, pero no puedo darte un consejo sin conocer los hechos. ¿Estás segura de que satisfaces a Drake en la cama?

-Yo... Yo pensaba que sí.

-¿Por qué? ¿Porque tenéis relaciones sexuales con frecuencia?

-Bueno, ¿no es ese el criterio principal? -Zoe tenía la impresión de que los hombres se quejaban de que nunca tenían suficiente.

-No necesariamente. Algunos hombres están más interesados en la calidad que en la cantidad. Hay diferentes posturas. Lugares diferentes. Supongo que tú no serás una de esas jovencitas tímidas que sólo hacen el amor en la cama y con la luz apagada, ¿verdad?

-Por supuesto que no -negó con calor. Y realmente no lo era.

En realidad era Drake el que quería que lo hicieran siempre en la cama. Y era único creando un escenario romántico, con sábanas de satén, velas perfumadas y música de ensueño.

Y a ella también le gustaba, claro. A Zoe le gustaba la comodidad. Y la luz de las velas era muy favorecedora. En cuanto a lo de las diferentes posturas… Bueno, Zoe agradecía que Drake no quisiera hacer el amor a cuatro patas y en el suelo. Ni apoyado contra la pared de la ducha, o con ella encima...

Le bastaba pensar en aquella exposición física para acobardarse.

Pero en aquel momento, se preguntaba si en realidad Drake aspiraba a hacerlo de esas formas y no se había atrevido a pedírselo. ¿Habría hecho el amor con aquella rubia en el ascensor para realizar sus fantasías sexuales?

-¿Y qué me dices del sexo oral? -insistió Fran. Zoe se sonrojó violentamente. Le resultaba muy extraño tener aquel tipo de conversación con su jefa.

-Eh... digamos que no es mi forma favorita de hacer el amor -confesó. Lo había hecho una sola vez. Y durante veinte segundos. Pero, afortunadamente, Drake la había detenido antes de que ocurriera algo irremediable. Nunca le había pedido que volviera a hacerlo-. No creo que tampoco sea la forma favorita de Drake -añadió a la defensiva.

-¿De verdad? Me extraña, porque a la mayoría de los hombres les encanta. Pero supongo que tú conoces a tu novio mejor que nadie.

-Eso pensaba -se lamentó Zoe-. Pero a lo mejor no lo conozco en absoluto. Quizá toda nuestra relación haya sido una farsa. A lo mejor ha estado teniendo todo tipo de aventuras desde el principio.

-No creo, Zoe. Si hubiera sido así, yo lo sabría.

-¿Qué?

Fran le dirigió una divertida mirada.

-Angus y yo estamos viviendo en el mismo edificio que Drake desde que empezaste a salir con él. Compartimos el garaje, los ascensores, la piscina y el gimnasio. Y nunca lo he visto

con otra mujer. Ni una sola vez.

Zoe sonrió radiante ante aquella noticia.

-¿Pero a qué se refiere Drake cuando dice que sólo buscaba sexo con esa rubia? -le preguntó-. Yo tengo la impresión de que ni siquiera le gustaba, y eso es precisamente lo que no entiendo. ¿Cómo puedes tener sólo sexo con alguien que ni siquiera te gusta, o a quien no conoces? ¿Eso sólo lo pueden hacer los hombres? ¿Es algo que las mujeres no podemos comprender?

Fran la miró con incredulidad.

-¿Nunca has fantaseado con tener relaciones con un desconocido, o con conocer a un hombre y acostarte con él nada más verlo? Sin preliminares, sin palabras de por medio. Sólo puro sexo.

-Dios mío, no -negó Zoe, con el rostro nuevamente sonrojado-. No se me ocurre nada peor. A mí tiene que gustarme un hombre antes de acostarme con él.

-¿Nunca has tenido una aventura de una sola noche?

-No, jamás.

-Vaya, vaya. Eres una chica realmente original, Zoe. Quizá sea esa la razón por la que Drake no quiere perderte. Ese romanticismo y esa visión de la lealtad son muy escasos en estos días.

Él puede confiar plenamente en ti. Lo que nos hace volver al inicio del problema. ¿Podrás volver a confiar en él? ¿Deberías o no deberías romper con él? ¿Deberías creer lo que te dice y darle otra oportunidad?

-Ese es exactamente mi problema -se lamentó Zoe-. Sinceramente, no sé qué hacer.

-Y sinceramente, no puedo decirte lo que tienes que hacer. Tiene que ser una decisión tuya. Lo único que puedo decirte es que he conocido a muchas mujeres que se han arrepentido de poner fin a su matrimonio tras un caso de adulterio. Han terminado sintiéndose solas y tristes, mientras que su marido se ha ido con la otra mujer.

-De eso es de lo que tengo miedo. De sentirme triste y sola.

-Entonces dale otra oportunidad. ¿Qué tienes qué perder?

-Mi orgullo y mi respeto por mí misma.

-¿Y crees que encontrarás orgullo y respeto por ti misma en una cama vacía?

Pero no era el sexo lo que Zoe iba a echar de menos. Era la compañía. Y la sensación de tener un objetivo. Y la promesa de un feliz futuro en pareja.

Suspiró.

-Supongo que al final volveré con él. Pero no quiero perdonarlo tan fácilmente.

-¿Prefieres hacerlo sufrir durante algún tiempo?

-Sí, supongo que sí. De esa forma podría hacerle comprender lo mucho que me ha hecho sufrir.

-¿Sabes? Creo que no es mala idea -dijo Fran, con expresión pensativa-. ¿Por qué no te vas a alguna parte este fin de semana sin decírselo? Hazlo sufrir un poco. Deja que se preocupe por dónde o con quién puedes estar. Te garantizo que cuando vuelvas a su lado, dejará de dar por sentado que vas a estar siempre a con él.

La idea era atractiva.

-¿Por qué no vuelves a tu casa este fin de semana? -le sugirió.

-Ese es el primer lugar en el que Drake pensaría. Estoy segura de que llamaría a mi casa.

-¿Y no has oído hablar de las mentiras, Zoe? No contestes al teléfono cuando llame y pídele a tu padre que le diga que no sabe nada de ti.

-Sí, podría hacerlo. El problema es que Betty me haría toda clase de preguntas.

-¿Quién es Betty? Creía que eras hija única y que tu padre era viudo.

-Y es cierto. Betty es su ama de lleves. Es una mujer adorable, pero demasiado intuitiva. Y, sinceramente, no quiero hablarle de esto. Drake vino en Navidad a mi casa *y* la verdad es que no estuvo muy amable. Nunca lo está cuando se aburre. Y no quiero seguir arruinando su imagen si voy a volver con él.

-De acuerdo. Así que descartamos lo de tu casa -Fran comenzaba a mordisquear el bolígrafo como si estuviera trabajando en una estrategia legal. Al final se inclinó hacia delante y se levantó-. ¡Ya lo tengo! Le preguntaré a Nigel si puedes usar la casa que tiene en la playa. Él no va a ir este fin de semana. Espera.

Antes de que Zoe hubiera podido contestar, Fran ya se había marchado.

Nigel era Nigel Cox, el tercer socio de la firma. Con cuarenta años y abiertamente homosexual, representaba a algunos importantes clientes del

mundo del deporte. Zoe no tenía mucha relación con él. Al igual que Angus. Nigel tenía su propia secretaria. Pero había oído hablar de la casita que tenía en la playa, a la que June llamaba su «nidito de amor».

Al parecer, estaba cerca de Port Stephens, suficientemente lejos como para mantener apartados a los turistas y al mismo tiempo, suficientemente cerca de la civilización como para poder disponer de los servicios imprescindibles, entre los que incluía una buena selección de restaurantes.

Al cabo de unos minutos, Fran regresó con un manojo de llaves y unos mapas.

-Misión cumplida -anunció, dejando los objetos en el regazo de Zoe-. Nigel, el generoso y encantador Nigel, nunca hace preguntas indiscretas. Se ha limitado a darme esto y a decirme que espera que todo te salga bien. La verdad es que no eres la primera mujer en crisis que enviamos allí y todas regresan hablando maravillas de ese lugar.

-¿Cómo es?

-La verdad es que nunca he estado allí. Demasiada tranquilidad para mi gusto. Además, tampoco soy muy partidaria del sol y del mar. Puedo nadar un rato, pero siempre termino abrasándome. En cualquier caso, Nigel me ha dicho que puedes disponer libremente de todo lo que tiene en el frigorífico y en la despensa. También tienes una gasolinera a un kilómetro de la casa en la que venden todo lo que puedas necesitar: pan del día, leche, tabaco, bombones y preservativos.

-Muy graciosa, Fran -contestó Zoe secamente-, pero no creo que los preservativos estén en la lista de mi compra.

-Bueno, nunca se sabe. Lo único que me ha advertido es que procures salir antes de las tres de la tarde para no tener que soportar ningún atasco. Y me ha sugerido que, en vez de venir el domingo por la tarde, vuelvas el lunes por la mañana por la misma razón. Todavía tienes tu coche, ¿verdad?

-Sí, por supuesto, pero...

-Sé exactamente lo que vas a decir. Supuestamente, no terminas de trabajar hasta las seis de la tarde, porque tienes una jefa que trabaja como una esclava. Pero sólo por esta vez, te dejaré salir más temprano. Y no necesitas darme las gracias -añadió riendo, al ver la expresión estupefacta de Zoe-. La semana que viene te haré recuperar el tiempo perdido.

Zoe sonrió con recelo. No lo había dudado ni por un instante. Su jefa era una verdadera adicta al trabajo.

-Si Drake llama o se pone en contacto contigo, no le digas dónde estoy, ¿de acuerdo?

-Le diré que me has pedido la tarde libre y que te has ido a pasar fuera el fin de semana, pero que no sé adónde. Y tú no te olvides de desconectar el teléfono móvil. O mejor aún, no te lo lleves.

-Siempre lo llevo en el coche por si surge alguna emergencia, pero lo dejaré desconectado todo el fin de semana.

-Excelente.

Cuando se levantó con el mapa y las llaves en la mano, Zoe comenzó a tener dudas.

-¿Estás segura de que esto es lo que debo hacer? A lo mejor Drake se enfada y me abandona.

-Si lo hace, entonces es que realmente no te quiere.

-Tienes razón.

-Y ahora vete. Y diviértete.

Zoe no lo creía probable, pero sonrió.

-Gracias otra vez, Fran.

-El placer es mío.

3

Melinda estaba en casa cuando Zoe llegó a su apartamento. No era algo habitual, ni siquiera a las dos de la tarde de un viernes.

A menudo, Melinda era catalogada como una rica insoportable, pero eso no era del todo cierto. Era verdad que su padre le había regalado aquel apartamento de dos habitaciones lujosamente amueblado cuando había cumplido veintiún años, pero tampoco era un palacio.

Era, sin embargo, un lugar adorable, con la moqueta gris, las paredes blancas y los muebles de moderno diseño. Y no se parecía nada a la casa en la que Zoe había crecido.

Melinda había tenido una gran suerte al recibir aquel caro regalo. Desgraciadamente, a pesar de lo millones que tenía su querido papá, el día que había recibido las llaves de aquel apartamento, éste había dejado de pasarle dinero, considerando que, al igual que había hecho su hermano, a los veintiún años estaba perfectamente capacitada para ganarse la vida.

A pesar de que no tenía ninguna práctica en el arte de ganarse la vida, pues desde que había salido del instituto no había hecho nada más que salir con los amigos e ir de compras, Melinda había aceptado el desafío con gusto. En primer lugar, había alquilado uno de los dormitorios de su apartamento, y después había buscado trabajo como modelo. Aunque no tenía altura suficiente para desfilar, su rubia melena y su figura le habían proporcionado mucho trabajo como modelo fotográfico.

Sin embargo, su objetivo en la vida continuaba siendo casarse con un marido rico.

Pero no todavía. A los veintitrés años, Melinda todavía estaba concentrada en divertirse.

Y claro que lo hacía. Aunque tenía un novio que se llamaba Ron, también salía sola muy a menudo.

Para Zoe era una compañera de piso encantadora. Siempre estaba contenta y no era en absoluto perezosa con las tareas del hogar.

Otra de las cosas que le gustaba de ella era que no fumaba. Una rara cualidad, había descubierto Zoe después de compartir apartamento con otras chicas durante los últimos años.

Cuando Zoe entró en casa, encontró a Melinda encaramada a uno de los taburetes de la cocina, pintándose las uñas de los pies. Llevaba unos pantalones cortos y un top, ambos de color azul.

-¡Dios mío! -exclamó al ver entrar a Zoe-. ¿He perdido la noción del tiempo? No me digas que ya son las seis. ¡Ron va a venir a buscarme a las siete y acabo de empezar a arreglarme!

-No te asustes, son las dos y media.

-Gracias a Dios. ¿Pero entonces qué estás haciendo en casa? No puedes estar enferma. Tú nunca te pones enferma -comentó mientras la miraba más de cerca-. Pero pareces un poco nerviosa.

-No estoy enferma. Fran me ha dejado salir antes de tiempo.

-Estás bromeando. ¡La comandante Phillips te ha dejado salir antes y no estás enferma!

-No, no bromeo.

Melinda abrió los ojos como platos.

-Esto es muy extraño. ¿Entonces qué ha pasado? ¿Ha habido un aviso de bomba en la oficina?

-Qué va.

-¿Entonces qué? Mi mente no alcanza a imaginar qué tipo de catástrofe ha podido ocurrir para que ocurra algo tan extraordinario.

-Venga, Mel, Fran no es tan mala. Simplemente le gusta trabajar.

-Y también hacerte trabajar.

-Pero aprecia el trabajo que hago, y me paga muy bien.

-Bueno.

-No te gusta, ¿verdad? Pero sólo la has visto una vez.

-Una vez ya ha sido más que suficiente. Esa mujer es dura como una bota vieja. Quizá sea necesario para ser especialista en divorcios, pero puedo asegurarte que no me gustaría estar casada con ella.

Aunque Zoe pensó que Melinda estaba siendo un poco dura, sus comentarios le hicieron pensar que quizá Fran no era la persona más adecuada para aconsejarle sobre su problema con Drake. Fran tenía un punto de vista bastante cínico sobre la vida, los hombres y el sexo. Había acusado a Zoe de ser una romántica idealista, pero a Zoe le parecía normal esperar que un hombre que decía amarla le fuera fiel.

-Por el amor de Dios, ¿vas a decirme de una vez por qué has llegado tan pronto? -estalló Melinda con impaciencia-. ¿O piensas pasarte aquí el resto del día, con la mirada perdida?

-No tengo mucho tiempo -respondió Zoe, mientras metía dos rebanadas de pan en el tostador-. Tengo que hacer las maletas y salir antes de las tres. Y además, necesito comer algo.

-¿Hacer las maletas? Cada vez siento más curiosidad.

-Si quieres enterarte de los detalles más truculentos, no me interrumpas.

-¡Detalles truculentos! Oh. Cuenta, cuenta. Lo siento -se disculpó rápidamente—cuando Zoe la miró con enfado-. No diré una sola palabra más -hizo el gesto de cerrarse la boca como si tuviera una cremallera.

Zoe miró a su amiga, pensando que aquello iba a ser una pérdida de tiempo, pero Melinda no la dejaría en paz hasta que lo averiguara todo. Era como June. Y como Betty Y, posiblemente, como muchas mujeres, acostumbradas a compartirlo todo. Pero Zoe no era tan extrovertida como Melinda. Su capacidad de comunicación y sus habilidades sociales no eran algo natural, sino algo que había adquirido a fuerza de práctica y mucho trabajo. Ella era de naturaleza tímida y muy reservada sobre sus sentimientos.

A veces, Zoe tenía la sensación de que la imagen que proyectaba no era la verdadera Zoe en absoluto. Y en algunas ocasiones, cuando se miraba al espejo, continuaba viendo en él a la adolescente tímida y gordita que en otro tiempo había sido.

-Zoe, por el amor de Dios.

-Sí, ya voy. Me estaba preguntando por dónde empezar.

-Por cualquier parte, ¡pero empieza ya!

Contarle a Melinda todo lo ocurrido no le llevó tanto tiempo como contárselo a Fran, posiblemente porque ya no estaba llorando histéricamente.

-No te creo -estalló Melinda cuando Zoe terminó su sórdida historia-. ¿Drake engañándote con una rubia sólo porque tiene un busto de revista? No tiene sentido.

-No olvides que él mismo lo ha confesado, Mel -le recordó Zoe con pesar-. Pero por supuesto, sólo fue sexo -añadió con una nueva dosis de amargura-. Y la mujer se arrojó a sus brazos. Prácticamente le arrancó la ropa al pobrecito y él no fue capaz de contenerse. Pero esa mujer no significa para él nada en absoluto.

-Bueno, ya me lo imaginaba. Drake está loco por ti.

-Eso dice él. Pero me gustaría poder entenderlo, Mel. Quiero decir, ¿alguna vez has estado loca por alguien y al mismo tiempo has conocido a otro hombre que te haya gustado tanto como para acostarte con él?

-¡Claro que sí! Cuando conocí a Ron, estaba saliendo con Wayne, que estaba buenísimo, te lo aseguro. Pero claro, en cuanto conocí a Ron dejé a Wayne.

Zoe elevó los ojos al cielo.

-Sí, pero no estabas enamorada de ese Wayne, ¿verdad?

-Supongo que no. Y fue una suerte –añadió con una sonrisa traviesa-. Porque Ron es mucho mejor en la cama.

-Oh, eres un caso perdido. Nunca te tomas nada en serio.

-Y tú, Zoe Simons, te tomas la vida demasiado en serio. Mira, por una vez, estoy de acuerdo con tu jefa. Creo que deberías perdonar a Drake. Dale otra oportunidad. No ha intentando seguir saliendo con la rubia después del congreso, ¿verdad? Y si ella se presentó en el Rockery, será porque vive en Sydney.

Zoe dio un mordisco a su tostada y lo masticó pensativa.

-No, no creo que viva en Sydney. Drake se ha quedado de piedra al verla. A lo mejor estaba sólo de paso.

-De acuerdo, déjalo entonces. Haz lo que te haga más feliz.

-Pero eso tampoco me hará feliz. Me sentiré terriblemente sola y desgraciada sin él.

-¡Tonterías! Encontrarás a otro hombre en nada de tiempo, sobre todo si empiezas a salir conmigo. Tendrás a tantos hombres maravillosos detrás de ti que no sabrás con cual empezar a salir.

-Pero yo no quiero salir con otro -replicó Zoe frustrada-. Yo quiero que las cosas continúen como estaban. Con Drake.

Melinda suspiró exasperada.

-De acuerdo, entonces dale otra oportunidad. Pero si es eso lo que piensas hacer, ¿qué sentido tiene que te vayas a una playa este fin de semana? Podrías quedarte aquí, decirle a tu amorcito que lo perdonas y pasarte el fin de semana en la cama con él.

Zoe hizo una mueca al pensar en ello. ¿Cómo iba a acostarse con Drake, teniendo en la mente la imagen de él y de esa rubia haciendo el amor en el ascensor?

-No puedo -dijo, encogiéndose de hombros-. Tan pronto no. Además, Drake no se merece que lo perdone tan rápidamente. Se merece sufrir.

-Eso no parece propio de ti, Zoe. Parece más propio de tu jefa. De hecho, a ella se le debe de dar muy bien sufrir. Apuesto a que ella y su marido son «sadomasos» en privado. Y a que es ella la que lleva el látigo.

-No digas tonterías. La gente normal no hace esas cosas.

-No te creas. Muchísima gente normal encuentra placer en las prácticas sadomasoquistas. ¿Drake nunca ha intentado atarte a la cama?

-¡Por supuesto que no!

¡Menuda idea! A Zoe ya le costaba suficiente estar desnuda a su lado. La idea de estar desnuda y atada a la cama le produjo un estremecimiento de revulsión, sobre todo al imaginarse a Drake mirando rincones de su cuerpo que siempre había intentado ocultarle.

-Ron siempre quiere hacerlo -le confió Melinda-. Y quizá algún día le deje.

-¿Estás loca? ¿Y qué ocurrirá si hace cosas que... bueno, cosas que no quieres que te haga?

Melinda hizo una mueca.

-Sí, tienes razón. Hace falta confiar mucho en un hombre para dejar que te haga esas cosas. Y no sé si confío lo suficiente en Ron. Creo que será mejor que lo ate yo -contestó, con una sonrisa-. Supongo que también tiene que ser muy divertido.

-Estás completamente loca.

-Y tú deberías aprender a estarlo -repuso Melinda-. Desde luego, si yo pensara en irme a la playa un fin de semana porque mi novio me ha engañado, procuraría no irme sola. Intentaría darle a Drake un poco de su propia medicina. Sí, eso es exactamente lo que haría.

-Pero yo no soy tú -respondió Zoe, casi con pesar. Sería magnífico no sentir las cosas tan profundamente.

-Afortunadamente. Porque en ese caso no me caerías tan bien. Mira, no me hagas caso, Zoe. A veces puedo ser terrible. ¿Por qué crees que quiero casarme con un hombre más rico que mi padre? Porque quiero demostrarle a ese viejo agarrado unas cuantas cosas. Nunca lo perdonaré por haberme abandonado a los lobos como lo hizo. Y si lo que quería era que estudiara, ¿por qué no me lo dijo cuando todavía estaba en el instituto? De esa forma, podría haber hecho algo de mí misma cuando todavía tenía oportunidad y no tendría que pasarme la vida convertida en una percha y sufriendo las ideas preconcebidas de los hombres simplemente porque soy modelo de ropa interior.

Zoe miró a su amiga fijamente, sorprendida por la intensidad de sus sentimientos. Hasta entonces, no había sido consciente del daño que le había hecho aquel hombre a su amiga.

-Lo siento -musitó Melinda-. Ya tienes suficientes problemas como para que yo venga a contarte los míos.

-Yo... No sabía que era eso lo que pensabas de tu trabajo. Y tampoco que los hombres te trataran mal por ser una modelo.

Melinda se encogió de hombros.

-La mayoría no lo hace. Pero hoy he conocido a uno de esos patéticos ejemplares del sexo masculino cuando estaba en una sesión fotográfica y me ha ignorado. Me ha tratado como si no existiera. ¡Y yo estaba posando delante de él con el sujetador de encaje más sexy que he visto en mi vida!

-¿Quién era él?

-Un millonario que ha comprado la revista de moda para la que estoy trabajando. Aunque seguro que mi padre es diez veces más rico que él.

-¿Es atractivo?

-Sí, supongo que sí. Tiene los ojos negros y unas pestañas impresionantes. Y un cuerpo magnífico para tener más de treinta años. Pero es un tipo de lo más arrogante.

-Te gusta.

-¡No!

-Sí, claro que sí. Y estás enfadada porque él no parece sentir lo mismo por ti.

-Bueno... Quizá un poco.

-¿Vas a volver a verlo?

-Lo dudo.

-¿Y vas a tener que volver a posar para esa revista?

-La semana que viene. Mi agente me ha llamado hoy. Se suponía que tenía que hacerlo otra de las chicas, pero se ha puesto enferma y mi agente me ha pedido que la sustituya.

-Qué coincidencia.

Melinda frunció el ceño ante el tono de Zoe.

-¿No crees que... ?

-Es posible, ¿no? -dijo Zoe, encogiéndose de hombros-. Hay que ser realistas, Mel. La mayor parte de los hombres se fijaría en ti. Especialmente

estando medio desnuda. El hecho de que ese tipo te haya ignorado sólo puede significar dos cosas: o es gay, *o* le gustas pero no quiere que sea evidente.

-¡Dios mío! -exclamó Melinda-. ¿Siempre tienes esa mente tan retorcida?

-Digamos que mi experiencia con los hombres está empezando a hacerme pensar de esa forma. Y ahora, tengo que empezar a pensar en irme. Si llama Drake, dile que voy a pasar el fin de semana fuera, pero que no sabes dónde.

-No le va a hacer ninguna gracia.

-Es una pena. Pero a mí tampoco me ha hecho gracia lo que ha pasado hoy.

-Vaya, vaya. Pareces dispuesta a pelear.

-Digamos que no estoy de muy buen humor. Esa es la razón por la que me voy. Necesito tiempo para pensar. Y tiempo para tranquilizarme. A lo mejor el lunes veo las cosas más claras.

-Con un hombre, las cosas nunca están claras, Zoe. Es imposible intentar comprenderlos.

Pero aun así, no puedo vivir sin ellos.

-Yo sí que puedo vivir sin ellos -repuso Zoe-. Lo hice una vez y puedo volver a hacerlo. Pero ahora tengo que averiguar si es eso lo que quiero.

4

Zoe no tuvo que consultar el mapa de Nigel durante la primera parte del trayecto. Conocía el camino a Port Stephens. Cuando se había comprado su adorado coche un año atrás, había pasado muchos fines de semana explorando las zonas de los alrededores de la ciudad.

Zoe tenía una pasión secreta por las playas, quizá porque rara vez había disfrutado de ellas durante la adolescencia. Los niños que crecían en las granjas lecheras aprendían desde muy pronto que uno no podía abandonar la casa durante mucho tiempo, puesto que había que ordeñar las vacas diariamente.

Desgraciadamente, Zoe pronto había descubierto que las excursiones solitarias a la playa no eran demasiado divertidas. Durante el día, era razonablemente agradable, pero por la noche, cuando el sol se ponía y volvía sola a la habitación del hotel, su humor cambiaba.

Cenar sola en un restaurante era lo peor. Y también el ver a otras parejas mirándose a la luz de las velas. Había descubierto entonces que no había nada peor que no tener a alguien con quien hablar, alguien con quien poder compartir sus experiencias. Y cuando sus excursiones solitarias habían empezado a deprimirla, había dejado de hacerlas.

Lo cual, le hacía preguntarse por qué diablos había decidido pasar sola ese fin de semana. Tendría demasiado tiempo para pensar en lo ocurrido. Lo mejor habría sido quedarse en casa e intentar arreglar las cosas con Drake de una u otra forma.

Zoe suspiró, disgustada. Ya era demasiado tarde para arrepentirse. Estaba a punto de llegar a Port Stephens. Lo que significaba que debería consultar el mapa de Nigel para no pasarse el desvío hacia Hideaway Beach.

Cinco minutos después, se dirigía por una carretera secundaria a su destino. Era una carretera estrecha y ventosa, no había nada que la protegiera, salvo algunos árboles de poca altura y unos arbustos. El terreno era arenoso y no había edificios por ninguna parte, lo que indicaba que probablemente se trataba de una reserva.

Zoe se sentía como si llevara siglos conduciendo cuando vio la gasolinera a su izquierda. El supermercado, al igual que el resto del edificio, era bastante viejo, pero estaba sorprendentemente bien surtido.

Poco después de las seis, Zoe continuaba el trayecto hacia su destino, con el asiento de pasajeros lleno de bolsas con pan, leche, dos barritas de chocolate y un par de revistas. No se había llevado ningún libro y temía no coincidir con los gustos de Nigel sobre literatura. Francamente, no había pensado en absoluto en aquel viaje, admitió. Ni siquiera se había molestado en cambiarse de ropa antes de salir.

Zoe tomó una pronunciada curva y descubrió de pronto frente a ella el enorme e intensamente azul océano Pacífico. Aquella vista bastó para aliviar su dolor y se alegró de haber ido, aunque sólo fuera por aquel momento.

Pero aquel instante de felicidad se evaporó rápidamente y la fría y dura realidad volvió para ensombrecer su horizonte vital. Aquella escapada de fin de semana no iba a resolver nada. Lo único que estaba haciendo era retrasar la difícil decisión que tenía que tomar. ¿Olvidar y perdonar? ¿O dejar a Drake y empezar una nueva vida?

El coche de Zoe avanzaba a paso de tortuga mientras su mente continuaba divagando.

A ella no le resultaría tan fácil encontrar otro hombre como Mel decía. Era demasiado reservada. Y de naturaleza recelosa. Le costaba tomar cariño a los extraños. De hecho, la primera vez que había visto a Drake, éste ni siquiera le había gustado. La había impresionado, sí. Pero gustarle... En realidad lo había encontrado ligeramente prepotente. Pero su cortejo había sido tan halagador... Y tan seductor. Le enviaba flores dos veces a la semana. La llamaba todos los días. Le enviaba regalos... Libros de poesía, incluso.

Había sido imposible no enamorarse de él. O no acostarse con él... O no sentirse devastada por su engaño. Drake le había hecho pensar que ella era todo su mundo.

El sonido de una bocina la hizo saltar en el asiento. Sus ojos volaron hacia el espejo retrovisor. Tras ella había una furgoneta amarilla con varias tablas de surf en la baca. El hombre que la conducía le hizo un gesto de impaciencia con la mano.

Zoe ni siquiera se había dado cuenta de que se había detenido en medio de la carretera. Avergonzada, le dirigió una sonrisa de disculpa. Tras un momento de vacilación, el conductor le devolvió la sonrisa y Zoe sintió que la atravesaba el más extraño de los estremecimientos de los pies a la cabeza.

La sorprendió tanto que se quedó mirando fijamente el reflejo del conductor durante algunos segundos antes de desviar el coche hacia la izquierda, llevándose con ella la imagen de un rostro bronceado y de la camiseta más intensamente naranja que había visto en su vida. El conductor tenía el pelo rubio y muy corto y su cara parecía la de un modelo. Las gafas de sol le habían impedido ver el color de sus ojos, pero imaginaba que serían azules.

El curso que estaban tomando sus pensamientos la sorprendió. ¿Qué demonios hacía, especulando sobre el color de ojos de un desconocido? Pero mientras ella se regañaba por sus tonterías, el hombre en cuestión la miraba con abierta curiosidad por la ventanilla de su furgoneta. El corazón de Zoe comenzó a latir violentamente y no pudo menos que preguntarse si él estaría pensando en el color de sus ojos, también enmascarados por las gafas de sol. Se llevó la mano a las gafas y estuvo a punto de quitárselas, deseando que aquel hombre pudiera ver que tenía los ojos grandes, castaños y rodeados de largas pestañas.

Pero se detuvo justo en el momento en el que la furgoneta terminaba de adelantarla. Gracias a Dios. ¿Qué demonios pensaba que estaba haciendo?

Estaba agonizando por el engaño de Drake y de pronto se descubría a sí misma a punto de ponerse a coquetear con un desconocido.

No había ninguna excusa para su conducta, por sexy que fuera el tipo de la furgoneta. ¿Sexy?

¿Cómo iba a saber si era o no cuando no lo había visto ni durante treinta segundos? Por lo que sabía, podría tener los ojos ridículamente pequeños, un trasero enorme y la personalidad de un maniquí.

Sí, claro, le dijo una burlona vocecilla interior con la que hasta entonces Zoe jamás había sintonizado. ¿A quién pretendía engañar? Aquel hombre debía de tener unos ojos maravillosamente azules, un trasero duro como una piedra y un encanto del demonio.

Zoe gimió. Aquello era una locura completamente impropia de ella. ¿Qué demonios le pasaba? ¿Su subconsciente pretendería engañar a Drake flirteando con otro hombre? ¿Seria su propia necesidad de aumentar su autoestima la que estaba intentando buscar a alguien que la encontrara atractiva?

Sinceramente, esperaba que así fuera. Porque no le apetecía nada encontrarse en el sórdido escenario que Fran había descrito y verse de pronto sobrecogida por el deseo de acostarse con un desconocido para compartir con él únicamente sexo.

No, no podía ser eso. Ni siquiera quería considerar aquella posibilidad. Pero incluso mientras rechazaba aquella idea, Zoe esperaba sinceramente no volver a cruzarse con el hombre de la furgoneta.

Cuando alzó la mirada, vio que la furgoneta giraba hacia la derecha y terminaba desapareciendo de su vista.

Zoe se enderezó en el asiento, sintiendo que se le encogía el estómago.

Hacia la derecha. Había girado hacia la derecha. Tomó el mapa de Nigel y estudió con detalle el camino hacia Hideaway Beach.

El corazón se le aceleró cuando sus ojos le confirmaron lo que ella recordaba de su anterior visita. La playa tenía forma de «U», con formaciones rocosas en los dos extremos. Tras la playa principal, se elevaban las dunas y cerca de una de ellas estaba el aparcamiento. La media docena de casas de Hideaway Beach estaban agrupadas en el extremo sur, con las fachadas orientadas hacia el noroeste.

Cualquier surfista se habría dirigido directamente hacia el aparcamiento en vez de girar hacia la derecha, como había hecho la furgoneta.

Sólo podía llegar a una conclusión lógica: el conductor de la furgoneta vivía allí o estaba pasando allí las vacaciones. Si ese era el caso, esperaba no volver a cruzarse con él durante el fin de semana.

Zoe gimió frustrada. Había ido allí para aclarar sus sentimientos por un hombre, no para terminar todavía más confundida.

Irritada, puso el motor en marcha y se dirigió hacia el final de la carretera para echar un vistazo a los vehículos que había en el aparcamiento.

La furgoneta amarilla no estaba entre ellos.

Zoe tampoco esperaba que estuviera.

Suspiró resignada y continuó conduciendo lentamente, mirando de vez en cuando hacia la izquierda. Hideaway Beach era un lugar realmente hermoso. Pero muy tranquilo. Sólo había media docena de personas en la playa. Una pareja nadando en el *agua y* ni una sola tabla de surf, algo comprensible, dada la ausencia de olas. Y no había señal de don Camiseta Naranja por ninguna parte.

Zoe se enfadó consigo misma por continuar mirando y decidida a apartarlo de su mente de una vez por todas, volvió a concentrarse en encontrar la casa de Nigel que, de acuerdo con el mapa, era la segunda casa a su izquierda: una casita blanca con un tejado de color gris.

En realidad, desde la carretera lo único que podía ver de las viviendas eran los tejados. El primero era de un color muy peculiar: azul real. Zoe nunca había visto un tejado de ese color, pero decidió que le gustaba.

El tejado de color gris de la casa de Nigel estaba poco después del azul y Zoe comenzó a buscar el camino de entrada.

Había un pequeño buzón de color blanco a un lado de la carretera, pero ni una sola señal de desvío. Así que Zoe aparcó en la hierba, justo delante del buzón y salió.

La casa de Nigel parecía muy cuidada y acogedora bajo ella. Los escalones de la parte de atrás daban a una ladera y la playa estaba a menos de cincuenta metros del porche. Había un estrecho sendero que conducía desde el buzón hasta la entrada posterior de la casa, pero era imposible acercar el coche ni un centímetro más.

De modo que no quedaba más remedio que bajar todo lo que llevaba por aquel sendero de aspecto peligroso. Zoe miró hacia las viviendas que tenía a derecha e izquierda, diciéndose que no estaba buscando ningún indicio del atractivo surfista, aunque era precisamente eso lo

que estaba haciendo.

El lugar parecía desierto. No había ningún vehículo a la vista. Aun así, le parecía completamente propio de don Camiseta Naranja vivir en una casa con el tejado de color azul real, las paredes de color azul cielo y las columnas del porche de color rojo. Sería el colmo de su mala suerte tenerlo como vecino durante todo el fin de semana.

Zoe sacudió la cabeza y volvió al coche. Tomó su bolsa de viaje y la bolsa con las provisiones y comenzó el descenso. Había bajado ya la mitad de aquellos rústicos escalones tallados en la piedra cuando por el rabillo del ojo vio algo de color naranja y alzó precipitadamente la cabeza.

Craso error. Debería haber continuado mirando por dónde iba, especialmente llevando aquellos tacones. Cuando apartó los ojos por segunda vez de aquellos desnivelados escalones, calculó mal la distancia, tropezó con algo y se abalanzó hacia delante. Con playeras o descalza, Zoe habría podido recuperar el equilibrio. Pero tal como iba, aunque alzó las manos y, por un instante pensó que sería capaz de evitar la caída, no consiguió encontrar el centro de gravedad y al final terminó cayendo hacia delante. Instintivamente, se llevó las manos a la cara para protegérsela.

Las bolsas consiguieron amortiguar la caída y posiblemente evitaron que se rompiera un brazo o una pierna. Aun así, aterrizó bruscamente en el suelo y se deslizó al menos dos escalones abajo antes de detenerse desgarbadamente.

Estaba todavía en el suelo, totalmente estupefacta, cuando un par de fuertes brazos le rodearon la cintura.

-¿Estás bien? -le preguntó una voz masculina mientras la ayudaba a incorporarse.

Lo primero que vio Zoe fue la camiseta naranja y gimió para sí. El destino estaba siendo muy cruel aquel día.

-Sí, creo -contestó, evitando mirar hacia él.

Pero los buenos modales terminaron obligándola a alzar la mirada hacia aquel buen samaritano para darle las gracias.

Tuvo que alzarla bastante, porque era muy alto. Más alto de lo que había imaginado. E incluso más atractivo, con una nariz recta y con carácter, un hoyuelo en la barbilla y una boca absolutamente maravillosa.

Pero fueron sus ojos los que la cautivaron. Eran azules, tan azules como profundo era el océano. Eran unos ojos en los que podría ahogarse. Unos ojos en los que le gustaría reflejarse mientras él se balanceaba hacia delante y hacia atrás sobre ella, con su hermoso cuerpo enterrado en su interior. ¡Oh, no!

¿Se habría oído su horrorizado gemido?

Esperaba que no.

-Estás muy pálida ¿Estás segura de que estás bien? No irás a desmayarte, ¿verdad?

-No, no creo -contestó con voz atragantada, aunque era definitivamente posible.

-Deberías sentarte unos segundos y apoyar la cabeza entre las rodillas.

Inmediatamente, explotó un nuevo escenario sexual en la mente de Zoe. Uno en el que no era precisamente su propia cabeza la que colocaba entre las rodillas.

Zoe tragó saliva un par de veces.

-No, estoy bien -dijo por fin, intentando desesperadamente recuperar la compostura-. Pero he perdido las gafas de sol. ¿Las ves por alguna parte? Ah, están ahí -las tomó y se las puso, esperando poder disimular su creciente pánico.

-Se te han roto las medias -señaló él.

Zoe bajó la mirada hacia sus piernas y después la deslizó por las de él, que estaban prácticamente al descubierto. Sus pantalones cortos no escondían prácticamente nada. Y aquellas eran las piernas de hombre mejor formadas que había visto en su vida. Eran largas, muy fuertes y estaban intensamente bronceadas.

Serían perfectamente capaces de sostenerlo si él la subía a su cintura y...

-Me lo merezco, por haber hecho la tontería de venir con tacones. He venido directamente del trabajo y no he tenido tiempo de cambiarme de ropa. Mi principal preocupación era ahorrarme el atasco. Pero no me importa. No creo que vaya a necesitar las medias este fin de semana.

Estaba parloteando como una estúpida. Pero eso era preferible a continuar conjurando escenarios eróticos.

-Creo que también los huevos han conocido mejores días -dijo él secamente, y Zoe lo miró sin comprender-. Huevos -repitió él, señalando las provisiones que estaban esparcidas por doquier.

La media docena de huevos que prudentemente había encajado encima de la bolsa, se había salido del cartón y no había quedado un sólo huevo sin romper.

-Oh, vaya... -suspiró Zoe, sintiéndose repentinamente exhausta.

-Si quieres, puedo ir a comprarte más -se ofreció.

Zoe lo miró fijamente. Cuando un hombre se ofrecía a hacer un favor, normalmente quería decir que tenía algún interés en ella. La idea de que aquel hombre pudiera sentirse tan atraído por ella como ella se sentía por él, le provoba una mezcla de placer y culpabilidad, además de los más escandalosos pensamientos.

Zoe se alegró infinitamente de llevar las gafas de sol. Era la mejor forma de ocultar las locas ideas que seguramente reflejaban sus ojos.

-No hace falta -contestó rápidamente-, puedo arreglármelas sin huevos. De todas formas, gracias por el ofrecimiento.

-De nada -se agachó y comenzó a meter las provisiones en la bolsa.

En aquella postura, era imposible no fijarse en su trasero. Que era tan musculoso y duro como Zoe temía.

Temiendo que aquella perfección la instara a conjurar nuevas fantasías, Zoe desvió la mirada y fue a buscar su bolsa de viaje. Pero en cuanto se dirigió hacia el lugar en el que había caído, su caballero andante se adelantó y la levantó antes que ella.

-Creo que será mejor que la lleve yo. Todavía llevas puestos esos bonitos, pero potencialmente letales tacones -añadió con una sonrisa.

-Por favor, no te molestes.

-No es ninguna molestia. ¿Vienes a quedarte en casa de Nigel?

-Sí, ¿conoces a Nigel?

-Bastante bien.

-¿Ah sí? ¿Cuánto de bien? -no se dio cuenta del doble sentido que podría darle a sus palabras. La idea de que aquel hombre pudiera ser gay ni siquiera se le había pasado por la cabeza.

-No tan bien -contestó él con una sonrisa-. Pero de vez en cuando tomo una copa con él cuando está por aquí. Yo vivo allí -señaló hacia la casa del tejado azul-. De momento, esa es

mi casa. El propietario me deja quedarme a cambio de que le haga algunas obras de mantenimiento.

-Es muy colorida.

-Sí, le gustan los colores brillantes. ¿Y tú? ¿Eres amiga de nuestro estimado abogado? ¿O eres cliente?

Zoe comprendió que tenía que terminar aquella conversación rápidamente, o se arriesgaba a que su atractivo vecino se llevara una idea equivocada. Ni siquiera se atrevía a especular; sobre lo que podría hacer si él comenzaba a coquetear con ella.

-No, en realidad apenas conozco al señor Cox. Pero... -vaciló. No sabía si revelarle más detalles de su vida a aquel desconocido-, conozco a una de sus socias -le explicó, en vez de decirle que trabajaba para Fran-. Ella le pidió a Nigel que me prestara esta casa para pasar el fin de semana. Yo... necesitaba alejarme de Sydney un par de días.

-¿Saturada de la vertiginosa vida de la ciudad?

-Algo así.

-Sé exactamente cómo te sientes -dijo con pesar-. Pero un fin de semana en la playa no te servirá de mucho. Necesitarás algo más de tiempo.

-Pues tengo que volver el lunes al trabajo, así que un fin de semana es todo lo que tengo. Mira, no pretendo ser maleducada, pero estoy terriblemente cansada y quiero darme una ducha. Si dejas las bolsas en la puerta trasera de Nigel, sería magnífico.

-De acuerdo -contestó él, pero Zoe tuvo la sensación de que parecía un poco desilusionado. Quizá esperaba que lo invitara a una copa, o a algo...

Ese algo se convirtió en su mente en una escena sacada de una película en la que un hombre y una mujer se encontraban y, tras sólo unos minutos de conversación, comenzaban a abrazarse como salvajes. Se desprendían de la ropa y, en cuestión de segundos, no había nada que dejar a la imaginación.

Intentó imaginarse, mientras seguía a su atractivo vecino hacia la puerta trasera, lo que ocurriría si lo invitara a pasar. ¿Daría él algún paso en esa dirección? Y si lo hacía... ¿qué haría ella?

El surfista dejó las bolsas en la puerta de la casa de Nigel y se volvió hacia ella. También parecía pensativo.

-Me llamo Aiden, por cierto. ¿Y tú?

-Zoe.

-Bonito nombre. Bien, Zoe. Si necesitas cualquier cosa durante los próximos dos días, silba. Siempre estoy por los alrededores. Cuando no estoy haciendo surf, claro. ¿Sabes silbar? -añadió, dirigiéndole una provocativa sonrisa mientras se alejaba-. Sólo tienes que fruncir los labios y soplar.

No volvió a mirar hacia atrás mientras se alejaba... Afortunadamente para Zoe, porque lo que su calenturienta mente estaba haciendo con sus palabras de despedida la estaba haciendo sonrojarse.

5

Un minuto después de llegar a su casa, Aiden estaba sentado en una de las mecedoras del porche, disfrutando de una cerveza y esforzándose en no pensar en la chica que estaba duchándose en la casa de al lado.

Un ejercicio inútil. Porque no había sido capaz de dejar de pensar en ella desde que le había sonreído por el espejo retrovisor, cargando de testosterona cada una de sus células.

Y cuando había representado el papel de caballero andante al rescate, lo único que había hecho había sido confirmar lo que ya sabía. Lo cual era un gran problema, para la paz de su mente... y de su cuerpo.

Aiden bebió un sorbo de cerveza y suspiró.

Durante los seis meses que llevaba en Hideaway Beach, no había sufrido ni una noche de insomnio. Habían sido seis meses de tranquilo y simple celibato.

Su vida era deliciosamente sencilla. Hacía surf a primera hora de la mañana y a última hora de la tarde, y dedicaba el día a arreglar la en otro tiempo destartalada casa que había comprado. Después de cenar, pasaba el resto de la velada leyendo o escuchando música. No tenía televisión y nunca compraba el periódico. Si necesitaba hablar con alguien, conversaba con otros surfistas o con algún pescador de la zona, o llamaba a su madre por teléfono. De vez en cuando, cuando Nigel iba por allí a pasar el fin de semana, se acercaba a su casa a cenar y a compartir con él una botella de buen vino.

Pero rara vez se quedaba mucho rato. No quería que Nigel lo contaminara hablándole de sus clientes o de sus amores. Y, desde luego, lo último que quería era recordar que en otro tiempo había sido cliente suyo.

Aiden era perfectamente consciente de que aquel tiempo sabático terminaría en algún momento, pero sólo cuando él decidiera, nunca antes. Y hasta entonces, quería mantener el mundo a una prudente distancia. Y, desde luego, no quería sentirse atraído por una atractiva citadina que, obviamente, estaba en medio de una crisis personal y había ido a Hideaway Beach para tomarse un descanso.

Él no quería especular sobre si estaba en un proceso de divorcio, o si sufría acoso sexual, o sobre si se encontraba en cualquiera de las múltiples razones por las que una mujer podía contratar a una abogada como Fran Phillips para que llevara a su pobre marido, o a su jefe, o a su novio a los tribunales con el fin de llegar a una solución que la satisficiera tanto emocional como económicamente.

Aiden pensó en su propia reacción con el ceño fruncido. Vaya, aquel pensamiento era propio de un hombre amargado. Y él ya no lo estaba. En todo caso, Marci le había hecho un favor. Le había permitido enfrentarse al vacío de no buscar nada más que el éxito superficial y la riqueza material. Lo había obligado a pensar lo que esperaba realmente de la vida.

Y cuando por fin había averiguado lo que era, estaba dispuesto a conseguirlo.

Y hasta que eso sucediera, lo último que quería era volver a su antigua vorágine sexual. Acostarse con la encantadora, pero obviamente triste Zoe no era una buena idea, por atractiva que la encontrara.

El problema era que ella también lo deseaba. Estaba seguro.

Y también que no quería desearlo.

Lo que era el aspecto más sorprendente de toda la situación.

Aiden nunca había encontrado a una mujer que lo deseara y se resistiera a ello. De hecho, estaba mucho más acostumbrado a que se arrojaran a sus brazos, o al menos a que le hicieran saber que estaban disponibles. Ese era el resultado de ser atractivo y tener dinero.

Pero quizá Zoe no supiera que tenía dinero.

Era obvio que no lo había reconocido.

Aiden frunció el ceño. Quizá Zoe fuera la clase de chica que sólo se rendía a la atracción física por un hombre si éste era rico o famoso. Aquellas mujeres existían, él lo sabía perfectamente. Pero le costaba pensar que Zoe fuera una de ellas. Se sonrojaba con demasiada facilidad para pertenecer a esa clase de mujeres de sangre fría. ¿Por qué, se preguntó por enésima vez, le había sugerido que la dejara en paz, en vez de invitarlo a pasar a su casa, como habrían hecho la mayoría de las mujeres?

Sólo había un par de respuestas que no podían herir su ego. A lo mejor había decidido alejarse de los hombres durante una temporada, como él de las mujeres. O quizá había sido terriblemente herida por algún sinvergüenza y no quería saber nada del sexo contrario. El se identificaba perfectamente con aquel sentimiento. Su falta de confianza había sido el motivo por el que le había mentido sobre su casa.

Otro gesto inútil, puesto que era obvio que Zoe no pensaba volver a verlo. Pero en aquel momento, todavía conservaba la esperanza de que lo hiciera y le parecía mucho más romántico que se acostara con él deseándolo como a un simple mortal, y no como al Aiden que en otro tiempo había sido campeón mundial de surf o al Aiden millonario y propietario de la cadena Aus-Surf.

Al imaginársela en su cama, su mente volvió a aquel cuerpo deseable, de pechos pequeños, estrecha cintura y un deliciosamente redondeado trasero. Había podido echarle un buen vistazo cuando estaba tumbada en el suelo, con la falda subida hasta la cintura.

Diablos, en realidad le había gustado cada centímetro de aquella mujer. Su forma. Su olor. Y su suavidad.

Aiden gimió con intensa frustración. ¿Qué demonios le habría llevado a renunciar? Si no lo hubiera hecho, no estaría allí en aquel momento, con una erección del tamaño de un rascacielos. ¡Debía de estar completamente loco!

Terminó el resto de la cerveza y fue a buscar otra lata. Y después otra. Y otra. La cena de esa noche fue completamente líquida. Y también el postre.

Aiden descubrió, sin embargo, que la borrachera era una pobre sustituta del sexo. Sus hormonas continuaron agitadas durante la mayor parte de la noche. Consiguió dormirse a las tres de la madrugada, pero cuando se despertó, nada había cambiado. Un hecho confirmado por el estado de emergencia de su aparato sexual.

Aiden sacudió la cabeza con irritación e hizo lo que cualquier hombre de su naturaleza habría hecho en aquella ocasión. Se acercó a la playa para darse un frío y largo baño.

Y comenzó a diseñar su plan de seducción.

Era una cama de bronce. Enorme. Y muy suave. También lo eran los lienzos de seda con los que la había atado a los postes de la cama. No le hacían ningún daño, ni siquiera cuando se retorcía.

Y Zoe se contorsionaba una y otra vez, y jadeaba, y gemía mientras el amante de sus sueño le hacía todo tipo de cosas con la boca y con las manos. Cosas excitantes. Deliciosas. Perversas.

Ella estaba desnuda, por supuesto. Desnuda y completamente expuesta. No podía hacer nada para impedir que su amante la mirara y acariciara a voluntad. O que besara sus más íntimos rincones. O que succionara sus pezones. O que la invadiera con su lengua.

Pero no sentía ningún pudor. Sólo placer. El más ciego de los placeres. Dulce, oscuro y decadente. Ella gemía mientras él la lamía, la mordía. Si al menos pudiera verlo... O si le quitara la seda con la que le había tapado los ojos.

-¿Quién eres? -le preguntó, aunque en realidad ya lo sospechaba. ¿Quién si no podía oler a mar como él?

-Nada de hablar -replicó una voz familiar-. Si hablas te despertarás y no quieres despertarte, ¿verdad?

Zoe se estremeció al pensarlo.

No, no. Todavía no.

-Yo ... sólo quiero verte.

-No, no es eso lo que quieres -musitó él, mientras deslizaba las manos por su cuerpo, extendiendo las palmas por su estómago, por sus duros pezones. Lo que quieres es esto -dijo y, de pronto, estaba allí, entre sus piernas. Llenándola.

-Sí -susurro, estremecida.

Estaba llegando al clímax cuando se abrieron sus ojos y la luz del sol invadió sus pupilas.

Zoe se incorporó sobresaltada, jadeante.

Tardó algunos segundos en recuperar el ritmo normal de la respiración. Y en volver a la cruda realidad.

Había desaparecido la cama de bronce. Y las ataduras de seda. Y Aiden.

Un sueño. Todo había sido un sueño.

Zoe gimió. Supuestamente, debería haberle aliviado no encontrarse atada y desnuda en una cama. Pero lo único que sentía era desilusión. Y por mucho que supiera que jamás habría disfrutado de aquel tipo de actividades en la vida real puesto que nunca había sido especialmente desinhibida, le resultaba imposible no desear que aquel sueño hubiera durado un poco más.

Suspiró y miró el reloj que tenía en la mesilla de noche. Eran las ocho y diez. No era tarde. Pero el sol ya entraba con fuerza en el dormitorio, prometiendo un caluroso día.

Tenía que levantarse, se ordenó, ducharse y prepararse el desayuno.

Salió a rastras de la cama y se dirigió hacia el baño. Quince minutos después, salía con el pelo envuelto en una toalla azul marino y el resto del cuerpo embutido en un albornoz del mismo color que había encontrado colgado en la puerta del baño.

Y se encaminaba hacia la cocina cuando oyó el timbre de la puerta.

Zoe se paró en seco, miró hacia la puerta y a través del cristal superior distinguió la inconfundible silueta de un hombre.

-Oh, no, Drake -gimió. Corrió hacia el baño y miró horrorizada su reflejo.

Nadie, salvo Mel, la había visto sin maquillar desde hacía años. Necesitaba maquillarse para transformarse en una sofisticada citadina. Y necesitaba, sobre todo, secarse el pelo para disimular sus rizos y la redondez de su rostro. Con aquella toalla alrededor de la cara, debía de parecer una jovencita de dieciséis años.

Zoe habría preferido morir a permitir que Drake la viera de aquella guisa. ¿Y quién podría ser, sino Drake, el que estaba llamando a la puerta a las ocho de la mañana?

Debía de haber averiguado dónde estaba a través de Fran y había ido a buscarla. No había otra respuesta. Zoe no sabía si sentirse halagada o furiosa.

-Abre, Zoe -gritó una voz masculina-. No tengas miedo. Sólo soy tu vecino. Te traigo unos

huevos.

Zoe se quedó boquiabierta. Era Aiden, no Drake.

Oh, Dios santo...

-Espera un momento -le gritó. Y volvió a dejarse llevar por el pánico.

De pronto, deseó que fuera Drake el que estuviera detrás de la puerta. Con Drake no se le habría quedado la mente en blanco ni habría comenzado a temblar incontroladamente.

¡Tenía que pensar en algo! Aiden no había ido hasta allí para llevarle unos huevos solamente. Había ido porque pretendía pasar al interior de su casa.

La falta de maquillaje se convirtió de pronto en un arma. Aiden no la encontraría atractiva al verla con la cara lavada y el pelo recogido. Y por mucho que odiara mostrarse así ante nadie, aquella situación requería de medidas drásticas.

Zoe marchó decidida hacia la puerta y se ató con fuerza el cinturón del albornoz.

Desgraciadamente, aquel gesto le hizo acordarse de que estaba completamente desnuda y que su piel todavía estaba bajo los efectos de aquel sueño increíble. Enfrentarse al amante de sus sueños no iba a ser fácil, pero tenía que hacerlo.

Tomó aire y abrió la puerta.

La visión de Aiden llevando encima únicamente unos vaqueros cortos la impactó considerablemente. De acuerdo, el día iba a ser caluroso. Más caluroso incluso que el anterior. ¿Pero hacía falta que Aiden se presentara en su casa medio desnudo?

Zoe hizo todo lo posible porque su mirada no reflejara ni remotamente las sensaciones que su casi completa desnudez despertaba en ella.

No era deseo. «Deseo» era una palabra demasiado insulsa para describir lo que sentía cuando miraba a aquel hombre.

Lujuria. Sí, eso era. Lujuria. El tipo de lujuria de la que Fran había hablado; un sentimiento que no necesitaba de preliminares. Ni de palabras hermosas.

Su hambre era puramente sexual. E increíblemente básica. Cuando miraba el hermoso y viril cuerpo de Aiden, en lo único que podía pensar era en cómo se sentiría si lo tocara, si lo besara. Si pudiera tenerlo dentro de ella.

-Te has levantado temprano -dijo, intentando parecer natural.

Pero era difícil mirarlo sin expresar su abierta admiración. Aiden, por su parte, no parecía en absoluto afectado por su falta de atractivo. De hecho, parecía incluso preferirla así.

A lo mejor le gustaba aquel aspecto natural. Él, desde luego, no se había esforzado mucho en arreglarse. Ni siquiera se había afeitado.

Pero aun así, continuaba estando sexy como el pecado.

-Me levanto temprano todas las mañanas -contestó.

-Yo normalmente también. Pero hoy me he dormido.

-Me alegro. Si no ya habrías desayunado. Toma -le dijo, tendiéndole media docena de huevos-. Que los disfrutes.

-Déjame pagártelos.

-Ni se te ocurra.

-Eres muy amable.

-No creas que tanto -respondió con una sonrisa-. Necesitaba una excusa para volver a verte. Zoe lo miró fijamente, sorprendida por su honestidad. Y aterrada por lo que pudiera

decir a continuación. «No, por favor», le suplicó con la mirada.

-Me preguntaba si te apetecería salir a cenar conmigo. Hay buenos restaurantes por la zona y tengo ropa decente. Aunque nadie lo diría viéndome con esta pinta -añadió con una sonrisa-. Prometo incluso afeitarme. ¿Qué me dices?

A Zoe se le secó la boca. Nunca se había sentido tan terriblemente tentada por el diablo.

-Lo siento. Pero no puedo.

Los ojos de Aiden se oscurecieron como el cielo antes de la tormenta.

-¿No puedes o no quieres?

-Qué más da. La respuesta es la misma en los dos casos.

-A mí me importa.

-Entonces, no quiero.

-¿Por qué?

-No soy una mujer... libre.

-Pero no llevas alianza -replicó Aiden.

-No he dicho que esté casada. He dicho que no estoy libre para salir contigo.

-¿Entonces estás comprometida?

-No.

-¿Vives con alguien?

-Entonces, según mis cánones, estás libre.

-Pero no según los míos. Estoy saliendo con alguien. Un hombre al que quiero mucho.

-¿Y él también te quiere?

Oh, ¿por qué tenía que vacilar en ese momento?

-Sí, el también me quiere.

-Ajá. Y si tanto te quiere, ¿por qué ha dejado que vengas sola? Si fueras mi novia, no dejaría que fueras sola a ninguna parte.

-Pues bien, no soy tu novia y no necesito el permiso de Drake para hacer lo que me apetece. En cualquier caso, eso no es asunto tuyo.

-Estoy intentando que lo sea. ¿Está casado?

-¡No, claro que no! Mira, creo que deberías marcharte si has decidido empezar a ponerte ofensivo.

Aiden la miró fijamente, evidentemente sorprendido por aquella declaración. Escrutó su rostro con la mirada, como si le costara creer lo que estaba oyendo.

-Sólo dime una cosa. ¿Saldrías conmigo si no tuvieras novio?

Zoe no dijo una sola palabra, pero su mirada debió de traicionarla.

-Eso es lo que me imaginaba. ¿Sabes, Zoe? No quieres a ese tipo tanto como crees. Si lo quisieras, ayer no me habrías mirado como me miraste.

Zoe comenzó a sonrojarse.

-Por favor, vete. Y llévate los huevos.

Cuando se los tendió, Aiden negó con la cabeza.

-Quédatelos -gruñó, y se alejó a grandes zancadas.

Zoe estuvo a punto de gritarle para que volviera. A punto. Pero al final, ganó su sentido de la decencia.

-Bien hecho -musitó Aiden para sí mientras se dirigía hacia su casa-. Muy sutil. Casanova pagaría por una técnica tan refinada como la tuya. Evidentemente, los seis meses de celibato no lo habían ayudado a afilar sus habilidades para la seducción. O quizá nunca las había tenido.

La verdad era que para Aiden el sexo siempre había sido algo fácil. En el instituto, lo perseguían las chicas más guapas de la clase. Y durante los años que había pasado en el circuito de surf, encontraba chicas maravillosas en todos los torneos. Nunca había tenido que esforzarse en conseguirlas. Le bastaba con mirarlas.

En aquella época, ni siquiera se molestaba en tener una relación estable. Ese tipo de relación no habría encajado con su estilo de vida. Necesitaba concentrarse en el surf y además siempre estaba viajando.

Más tarde, sin embargo, después de la herida que lo había obligado a retirarse del circuito profesional y a dirigir sus ambiciones hacia otros ámbitos, Aiden había considerado la posibilidad de una relación seria. Había tenido dos parejas, pero con ninguna de ellas había funcionado.

Suponía que porque no estaba realmente enamorado, aunque en aquel momento lo creyera. O, por lo menos, no tan enamorado como para poner a sus parejas por delante del negocio. Ambas chicas se habían quejado de su falta de compromiso.

Así que había renunciado a la idea de tener una relación estable y había vuelto a las citas sin ataduras. Tenía pocos problemas para tener citas. Los hombres ricos raras veces sufrían rechazo. Y Aiden no estaba acostumbrado a que le dijeran que no.

Sin embargo, Zoe se lo había dicho y él era incapaz de imaginar la manera de hacerla cambiar de opinión. Desgraciadamente, parecía una mujer de fuerte carácter y principios un tanto anticuados.

Por una vez en su vida, no iba a conseguir lo que quería, y no lo estaba encajando demasiado bien.

Así que decidió hacer lo único que un hombre de su naturaleza podría hacer en un caso así: salir a hacer surf.

6

Había hecho bien, se felicitó Zoe después de que Aiden se fuera. Si hubiera aceptado, no habría sido mejor que Drake. Lo que tenía que hacer era prepararse un buen desayuno y dejar de preocuparse. De acuerdo, Aiden parecía un poco afectado por su negativa, pero lo superaría. No estaba enamorado de ella. Sólo quería cenar con ella y tenerla como postre.

Zoe saboreó la idea de ser el postre de la cena de Aiden mientras se preparaba y comía dos huevos para desayunar. ¿Cómo sería en la cama realmente? ¿Qué tipo de cosas sería capaz de hacer?

-Oh, deja de pensar en ese hombre -se regañó, mientras se obligaba a pensar en lo que iba a hacer durante el resto del día.

A pesar del calor, ir a bañarse estaba completamente descartado . Quería evitar por todos los medios volver a encontrarse con Aiden. De modo que tampoco podía salir a pasear por Hideaway. Pero tampoco podía ir a Sydney porque todavía estaba enfadada con Drake. Después de su encuentro con Aiden, quizá comenzara a comprenderlo un poco mejor. Pero si

ella había resistido la tentación, ¿por qué no había podido hacerlo él?

La única respuesta que se le ocurría era que Drake no estaba tan enamorado de ella como lo estaba ella de él. Quizá Aiden tuviera razón en eso.

Al pensar en Drake se acordó de su teléfono móvil y fue a comprobar si tenía algún mensaje.

Ninguno de Drake. Algo considerablemente extraño, si realmente la quería tanto.

Zoe marcó el número de su casa y Melinda contestó al cabo de varias llamadas.

-¿Diga?

-Hola Mel, soy Zoe.

-Hola, Zoe. ¿Ha pasado algo? -

-Nada importante. ¿Se pasó Drake por casa ayer por la noche?

-No.

-¿Y ha dejado algún mensaje en el contestador?

-No.

-Tampoco me ha llamado al móvil.

Mel suspiró con cansancio.

-Mira, deja a ese mentiroso y acércate al club de surf de... ¿dónde estás exactamente?

-En Hideaway Beach. Y aquí no hay ningún club de surf. Es una playa muy pequeña.

-Es una pena. ¿Y no tienes a ninguno de esos maravillosos socorristas cerca?

-¿No podemos dejar el tema del sexo?

-Si insistes. ¿Cuándo vas a volver a casa? Me siento sola sin ti.

-Probablemente salga mañana a primera hora, para evitarme los atascos del domingo por la tarde.

-¿Y qué piensas hacer hoy?

-Estaba pensando en acercarme a Nelson Bay para ir de compras, comer y quizá ver alguna película.

-Un plan verdaderamente salvaje.

Zoe soltó una carcajada.

-No me gustan las fiestas tanto como a ti, Mel.

-Quizá no, pero deberías soltarte un poco, Zoe. En la vida hay algo más que trabajar. Así que te lo repito: deja al estúpido de Drake y diviértete un poco.

-A lo mejor él me ha dejado a mí.

-Eso estaría bien. He estado pensando en Drake y en algo que siempre dice mi padre: nunca se debe confiar en un vendedor.

-Oh, Mel. No es justo generalizar de esa forma. También dicen que todas las modelos son tontas.

-¡Y lo somos! Si no, nos dedicaríamos a otra cosa. No hay nada peor que ser deseada solamente por tu físico. No sabes cuánto daría por encontrarme con un hombre que me quisiera por lo que soy y no por lo que parezco.

-Eso es fácil decirlo cuando se tiene un físico como el tuyo. Cuando se tiene un físico

como el que yo tenía antes, no hay ninguna oportunidad de que nadie se fije en ti, ni por dentro ni por fuera.

-Siempre dices cosas de ese estilo, pero no creo que fueras tan fea.

-Fea quizá no, pero sí estaba gorda.

-Paparruchas. Seguramente estarías convenientemente rellenita. Conozco a muchos tipos a los que les gustan las mujeres con carne. Además, seguro que eras preciosa. Tienes un rostro adorable y yo mataría por unos ojos como los tuyos.

-Oh, venga, no me adules.

-No te estoy adulando. Jamás adularía a una mujer, ni siquiera a mi mejor amiga.

Zoe sintió que se le encogía el corazón. Ella nunca había tenido a nadie que se considerara su mejor amiga.

-Claro que lo harías, Mel -le respondió con cariño-. Finges ser una mujer dura, pero no lo eres en absoluto. Eres más blanda que la mantequilla.

-Ahora eres tú la que me está adulando -protestó, pero parecía complacida.

-Será mejor que cuelgue si no quiero arruinarme.

-Cuídate.

-Lo haré, te lo prometo.

-Y no hagas nada que yo no haría. Zoe soltó una carcajada.

-Hasta mañana, Mel.

-Adiós, cariño. Te quiero.

Así terminó la llamada, dejando a Zoe agradablemente reconfortada. No había nada mejor que le dijeran que la querían, sobre todo si se lo decían de verdad.

Drake también aseguraba amarla, ¿pero era sincero?

Zoe suspiró, guardó el teléfono en el bolso y se dirigió hacia la puerta. Lo que necesitaba era olvidarse tanto de Drake como de aquel otro hombre que nunca se afeitaba y que iba prácticamente desnudo.

Sintió una bofetada de calor en cuanto abrió la puerta. La temperatura había subido considerablemente desde la visita de su vecino. Iba a hacer un día bochornoso, así que tendría que encontrar algún establecimiento con aire acondicionado.

Desgraciadamente, Nelson Bay no había cambiado mucho desde su última visita y el centro comercial continuaba siendo considerablemente pequeño.

Tras haber pasado un par de horas metiéndose en cada tienda con aire acondicionado que encontraba y alargando un café cerca del mar, Zoe se debatía entre ir a dar un paseo en barco o ir a ver una película, como le había dicho a Me¡ que haría. Al final ganó la película, gracias al aire acondicionado y a las opciones cinematográficas. Se trataba de una película de acción, sin, consecuentemente, nada de sexo.

Y Zoe pensaba que su pobre cerebro y su cuerpo se merecían un descanso del tema.

El cine era pequeño y estaba abarrotado. Tuvo que sentarse muy cerca de la pantalla, lo que la obligó a mantener la cabeza en alto y para cuando salió, tenía serios calambres en el cuello.

Se estaba frotando el cuello y dirigiéndose al aparcamiento en el que había dejado el coche cuando pasó por delante de un establecimiento con publicidad sobre masajes terapéuticos.

Zoe nunca había recibido un masaje, pero su jefa era muy partidaria de ellos.

Diez minutos después, estaba tumbada boca abajo sobre una mesa de masaje, con sólo el sujetador y las bragas puestos.

La masajista se llamaba Glenda, y era una mujer alta y atlética de unos treinta y cinco años. Cuando le había pedido a Zoe que se quedara en ropa interior, Zoe se había sentido transportada al vestuario del gimnasio del instituto, en el que se veía obligada a cambiarse de ropa todos los jueves por la tarde.

Al pensar en aquella época, Zoe se dio cuenta de que Mel tenía razón. Sólo estaba un poco rellenita cuando había llegado a Sydney a los veinte años, pero durante la adolescencia estaba gorda, realmente gorda.

Pero no siempre lo había estado. Durante la primaria, de hecho, estaba muy delgada. Pero desde la muerte de su madre, ocurrida cuando Zoe tenía trece años, había buscado consuelo en la comida y había empezado a engordar.

Las bromas sobre su peso habían sido terribles desde el primer día de instituto, pero durante los días de gimnasia eran insoportables. Quizá habían sido imaginaciones suyas, pero Zoe pensaba que incluso las profesoras de gimnasia disfrutaban viéndola retorcerse con aquellos minúsculos pantalones y la camiseta de gimnasia que mostraban hasta su última gota de grasa.

Zoe había tardado años en erradicar los sentimiento de vergüenza y desprecio hacia su cuerpo adquiridos en aquella etapa. Y la verdad era que quizá todavía no los había superado del todo. En caso contrario, no se sentiría tan ridículamente consciente de su cuerpo mientras le hacían el masaje.

-Vas al gimnasio, ¿verdad? -le preguntó Glenda, mientras le hacía alzar los brazos y le desabrochaba el sujetador.

-Sí -admitió Zoe-. Un par de veces a la semana.

-Tienes un tipo excelente.

-¿De verdad?

-Desde luego. Además no está excesivamente trabajado. Estás en el punto exacto. Ahora, veamos si podemos hacer algo con esos nudos que tienes en el cuello y los hombros. Oh, vaya, están durísimos. Estoy segura de que eres de Sydney. Sólo allí se acumula tanto estrés. Relájate, cariño.

Zoe se relajó. Enterró el rostro en la mesa, cerró los ojos y dejó que sus músculos se destensaran. Pero estaba empezando a comprender por qué Fran era adicta a los masajes cuando cometió el error de abrir los ojos y fijarse en el color naranja de la alfombra.

Inmediatamente, pensó en Aiden. Y en el sueño de la noche anterior.

-Eh, no vuelvas a tensarte -le recomendó Glenda-. Relájate.

¡Relajarse! ¿Cómo iba a relajarse con el sueño de la noche anterior reproduciéndose en su cerebro?

Zoe cerró los ojos otra vez e intentó despejar aquella erótica fantasía de su mente, pero le resultaba imposible. Estar medio desnuda no ayudaba. Y tampoco el verse obligada a permanecer quieta. No era como estar atada a una cama, pero no hacía falta mucha imaginación para evocar aquellas sensaciones deliciosamente seductoras de estar impotentemente cautiva. Y también era muy fácil imaginarse que las manos de Glenda eran las de Aiden...

Había sido tan genial con sus manos durante el sueño...

Zoe ahogó un gemido cuando Glenda comenzó a trabajarle los músculos de los muslos.

-¿Podrías trabajarme un poco más los músculos de los hombros?

-Claro. Dios mío, vuelves a tenerlos tensos. ¿Qué has estado haciendo últimamente?

-Supongo que trabajar demasiado.

-¿Y no has pensado en cambiar de trabajo?

-Eh... No, la verdad es que me gusta mi trabajo.

-Bueno, pues hay algo en tu vida que no te gusta, jovencita. Y te sugiero que averigües lo que es para poder cambiarlo.

Después del masaje, Zoe se fue a cenar a un restaurante y para cuando llegó a la casa, eran casi las nueve y el sol ya había comenzado a ponerse, pero continuaba haciendo un calor infernal.

La idea de darse un baño para refrescarse era muy tentadora y le pareció absurdo negarse ese placer. También era una tontería continuar encerrada en casa. Aiden no iba a acercarse otra vez, y menos a esa hora. Después de la experiencia del masaje, Zoe comprendía perfectamente por qué había tomado la decisión de alejarse de él durante el día, pero ya era suficiente.

Así que, una vez tomada la decisión, fue a buscar el bañador que Mel le había convencido para que se comprara y que todavía no se había atrevido a ponerse en público. Tenía un escote cuadrado que apenas ocultaba sus pezones y era tan alto por los muslos que había que estar perfectamente depilada para ponérselo.

Cinco minutos después, se estaba hundiendo en el agua. Después del calor intenso del día, el agua le resultaba deliciosamente refrescante. Desgraciadamente, estaba en un lugar en el que rompían las olas, así que tenía que saltar continuamente, lo cual resultaba bastante agotador. A unos pocos metros de allí, había un remanso en el que podría tumbarse tranquilamente, sin necesidad de agotarse.

Zoe no era una gran nadadora, pero tampoco lo hacía mal. Había aprendido a nadar desde pequeña y antes de engordar había pasado muchos días de verano nadando en el río del pueblo.

Así que se hundió entre las olas y rápidamente alcanzó su objetivo. Con las manos debajo de la cabeza, se tumbó boca arriba en el agua, contemplando las primeras estrellas que empezaban a salir.

El tiempo fluía. Y también ella. Pero Zoe no se dio cuenta de lo lejos que estaba hasta que decidió volver a la orilla. Cuando comenzó a nadar, se asustó de la intensidad de la corriente. Era muy fuerte y la empujaba hacia las rocas que se adentraban en el océano, donde las olas rompían con fuerza.

Zoe intentó alcanzar la orilla con grandes brazadas, pero poco podía hacer contra la fuerza de la corriente. En cuanto dejaba de nadar, la corriente la arrastraba hacia las rocas.

Buscaba en el mar, pero no podía ver a nadie. Incluso la playa estaba vacía. Y la única luz que veía encendida era la de la casa de Aiden.

¿Podría oírla si gritaba? La casa parecía estar demasiado lejos. Pero ella no quería morir. Zoe comenzó a gritar y a nadar al mismo tiempo, moviendo los brazos como una loca.

7

Aiden estaba sentado en la mecedora, al lado de la ventana e intentando leer cuando le pareció oír un grito.

Levantó la cabeza del libro y aguzó el oído. ¿Sería una gaviota? ¿El viento quizá?

El gritó sonó otra vez. Y otra. Y otra.

Aiden se levantó y salió corriendo.

No era el chillido de un pájaro. Aquel era el grito de una mujer con problemas.

Llegó a la puerta de entrada, saltó los tres escalones del porche y corrió a toda velocidad hacia la playa, escrutando el océano con la mirada mientras lo hacía. Y así descubrió a una mujer que estaba siendo arrastrada por la corriente hacia las rocas.

Era Zoe. Supo inmediatamente que era Zoe.

Aiden no se paró a pensar en lo que podía estar haciendo allí a aquella hora de la noche. Dio media vuelta y corrió a buscar la tabla que afortunadamente había dejado en el porche. La adrenalina lo ayudó a volver hasta el agua en nada de tiempo. Corrió entre las sombras, arrojó la tabla contra la primera ola, se tumbó sobre ella y remó con los brazos como un loco hasta que estuvo a la misma altura que Zoe. Una vez allí, se sentó en la tabla, agarró a Zoe por debajo de los brazos y tiró de ella hasta colocarla frente a él.

Sus ojos se cruzaron un instante. Los de Zoe aterrados y los de Aiden horrorizados por lo que habría podido pasar si no la hubiera oído gritar.

-¿Cómo se te ocurre bañarte tan lejos de la orilla a esta hora de la noche? Podrías haber tenido un calambre, o haber sido arrastrada contra las rocas. ¿Es que quieres matarte? -él mismo se sorprendió al oírselo decir-. Eh, la idea no era ésa, ¿verdad? No pretendías suicidarte, ¿verdad?

Zoe no tenía fuerzas suficientes para defenderse de aquella acusación, pero su rostro debió de indicarle a Aiden la respuesta.

-Lo siento. Debería haberme imaginado que no eres de las que se suicidan. Supongo que tenías calor, se te ha ocurrido darte un baño y de pronto te has visto arrastrada por la marea. Debería haberte advertido sobre la fuerza de la marea esta mañana, pero estaba tan enfadado que no se me ha ocurrido.

De pronto, Zoe comenzó a temblar violentamente.

Aiden soltó una maldición, pero Zoe sabía que no era contra ella. Con unas manos increíblemente delicadas, la hizo apoyarse contra su pecho. Su pecho, notó Zoe, a pesar de la tensión.

¿Aquel hombre se pasaría toda la vida desnudo?

Un nuevo escalofrío recorrió su espalda. Pero aquella vez era de una naturaleza muy diferente.

-No te preocupes -le dijo Aiden, frotándole suavemente los brazos-. Todavía estás en estado de shock. Pero en cuanto te lleve a casa y te des una ducha caliente, te pondrás perfectamente.

Zoe intentó protestar cuando, al llegar a la orilla, Aiden la levantó en brazos. Pero él la silenció con una mira,.

-¿No crees que ya has hecho suficientes tonterías por esta noche?

Zoe cerró los ojos y se recostó contra él.

-Así está mejor -musitó Aiden satisfecho.

Zoe gimió en silencio. Estaba demasiado agotada para luchar contra los sentimientos que había estado intentando combatir durante todo el fin de semana.

La lujuria, ardiente e imparable, fluía por cada poro de su piel, caldeando sus entrañas y haciéndola exquisitamente consciente el cuerpo de Aiden. Y tener los ojos cerrados sólo servía para intensificar aquella sensación. Se deleitaba en la fuerza de los brazos que la llevaban, en el calor húmedo de su pecho presionado contra sus senos. Sentía el roce de los muslos de Aiden contra su trasero mientras este caminaba a grandes zancadas por la arena.

La estaba llevando a su casa, lo sabía. Y pretendía que se diera una ducha caliente.

Oh, Dios...

La parte más sensata del cerebro de Zoe le advertía que no se dejara llevar por las salvajes fantasías que aquel hombre provocaba en ella. Pero en aquel momento, Zoe estaba demasiado lejos de la sensatez, o de la fuerza de voluntad, o de ningún principio moral.

Se sentía arrastrada por el deseo, por unas sensaciones tan intensas que apenas podía dar crédito a lo que sentía. No estaba acostumbrada a desear a un hombre de esa forma. Nunca había sentido nada parecido por Drake. La lujuria, decidió desesperadamente, no tenía nada que ver con el amor.

La lujuria sólo se centraba en una cosa: el físico.

Zoe se tensó cuando advirtió que Aiden estaba subiendo unos escalones. Mantuvo los ojos cerrados mientras él abría la puerta de su casa y pasaba con ella al interior.

El corazón comenzó a latirle violentamente. Dentro hacía calor, pero no era tan insoportable.

Tras recorrer una corta distancia, Aiden la dejó sobre algo suave. Un sofá, pensó Zoe. De cuero.

Abrió los ojos y deseó no haberlo hecho. Porque descubrió a Aiden sobre ella, tal como lo había imaginado en sus fantasías.

-Me alegro de ver que todavía estás viva -le dijo-. Empezaba a pensar que tendría que hacerte el boca a boca para resucitarte.

Pensar en la boca de Aiden hizo desaparecer los pocos escrúpulos que a Zoe le quedaban. Lo miró intensamente a los ojos, incapaz de disimular sus sentimientos ni un segundo más.

-Me habría gustado -susurró, una oleada de exquisito placer recorrió su cuerpo.

El deseo oscureció la mirada de Aiden mientras la clavaba en su boca. Se sentó en el borde del sofá y le apartó un húmedo mechón del rostro. Zoe entreabrió los labios con un suave jadeo.

Aiden no dijo una sola palabra, de lo que Zoe se alegró. Las palabras sólo habrían servido para quebrar aquella vertiginosa sensación que se había apoderado de su cuerpo. Aiden posó las manos sobre sus hombros y comenzó a descender hacia ella. El corazón de Zoe latía violentamente.

Pero la cabeza de Aiden no terminaba de llegar. La sujetaba con fuerza por los hombros mientras descendía lenta, muy lentamente... Hasta que sus bocas se fundieron.

La pasión que Zoe había reprimido con tanta fuerza se liberó precipitadamente. Lo abrazó con fuerza y lo besó con un deseo idéntico al suyo. Aiden gimió y la hizo tumbarse de nuevo en el sofá, donde comenzó a besarla de tal forma que Zoe pensó que iba a morir por la falta de aire.

Cuando por fin se detuvo, con la respiración jadeante, Aiden se sentó bruscamente y deslizó la mirada sobre ella.

-Quítate esto.

Y, sin darle tiempo a protestar, le quitó el ya casi seco bañador y lo arrojó descuidadamente.

Una sorprendida Zoe vio aterrizar el bañador sobre la estantería que contenía el equipo estéreo. Con una rápida mirada, recorrió el resto de la habitación, que era casi tan colorida como el exterior de la casa. Las paredes eran de color amarillo limón con algunas zonas forradas en madera blanca y el suelo de cerámica.

La selección de muebles era de lo más ecléctica. Una mezcla de muebles antiguos y nuevos y de todas las formas y colores. Las cortinas eran de seda oscura y el sofá de cuero sobre el que estaba tumbada de un intenso color naranja.

-Así está mejor.

La voz de Aiden la hizo volver a su más inmediata realidad; estaba tumbada delante de él, desnuda y bajo una potente luz. Pero, extrañamente, no estaba preocupada por su figura, como cuando estaba con Drake. Y no le importaba no llevar maquillaje, ni que su pelo estuviera mojado. Le bastaba mirar a Aiden a los ojos para saber que a éste le gustaba todo lo que veía.

Y también a ella le gustaba lo que veía. Y estaba ansiosa por que Aiden se desnudara. Quería comprobar si todas sus fantasías iban a hacerse realidad.

Tragó saliva al pensar en ello.

Pero Aiden no se desnudó. Se acercó todavía más a Zoe e, inclinándose sobre ella, comenzó a acariciar la superficie de su piel, rozando suavemente sus pezones.

Zoe jadeó, y después gimió decepcionada cuando Aiden continuó hacia su cuello y su rostro. Enmarcando su cara con las manos, Aiden se inclinó hacia delante hasta que sus bocas estuvieron a punto de rozarse. Dibujó con la lengua los labios entreabiertos de Zoe y se abrió camino entre ellos. Zoe fue entonces consciente de que había estado conteniendo la respiración, sin saber qué hacer, o qué podía esperar.

Drake nunca la había besado de aquella forma.

-Dame tu lengua -le pidió Aiden con la voz ronca por el deseo.

Zoe vaciló un instante antes de deslizarla lentamente entre sus labios. Se estremeció cuando Aiden rozó la punta de su lengua con la suya y volvió a estremecerse cuando este la succionó hacia dentro.

Aiden se separó entonces, alzó ligeramente la cabeza y la miró con el ceño fruncido.

Zoe pestañeó varias veces. La cabeza le daba vueltas.

-¿Qué? -le preguntó, descubriendo que le resultaba difícil pensar.

-¿No te gusta?

-Yo... no estoy segura. Pero no te detengas.

Aiden rió suavemente.

-No tengas miedo cariño. He estado deseando hacer el amor contigo desde que te conocí. Desde ayer no he sido capaz de pensar en otra cosa.

-Yo... también he estado pensando en ti -le confesó.

-Me alegro de oírlo. Estaba empezando a pensar que me había vuelto loco. Pero este no es momento para hablar. Ya podremos hablar más tarde. O mañana -inclinó nuevamente la cabeza para besarla.

En aquella ocasión fue un beso auténtico, profundo, embriagador, que dejó palpitante todo el cuerpo de Zoe.

Esta gimió cuando Aiden abandonó sus labios. Y volvió a gemir cuando le acarició con la barbilla los senos. Los pezones se irguieron como si fueran de fuego. Aiden lamió uno y succionó el otro como había hecho durante el sueño.

Una descarga eléctrica zigzagueó a través del vientre de Zoe hasta alcanzar sus muslos. Zoe gritó y arqueó la espalda mientras sus manos buscaban desesperadamente el pelo de Aiden. Éste se detuvo momentáneamente para levantarle las manos por encima de la cabeza, y se las sujetó contra el brazo de cuero del sofá. Aiden volvió entonces a su seno. Lo acariciaba

con la mano derecha al tiempo que se apoderaba de su oscuro pezón con los labios. Cuando Zoe volvió a arquear la espalda, Aiden deslizó las manos por su vientre, manteniéndola en tensión mientras él continuaba con el erótico festín que le ofrecían sus senos.

El efecto fue increíble. Zoe se retorcía una y otra vez y gritaba con una mezcla de placer y, sí, dolor. De vez en cuando, él le pellizcaba los pezones con los dientes y tiraba suavemente de ellos. Zoe suspiraba aliviada cuando la soltaba, aunque sólo para desear perversamente que volviera a tomarlos. Se había vuelto adicta a aquella tortuosa experiencia erótica. Quería que nunca acabara.

Pero Aiden se detuvo. Y la mano que posaba en su vientre descendió hasta los rizos que ocultaban las partes más húmedas de su cuerpo. Siguió con la boca el camino de su mano y se detuvo unos segundos en su ombligo mientras sus dedos conocedores buscaban, entreabrían y penetraban. Zoe gritó y apretó los dientes. Aiden la estaba tocando de todas las formas como lo había hecho en sueños, sabiendo exactamente dónde y cómo darle el más exquisito y endiablado de los placeres. Zoe no podía pensar. Sólo podía sentir, y desear más.

-Por favor -le suplicaba, moviendo la cabeza de lado a lado-. Por favor...

Aiden respondió colocándose la pierna derecha de Zoe en el hombro y posando su boca sobre el rincón en el que minutos antes estaba su mano. A continuación, la tomó por el trasero haciéndole alzar las caderas para permitirse un mejor acceso a su cuerpo e impedirle cualquier movimiento.

-Oh...

Drake jamás le había hecho nada parecido. Nunca. Y ella nunca había deseado que lo hiciera. La idea le habría parecido repugnante. Aiden se lo había hecho en sueños y no le había parecido repulsivo, pero aquello era un sueño. ¡Y lo que estaba ocurriendo en aquel momento era real!

Pero no había vergüenza de ningún tipo, sólo un inmenso placer. Y el más acuciante deseo.

La lengua de Aiden acarició el clítoris henchido por el deseo y Zoe estuvo a punto de gritar. Otra caricia. Y después otra. Zoe apretó los dientes con fuerza. Estaba a punto de alcanzar el orgasmo. Estaba segura. Bastaba solamente con que Aiden la acariciara con la lengua otra vez.

Pero no lo hizo. En cambio, cerró los labios sobre aquella tierna protuberancia y la succionó con fuerza.

Zoe gritó y alcanzó un orgasmo como no lo había disfrutado en su vida. Arqueó la espalda. Abrió la boca jadeante. En su cabeza explotaron un millón de estrellas. Brillantes, cegadoras. Los espasmos continuaban uno tras otro, como si nunca fueran a terminar.

Aiden alzó la cabeza, con expresión ligeramente avergonzada.

-Tendré que ir al baño un minuto o dos. Tu... eh... entusiasmo me ha puesto a mí también al borde del orgasmo. Lo que no es ninguna tragedia en estas circunstancias. La próxima vez podremos disfrutar juntos, y durante mucho más tiempo. Ahora no te vayas -añadió apartando suavemente la pierna de Zoe de su hombro.

Zoe permaneció en el sofá tal como estaba. Ni siquiera tenía fuerzas para cambiar de postura. Los brazos descansaban inertes a ambos lados de su cabeza y se sentía... maravillosamente. Sabía que debería levantarse, despedirse de Aiden y marcharse. Pero no tenía ni fuerza de voluntad suficiente ni ganas.

La próxima vez, había dicho. ¿Se refería a esa misma noche o al día siguiente? Zoe sabía que un hombre necesitaba algún tiempo para poder hacer el amor otra vez.

Hizo una mueca al darse cuenta de la expresión que había utilizado. Lo que Aiden acababa de hacer con ella no tenía nada que ver con el amor. Era sólo sexo. La misma clase de sexo

que Drake había compartido con aquella rubia. Pero a pesar de saberlo, Zoe había disfrutado mucho más que cuando hacía el amor con Drake.

Se quedó estupefacta al ser consciente de ello. Ella siempre había pensado que con amor el sexo era mucho mejor. Y, desde luego, el sexo con Drake había sido mejor que con Greg.

Pero lo que acababa de experimentar... era todavía mejor.

La puerta del baño se abrió y Aiden volvió al salón, haciendo añicos los intentos de Zoe de encontrar sentido a la situación.

Estaba desnudo. Y sorprendentemente erecto. Zoe no podía apartar la mirada. Sus fantasías habían minusvalorado sus medidas.

-Creía que ibas a... -se le quebró la voz.

-Y lo he hecho -contestó él sonriente-. Esto sólo demuestra lo que ocurre cuando llevas mucho tiempo sin hacer el amor. Creo que ha llegado el momento de llevarte a mi dormitorio -dijo, y se inclinó para levantarla en brazos.

Cruzó con ella en brazos una puerta y abrió la luz, iluminando un dormitorio pintado de un color azul intenso, alfombras indias en el suelo y una enorme cama de bronce sorprendentemente parecida a la de sus sueños.

Zoe clavó la mirada en los cuatro postes de la cama, intentando no imaginarse a sí misma sobre la blanca colcha bordada, que parecía perversamente virginal.

Zoe no creía que aquella colcha hubiera conocido muchas vírgenes, a pesar de lo que Aiden había dicho sobre su falta de relaciones sexuales. Seguramente para él una semana ya era mucho tiempo.

-No digas una sola palabra sobre la colcha -le aconsejó Aiden al ver su expresión-. Me la hizo mi madre y me gusta.

Y sin más, apartó la colcha, dejando al descubierto unas sábanas de color azul.

-¿Tu madre? -le preguntó extrañada.

-Todo el mundo tiene una madre. Pero esta noche no vamos a hablar de nuestras familias. Esta noche sólo vamos a disfrutar, ¿de acuerdo?

-De acuerdo -contestó ella, procurando no fijar la mirada en la parte del cuerpo de Aiden de la que más le apetecía disfrutar.

Aiden abrió un cajón de la mesilla y sacó una caja de preservativos.

-No dejes que me olvide de ponérmelo –le dijo, mientras se tumbaba en la cama y la estrechaba en sus brazos-. Me pones en tal estado que sería capaz de olvidarme.

Pero no lo olvidó. Y tampoco Zoe.

De lo que sí se olvidó fue de todo lo demás. De Drake, de su conciencia, de su sentido común. Y de todas las inhibiciones.

Pero todos ellos regresaron más tarde, junto al impacto y la vergüenza por lo que acababa de hacer. Ella no era mejor que Drake. Era peor, incluso. Zoe agradeció infinitamente que Aiden estuviera dormido cuando abandonó su casa al amanecer.

8

Aiden se despertó sobresaltado y con la sensación de que algo no andaba bien.

Dio media vuelta en la cama y comprendió inmediatamente lo que era: el otro lado estaba vacío. Zoe no estaba allí.

-¿Zoe? -llamó, con la vana esperanza de que estuviera en el baño. O en la cocina quizá-. ¿Estás aquí?

No hubo respuesta. No se oía nada, salvo los gritos de las gaviotas.

Apartó las sábanas, saltó de la cama y corrió hacia la ventana, desde la que podía ver la casa de Nigel y la carretera.

El coche de Zoe no estaba. Zoe se había marchado.

Soltó un juramento.

Zoe había huido. Había vuelto a Sydney. Había vuelto con aquel amante que no la amaba. A la vida que le estaba causando tanta tristeza.

Volvió a maldecir.

La noche anterior Zoe no estaba triste. Estaba en la gloria.

Y también él. Nunca había conocido a una mujer como Zoe. Había estado tan... no encontraba palabras para describirlo. O para describir lo que era hacer el amor con ella. Lo único que sabía era que jamás en su vida había experimentado nada parecido.

Y que una noche no era suficiente.

Pero tendría que serlo, ¿no?

Zoe había tomado la decisión de abandonar lo que habían compartido. De modo que seguirla era completamente ridículo.

Pero eso era lo que le apetecía hacer.

-No seas tan estúpidamente romántico -se dijo a sí mismo mientras volvía a la cama-. Ya llevas mucho tiempo sin salir con nadie, así que agradece este pequeño favor y olvídala.

Pero olvidar a Zoe no era fácil en absoluto, sobre todo cuando las sábanas conservaban el olor de su cuerpo. Al final, se vio obligado a levantarse y a intentar eliminar de la habitación aquel olor almizcleño.

Pero no sirvió de nada cambiar las sábanas. Zoe continuaba allí, en su mente. Al final, decidió salir de casa e intentar entrar en razón con el frío y la lógica.

-¡No seas ridículo! Tú no has sido nada especial para Zoe. Sólo se ha acostado contigo siguiendo un impulso. Se sentía sola y carente de amor y has aparecido tú, dispuesto a darle un poco de lo que más necesitaba. Bueno, una buena cantidad de lo que necesitaba. Pero eso no significa nada. Sé realista. Para ella, esto sólo ha sido una aventura de una noche. Así que lo mejor que puedes hacer es olvidarla.

Pero a pesar de todo, sus recuerdos lo empujaban de nuevo hacia lo que había ocurrido aquella noche, a todo lo que había transpirado entre ellos.

Aiden nunca había hecho tantas veces el amor en una sola noche. Simplemente, parecía no tener nunca suficiente de ella. Nunca había conocido a una joven con tanta capacidad de respuesta y, al mismo tiempo tan sorprendida por ella. Eso era lo que más lo había conmovido. La expresión de su mirada cuando la tocaba. O sus gemidos cuando se hundía en ella.

Aquellos sonidos eran adictivos. Quería escucharlos una y otra vez. Y también sus jadeos iniciales de sorpresa. Y los suaves gemidos de placer. Pero, sobre todo, quería volver a oírle gritar su nombre.

El ego de Aiden se había visto seriamente halagado por la intensidad y la frecuencia de los orgasmos de Zoe.

¿Estaría engañándose a sí mismo al pensar que ella no podría haber sentido tanto placer con otro hombre? ¿O al decirse que él no podría experimentar nada parecido con otra mujer?

El sentido común insistía en responder afirmativamente a ambas preguntas. Si Zoe se hubiera sentido especialmente atraída por él aquella noche, se habría quedado. No habría vuelto tan rápidamente a Sydney.

En cuanto a él...

Había disfrutado del sexo a lo largo de su vida, y con diferentes mujeres. Probablemente, la única razón por la que la noche con Zoe le había parecido tan especial era que llevaba seis meses de celibato.

Tenía que poner lo que había pasado entre ellos en su contexto. Habían sido como dos barcos cruzándose en la noche. Por alguna razón, Zoe había necesitado un hombre y él, obviamente, necesitaba una mujer. No había habido otra conexión entre ellos. Había sido un encuentro puramente sexual.

Pero entonces... ¿por qué había salido huyendo Zoe? Si hubiera sido sólo un encuentro sexual, ¿no se habría quedado durante todo el fin de semana para continuar disfrutando?

Estuvo pensando en ello durante el resto del día.

Eran sólo las diez de la mañana cuando Zoe llegó a su apartamento.

Mel salió inmediatamente de su dormitorio, vestida con su pijama favorito; un modelo de seda azul.

-Dijiste que ibas a venir temprano -comentó, apartándose un mechón de pelo de la cara-. Pero no imaginaba que tanto. No, no tienes que preocuparte. Ron no está aquí. Ayer no lo dejé quedarse y se enfadó. ¿Quieres un café?

Zoe consiguió sonreír.

-Me encantaría.

-Pareces cansada. ¿No has dormido o has tenido problemas al conducir?

-Las dos cosas -no pensaba contarle a Mel lo que había pasado con Aiden bajo ningún concepto.

Y no porque Mel pudiera escandalizarse. Sin duda alguna, se mostraría absolutamente comprensiva con ella, pero también querría oír cada detalle de aquella sórdida historia. Y Zoe no quena revivir la que había sido la noche más vergonzosa de su vida. El único aspecto positivo de su desagradable conducta era que por fin había comprendido lo que Drake quería decir cuando hablaba de los encuentros puramente sexuales.

-¿Entonces qué has decidido hacer sobre Drake? -le preguntó Mel, mientras preparaba una taza de café.

-Voy a perdonarlo. Si es que él me perdona...

-¿Si te perdona qué?

Acudieron a la mente de Zoe algunas imágenes de lo ocurrido durante la noche y tuvo que hacer un serio esfuerzo para no ruborizarse.

-Por haberme ido sin decirle adónde, por supuesto -contestó-. ¿No ha llamado todavía? ¿Ni siquiera a venido a buscarme?

-No ha dado señales de vida.

-Me pregunto si me llamaría el viernes por la tarde al trabajo. Llamaré a Fran más tarde para averiguarlo. Y dime: ¿qué es eso de que no has dejado que Ron se quedara a dormir? -le preguntó, cambiando hábilmente de tema-. Eso no es propio de ti.

Me¡ hizo una mueca.

-Oh, anoche comenzó a ponerse celoso y posesivo y ya sabes que eso es algo que no aguanto. Al final, consiguió enfadarme y no me apetecía dormir con él.

-¿Y no será que estás buscando una excusa para romper con él?

-¿Por qué diablos dices eso?

-Porque todavía me acuerdo de ese otro chico -respondió Zoe secamente-. Ese rico por el que no te sentías atraída.

Mel pestañeó y soltó una carcajada.

-¿Sabes? Podrías tener razón. He estado pensando en ese tipo arrogante durante este fin de semana. Pero no lo había relacionado con mis sentimientos hacia Ron.

-Sé sincera, Mel. Me dijiste que en cuanto comenzabas a fijarte en un hombre nuevo, el antiguo se convertía en agua pasada.

-Sí, tienes razón. Es difícil hacer el amor con un hombre cuando estás pensando en otro.

La mente de Zoe voló inmediatamente hacia Aiden. ¿Durante cuánto tiempo continuaría pensando en él? ¿Cuánto tiempo sería necesario para borrar aquellos increíbles recuerdos?

Toda una eternidad, asumió. Una noche como aquella era imposible de olvidar.

Pero sólo había sido sexo. El tipo de sexo del que Aiden disfrutaba cada vez que lo necesitaba.

Zoe no iba a dejarse engañar. Sabía exactamente la clase de hombre que era Aiden. Un ligón de playa. Un surfista. Un hombre sin aspiraciones. Un hombre sin mayores ambiciones que disfrutar de cada día. No tenía sólidos planes de futuro, llevaba una vida sin responsabilidades ni compromisos. Evidentemente, no tenían ninguna relación formal. Probablemente, se limitaba a acostarse con una chica cuando se sentía excitado. Sí, podría haber pasado una buena temporada desde la última vez que había tenido relaciones sexuales, pero tenía un buen número de preservativos preparados.

Y esa era la razón por la que, cuando se había despertado en sus brazos aquella mañana, Zoe se había obligado a levantarse y a marcharse de allí. Dudaba que Aiden se hubiera enfadado al descubrir que se había ido. Al fin y al cabo, aquella noche tenía que haber quedado completamente satisfecho. Francamente, Zoe ni siquiera sabía que un hombre pudiera hacer tantas veces el amor en una sola noche. O que hubiera tantas posturas posibles sin salir de la cama. Como cuando la había hecho ponerse de lado y...

-¡Despierta, Zoe! -dijo Mei-. Aquí está tu café -y colocó una taza de café humeante sobre el mostrador.

-Gracias -consiguió decir Zoe.

Maldito Aiden. ¿Por qué habría tenido que ser un amante tan magnífico? Al menos era una suerte que viviera en Hideaway Beach y estuviera fuera de su alcance. Sólo el Cielo sabía lo que podría hacer si viviera en Sydney.

Alzó la taza y comenzó a beber.

Sonó. el timbre de la puerta principal y Zoe alzó bruscamente la cabeza.

-¿Estás esperando a alguien? -le preguntó a Mel.

-No, y no estoy vestida, así que será mejor que abras tú. Si es Ron, dile que me he ido a pasar el día a mi casa. Es suficientemente estúpido como para creerse cualquier cosa -y se dirigió hacia su dormitorio, llevándose con ella una taza de café.

A Zoe comenzó a latirle violentamente el corazón mientras se acercaba a la puerta. La lógica insistía en que no podía ser Aiden. Por una parte, no tenía la menor idea de dónde vivía. Ni siquiera sabía su apellido.

Pero, perversamente, le habría encantado que fuera él.

Contuvo la respiración mientras abría la puerta. No era Aiden. Era Drake.

Se quedó mirándolo fijamente durante un largo momento, pensando que, físicamente al menos, no tenía ni punto de comparación con Aiden, a pesar de su indumentaria perfecta.

Cuando Drake fijó en ella la mirada, Zoe se acordó de repente de que no se había maquillado y tenía el pelo hecho un desastre. Lo único que había hecho nada más levantarse había sido ducharse y ponerse unos pantalones cortos y una camiseta.

-Así que no me equivocaba -dijo Drake, entrando en el apartamento-. No has ido a pasar el fin de semana a ningún rincón secreto -dio media vuelta para enfrentarse a ella-. Esa estúpida de Fran insistió en que te habías ido cuando llamé el viernes por la tarde y al final la creí. Pero he estado pensando en ello durante todo el fin de semana y he llegado a la conclusión de que mi Zoe no sería capaz de nada parecido.

Si Zoe tenía alguna intención de disculparse, se desvaneció como el humo al advertir su tono arrogante y paternalista. Cerró la puerta bruscamente y se cruzó de brazos, intentando mantener su irritación bajo control.

-Pues el caso es que me he ido -lo informó cortante. Tuvo que morderse la lengua para no añadir que además se había acostado con un hombre que había resultado ser mucho mejor amante que él.

La culpa la consumió en el mismísimo instante en el que aquel pensamiento cobró forma en su cabeza. Lo primero de todo era ser honesta. Drake era un buen amante. Y era ella la que se había sentido diferente con Aiden. Más relajada. Y, consecuentemente, con más facilidad para llegar al orgasmo.

-Acabo de volver -respondió, intentando no pensar en ello.

Drake la recorrió de pies a cabeza con la mirada.

-Sí, eso parece. ¿Y puedo preguntar de dónde? ¿O no decirme dónde has estado forma parte de mi castigo?

Zoe suspiró.

-No estoy intentando castigarte, Drake. De verdad que no. Sólo necesitaba tiempo para pensar.

-Entonces dime adónde has ido.

-¿De verdad importa?

-Importa si quieres que volvamos a estar juntos.

Zoe se tensó.

-No me gustan los ultimátums.

-Y a mí no me gusta pasarme el día pendiente de ti. De si me amas o no me amas, de si me perdonas o no me perdonas. De si quieres que nuestra relación continúe o de si quieres

dejarlo. Ya te pedí perdón por lo que ocurrió con esa chica. Y te he prometido que no volverá a ocurrir nunca más. Ahora te toca hablar a ti. Así que vuelvo a preguntártelo: ¿dónde has pasado este fin de semana?

Por un instante, Zoe estuvo a punto de decirle que se fuera. Pero se acordó de lo triste y solitaria que era su vida sin él. Y, desde luego, no tenía ningún futuro con Aiden. De hecho, estaba segura de que le estarla infinitamente agradecido por haberse marcho. Los hombres como él huían de los compromisos y las complicaciones.

-He estado en una playa, cerca de Port Stephens -contestó-. Yo... me quedé en un motel -pensó que era preferible no comentar que se había alojado en casa de Nigel. A Drake no le gustaba nada Nigel. De hecho, despreciaba a todos aquellos que no eran heterosexuales.

-Ya entiendo -esbozó una de sus más encantadoras sonrisas-. ¿Sabes? Tu pelo me gusta más así. No sabía que lo tenías rizado -alargó la mano y le colocó un mechón de pelo tras la oreja-. Deberías llevarlo así los fines de semana. Estás muy sexy. Además no llevas sujetador, ¿verdad? -dijo, deslizando la mano derecha por debajo de la camiseta.

Zoe jadeó cuando le acarició el pezón, todavía endurecido por lo ocurrido la noche anterior.

-Dios, te he echado de menos, Zoe -gimió Drake, deslizando la otra mano por su cintura y mordisqueándole el cuello-. No hay nadie como tú -deslizó la boca por su cuello al tiempo que tomaba su seno con la mano y le acariciaba el pezón con el pulgar.

De la garganta de Zoe escapó un gemido, pero la sensación era más de desagrado que de placer. Y cuando Drake buscó sus labios e intentó deslizar la lengua entre ellos, se apartó bruscamente.

-¡No! -gritó.

-¿Qué pasa? -al principio Drake la miró estupefacto. Inmediatamente después, furioso-. ¿Pretendes seguir castigándome, Zoe?

-No -contestó temblorosa, y sorprendida por su forma de reaccionar a las caricias de Drake-. Yo, simplemente no me apetece... Necesito tiempo. No puedo dejar de pensar en ti y en esa rubia -lo que era cierto el viernes, pero no en aquel momento. En quien no podía dejar de pensar Zoe era en ella y en Aiden.

-¿Y crees que se te pasará pronto?

-No lo sé.

-Deja de fingir, Zoe. Hace un momento estabas disfrutando tanto como yo. Tu pezón está duro como una roca.

Zoe no tuvo valor para decirle la verdad. Para explicarle que no era él el que la excitaba.

-Te amo, Zoe. Y te deseo. No me hagas esperar mucho.

-¿Es una amenaza?

-No, es un hecho. Cuando un hombre ama a una mujer como yo te amo a ti, desea hacer el amor con ella.

Zoe lo miró fijamente. Tenía razón, por supuesto. Pero entonces, ¿por qué a ella ya no le apetecía hacer el amor con él? Si lo amara, le apetecería.

Quizá se sintiera culpable. Y, quizá con el tiempo, todo volvería a ser como antes.

Drake la miró con expresión beligerante, pero sus ojos no tardaron en suavizarse.

-Mira, soy consciente de que te he hecho daño. Y mucho. Y sí, puedo entender que necesites tiempo para perdonarme y olvidar. ¿Qué te parecería que te dejara en paz esta semana, para darte tiempo para superarlo?

-Me encantaría.

-Pero el sábado por la noche celebro una de mis fiestas y me encantaría que fueras la anfitriona, como has hecho en otras ocasiones. No quiero tener que explicarles a mis clientes y colegas la ausencia de mi novia. ¿Harías eso por mí?

-Por supuesto -no se le ocurría ninguna razón para negarse.

-Eres un encanto. ¿Me ayudarás a organizarlo todo? Ya sabes que trabajo los sábados. Es el día de la semana que más ocupado estoy, de hecho.

-Si quieres...

-¡Que si quiero! Sin ti estaría completamente perdido. Eres una organizadora maravillosa. Y, para entonces, espero que te sientas bien a mi lado.

-A lo mejor...

-Te prometo que no te presionaré.

Al darse cuenta del esfuerzo que estaba haciendo Drake por adaptarse a las circunstancias y por ser comprensivo, no pudo evitar sentirse culpable.

-Siento estar poniéndote las cosas tan difíciles.

-No pasa nada, cariño. Te comprendo. La culpa ha sido mía.

Zoe deseó que dejara de decir ese tipo de cosas. La hacía sentirse despreciable. Si algún día Drake averiguaba lo que había hecho, se moriría.

Afortunadamente, había muy pocas posibilidades de que lo descubriera. Ella no tenía intención de confesarlo y las probabilidades de encontrarse con Aiden en Sydney eran mínimas. E, incluso en el caso de que se diera esa fatal coincidencia, dudaba que Aiden pudiera montarle una escena, como había hecho la rubia de Drake. Ese no era su estilo.

Drake sacó la cartera y contó quinientos dólares.

-Toma, para que te compres un vestido para la fiesta.

-Oh, no, no puedo aceptarlo -protestó, sacudiendo la cabeza.

-¿Por qué no? -parecía sinceramente perplejo. Y tenía razón para estarlo. No era la primera vez que le compraba ropa y ella nunca había protestado.

-Bueno, yo...

-No seas tonta -le puso el dinero en la mano-. Pero asegúrate de que sea discreto. No quiero tener a todos esos ligones a los que les vendo apartamentos intentando seducirte. Y no lo digo porque crea que tú puedes prestarles alguna atención. Eso es lo que más valoro de ti, querida. Tus fuertes principios. Confiaría en ti en cualquier situación. Y ahora, cuando me vaya, intenta descansar. Pareces cansada. El sábado te llamaré, ¿de acuerdo?

-Sí, supongo que sí -contestó con un hilo de voz.

-Magnífico. Cuídate y no trabajes mucho esta semana -se inclinó para darle un beso en la mejilla y se marchó.

Cuando cerró la puerta tras él, a Zoe se le llenaron los ojos de lágrimas.

«Confiaría en ti en cualquier situación». Pobre Drake. Si él supiera...

9

Aiden marcó el único número de teléfono que se sabía de memoria y esperó a que su madre contestara.

-Kristy Mitchell -su voz suave y cantarina sonaba ligeramente somnolienta, como si acabara de levantarse de la cama.

Pero teniendo en cuenta que sólo eran las ocho y cuarto de la tarde, Aiden no creía que estuviera durmiendo. Sonrió mientras se preguntaba quién sería su último amante y si sabría ya que no tenía la menor oportunidad de casarse con ella. Su madre no era una mujer hecha para el matrimonio.

De la misma forma que él tampoco era un hombre hecho para el matrimonio. Quizá se tratara de una cuestión genética.

-Hola, ¿cómo está mi chica preferida?

-¡Aiden! -exclamó-. No sabes cuánto me alegro de oír tu voz. Estaba pensando en ti.

-¿En qué sentido?

-Pues si quieres saber la verdad, me estaba preguntando si habrías renunciado ya a esa tontería del celibato y habrías vuelto a la normalidad.

-Bueno, la verdad mamá es que...

-¡No me lo digas! . ¡Por fin! ¿Y se puede saber quién es ella?

-Sólo una chica.

-¡Sólo una chica! Pero tiene que tener algo especial para haberte sacado de tu autoimpuesto celibato. La última vez que hablé contigo, seguías sin querer saber nada de mujeres. Decías que la vida era mucho mejor sin ellas.

-Sí, y tenía razón -replicó, cediendo a la cólera que había estado bullendo en su interior durante todo el día.

-Oh, cariño, pareces enfadado. ¿Qué te ha pasado, cielo?

-No quiero hablar de ello.

-Claro que quieres hablar. Por eso me has llamado. Espera un segundo. Voy a buscar una copa de vino.

Aiden esperó un par de minutos, mientras su madre iba a buscar uno de sus consuelos favoritos.

Sonrió ligeramente al pensar en lo poco que había tardado su madre en averiguar los motivos de su llamada. Era una mujer muy astuta, sobre todo en lo concerniente a su hijo. Porque, evidentemente, la había llamado para hablarle de Zoe. Aunque no le gustara admitirlo. Tenía veintiocho años, debería saber actuar por sí sólo.

-Ya estoy -anunció su madre-. Y ahora, no seas tan típicamente masculino. Quiero saber toda la verdad, no la versión editada por tu ego.

Aiden suspiró. Quizá aquello no hubiera sido una buena idea. Pero ya era demasiado tarde paraarrepentimientos. De modo que le contó toda la verdad sobre lo ocurrido.

-Mmm -fue el comentario inicial de su madre.

-¿Eso es todo lo que tienes que decir?

-Déjame un poco de tiempo, cariño. Estoy pensando e intentando recordar lo que podría haber sentido yo a la edad de Zoe. ¿Cuartos años dices que tiene?

-No tengo ni idea. Cuando la vi el viernes por la tarde, pensé que andaría cerca de los treinta, pero después, al verla sin maquillaje, habría dicho que dieciocho. Supongo que tendrá unos veinticinco más o menos.

-Es de Sydney y tiene novio. Porque espero que no esté casada.

-Zoe no habría hecho nada si estuviera casada.

-Pareces muy seguro de ello.

-Y lo estoy.

-Mmm.

Aiden estaba convencido de que aquel «mmm» en particular tenía un claro significado, y le habría encantado saber cuál era.

-En cualquier caso -continuó su madre-, tiene un amante que le está causando problemas. Quizá el hombre en cuestión sea su jefe. ¿En qué trabaja?

-No tengo la menor idea, pero a juzgar por el aspecto que tenía el viernes, no trabaja en una fábrica. Tengo la impresión de que trabaja en una oficina.

-¿Y ella sabe a qué te dedicas tú?

-No, creo que no.

-¿No te ha reconocido?

-No.

-Y tú tampoco le has dicho quién eres.

-No.

-Oh, Aiden, Aiden. Yo pensaba que te había enseñado a ser sincero. Especialmente con las mujeres.

-Y solía serlo. ¿Pero sabes adónde me ha llevado la sinceridad, mamá? A los tribunales y a las portadas de los periódicos.

-Mintiendo no se consigue nada -repuso su madre con firmeza.

-Eso no es verdad -la contradijo-. Marcie consiguió un apartamento de un millón de dólares, un coche deportivo y doscientos mil dólares en efectivo.

-Lo material no cuenta si pierdes el alma, hijo.

Aiden elevó los ojos al cielo. Su madre siempre hablaba sobre almas y ese tipo de cosas. Pero no era una mujer religiosa en el sentido convencional de la palabra. En realidad, Kristy Mitchell no tenía absolutamente nada de convencional.

-Bueno, quizá yo ya haya perdido la mía.

-No seas ridículo. Tú tienes un alma maravillosa. Lo sé. Te la di yo.

Su madre tampoco tenía un ápice de modestia.

-Pero volvamos a Zoe -insistió Kristy-. ¿Crees que podría ser tu verdadero amor?

Aiden volvió a elevar los ojos al cielo. ¡Él no creía en nada parecido!

-¿Y ahora quién está siendo ridículo, mamá? Apenas conozco a esa chica.

-Yo sólo conocí a tu padre una semana y él ha sido mi verdadero amor. Me enamoré de él en cuanto lo vi y no ha habido nadie igual desde entonces. Durante años, ni siquiera soporté la idea de estar con otro hombre.

Aiden ahogo un gemido. Había oído incontables veces la historia sobre aquel hombre maravilloso al que había conocido en una fiesta cuando sólo tenía dieciséis años. Sabía que se había enamorado locamente de él, que se había quedado embarazada esa misma noche y que una semana después él había sido trágicamente atropellado por un camión. Él iba en una motocicleta. Y conduciendo a gran velocidad, por supuesto.

¡Qué héroe!

Menudo idiota.

-Sí, mamá. Pero dudo que mi padre sintiera lo mismo por ti. Seguramente él sólo buscaba sexo. Y tú misma me explicaste cuando era un adolescente que el sexo y el amor eran cosas completamente diferentes y que no debería confundirlas.

-¿Entonces por qué las confundes? Si tan seguro estás de que sólo era sexo, olvídate de ella.

-No puedo -admitió.

-Ya entiendo.

-Si de verdad lo entiendes, entonces dime qué tengo que hacer.

-Ya sabes lo que deberías hacer, Aiden. Lo único que quieres es que te empuje en la dirección correcta.

-¿Y se puede saber qué significa eso?

-Significa que deberías ir a buscarla y asegurarte de lo que sientes. De otra forma, vivirás siempre con la duda.

-Ya te lo he dicho, mamá. Estoy completamente seguro de que sólo ha sido sexo. Admito que ha sido la mejor noche de mi vida, pero supongo que porque hacía mucho tiempo que no me acostaba con nadie. ¿Tú que crees? ¿Te parece que puede ser esa la razón?

-Es posible. Pero no puedes hablar por ella, ¿verdad?

-No, supongo que no.

-Mira, lo mejor que puedes hacer es llamar a tu amigo el abogado y averiguar quién es esa chica y quién es su novio.

-Sí, supongo que eso no me hará ningún daño.

-Ningún daño en absoluto. Y tenme informada.

-Lo haré -teniendo algo que hacer, Aiden se sintió inmediatamente mejor-. Gracias mamá. Eres la mejor.

-Procura no olvidarlo.

Aiden colgó el teléfono, abrió el cajón en el que guardaba la agenda y buscó el teléfono de Nigel. Prácticamente acababa de marcar su número, cuando este contestó.

-¡Cómo te atreves a llamarme otra vez! -se oyó a Nigel al otro lado de la línea-. Te he dicho que no y no hay nada más que decir. No te perdonaré, aunque te pongas de rodillas y vengas a suplicármelo. Mira, Jeremy...

-No soy Jeremy -lo interrumpió Aiden antes de que Nigel empezara a explicar los motivos por los que no podía perdonar a Jeremy-. Soy Aiden. Aiden Mitchell.

-Oh, Aiden. Oh... eh... Bien -se aclaró la garganta-. Lo siento. He tenido una discusión con Jeremy y no deja llamarme.

-Ya me lo he imaginado. Mira, necesito que me ayudes con cierto asunto...

Nigel tuvo que esperar al lunes por la mañana para reunir toda la información que Aiden le había solicitado. En cuanto la tuvo en sus manos, lo llamó.

-No has tenido suerte -le comunicó-. Ha vuelto con Drake. Y es una pena. No soporto a ese estúpido.

Aiden se sintió como si acabaran de darle un puñetazo en el estómago. Así que había perdonado el engaño de su novio. Y había vuelto corriendo a sus brazos después de la noche

que había pasado con él.

Cuando Nigel le había revelado las circunstancias que habían llevado a Zoe a pasar un fin de semana en la playa, Aiden había confiado en que ella no quisiera volver con un hombre que la había engañado.

-¿Cómo lo sabes, Nigel? -le preguntó con el ceño fruncido-. ¿Ha sido ella la que te lo ha dicho? No se lo habrás preguntado directamente, ¿verdad? Te pedí que no me mencionaras.

-¿Me crees capaz de hacer una cosa así? -parecía ofendido-. ¿Yo? ¿La discreción y el tacto en persona? ¿La estrella de la abogacía? Además, Zoe y yo no nos conocemos tanto como para que pueda hacerle una pregunta de esa naturaleza. En cualquier caso, todo lo que sé sobre esto lo he averiguado a través de Fran, además de haberlo deducido por la docena de rosas rojas que había sobre el escritorio de Zoe esta mañana, acompañadas por una nota que decía: «para la más dulce y comprensiva de los mujeres. Con todo mi amor. Drake».

A Aiden se le tensó el estómago. Ya no cabía ninguna duda sobre la situación. Entonces, ¿qué había sido él para Zoe? ¿Una venganza?, se preguntó enfadado.

Quizá fuera esa la razón por la que a Zoe le sorprendía estar disfrutando tanto. No se lo esperaba. Ella se había acostado con él por venganza, no por placer. Era extraño... si tanto amaba a Drake.

A Aiden se le ocurrió otra explicación. A lo mejor no amaba a su novio. Quizá se estuviera mintiendo a sí misma. A lo mejor sólo iba detrás de su dinero. Lo que también explicaría por qué había disfrutado tanto con él la noche anterior y, a pesar de todo, había vuelto con su novio.

Aiden estuvo valorando ambas posibilidades. Él no quería saber nada de una mujer que lo único que quería de un hombre era su dinero.

Pero en cuanto pensaba en ello, recordaba lo que había ocurrido la noche anterior. Zoe había demostrado con creces que deseaba algo más de él que su dinero. Había deseado su cuerpo una y otra vez. Fueran cuales fueran las razones que la habían llevado a hacer el amor con él, el auténtico deseo no había tardado en aparecer.

-¿Es muy rico ese Drake? -le preguntó a Nigel.

-No puedo decírtelo exactamente. Desde luego, es un gran vendedor. Se dedica a vender apartamentos del centro de la ciudad, de esos con vistas al puerto. Fran le compró uno; quizá ella sepa algo más de él. Su nivel de vida es bastante alto. Es propietario de un apartamento en el mismo edificio que Fran. Pero dudo que financieramente pueda competir contigo.

-Mmm.

-Siempre me preocupo cuando te oigo decir «mmm».

Aiden soltó una carcajada.

-¿Has averiguado para qué inmobiliaria trabaja?

-Para North Sydney.

-¿Tienes el número de teléfono?

-¿Qué pretendes hacer exactamente, Aiden?

-Eso depende.

-¿De qué?

-De cómo me sienta al final de esta semana.

10

Zoe recorrió la habitación, asegurándose de que todo estuviera dispuesto para la fiesta. Las flores. La música. Los aperitivos. Las bebidas.

En la cocina esperaba un magnífico bufé. Nada de comida caliente, sólo ensaladas y marisco, más una sección de deliciosos postres, todos ellos preparados por el mejor restaurante de la ciudad.

Drake no esperaba que cocinara en ocasiones como aquella, pero incluso seleccionar y encargar la comida suponía un enorme trabajo.

Drake no era partidario de contratar camareros para sus fiestas. Prefería tenerlo todo dispuesto en mesas estratégicamente colocadas en diferentes zonas del salón y en la terraza. Le gustaba crear un ambiente relajado e informal en el que la gente tuviera algo que cenar, además de charlar. Había descubierto que era más fácil que los invitados se mezclaran si tenían que servirse ellos mismos la comida.

Y tenía razón. Sus fiestas siempre eran un gran éxito. Drake había desarrollado también su propia rutina como anfitrión. Después de abrir personalmente la puerta durante la primera hora de la fiesta, se dedicaba a circular continuamente, charlando y gastando bromas a todos los invitados para hacer que todo el mundo se sintiera especial. Zoe se encargaba de dar la bienvenida a los rezagados y de asegurarse de que no faltaban aperitivos, ni hielo ni comida.

Francamente, a pesar de todas las ganas que supuestamente tenía de verla, Zoe no iba a poder pasar mucho tiempo con él durante la velada.

Estaba mirando satisfecha a su alrededor cuando advirtió que el arreglo de flores australianas del vestíbulo estaba un poco inclinado. Corrió hacia allí, cambió de posición un par de flores y retrocedió para inspeccionar el resultado.

-Deja de preocuparte, querida.

Zoe miró por encima del hombro y vio a Drake saliendo por fin del dormitorio, arreglado ya para la noche. Se había vestido todo de negro. Estaba muy elegante y, sí, suponía que también sexy. Ocho días atrás, seguramente se lo habría parecido.

¿Pero por qué no se lo parecía en aquel momento?

Normalmente, habría alabado su aspecto, pero descubrió que las palabras no acudían a sus labios. Volvió a acercarse a las flores, a pesar de que sabía que estaban perfectas.

-No vuelvas a tocar las flores -le aconsejó Drake-. Están perfectas. Todo está perfecto. Ahora, arréglate tú antes de que empiece a llegar la gente. Por mucho que me gustes con esos pantalones cortos, estoy deseando verte con el modelito que te he comprado. Me alegro de que te hayas comprado un vestido exclusivo. No habría sido bueno para mi imagen que esta noche apareciera alguna invitada con el mismo vestido que mi novia.

-Sí, sería una catástrofe, ¿verdad? -replicó sin poder contenerse. Tenía los nervios a punto de explotar.

Aquella semana había sido la más larga y agitada de su vida. Drake le había dado tiempo, pero no le había servido de nada. Para el viernes, su cabeza estaba todavía más llena de recuerdos de lo que había vivido en Hideaway y su cuerpo estaba tenso, con una frustración que jamás había conocido.

Haciendo un esfuerzo para distraerse de sus fantasías sobre Aiden, había trabajado como un demonio en la oficina. Se había quedado hasta tarde todos los días y había sido tan eficiente que ni siquiera Fran había podido encontrarle ningún defecto a su trabajo.

El día anterior había pasado horas buscando un modelo que pudiera gustarle a Drake. Y no

se quejaba. Gracias a aquella larga expedición había conseguido olvidarse un poco de Aiden.

Al final había elegido un vestido de satén de color malva que no era demasiado revelador porque sobre el corpiño se extendía una capa de encaje rosado.

Desgraciada o quizá afortunadamente, no tenía ningunos zapatos a juego y había tardado una hora más en encontrar unas sandalias de color malva y rosado.

Había terminado gastándose más de los quinientos dólares que Drake le había dado, y había tenido que añadir dinero de su bolsillo. Pero necesitaba animarse un poco y además quena complacer a Drake.

Seguramente porque se sentía culpable.

Muchas de las cosas que había hecho aquella semana habían estado inspiradas por un sentimiento de culpabilidad.

Aquella mañana, se había levantado temprano y había ido a casa de Drake extraordinariamente pronto, asumiendo con entusiasmo los preparativos de la fiesta y decidiendo no pensar en Aiden ni un segundo más.

Y había funcionado hasta cierto punto. Incluso se había convencido a sí misma de que si bebía lo suficiente, aquella noche podría acostarse con Drake después de la fiesta y aliviar en parte su horrible frustración.

Pero en el momento en el que Drake había llegado de la oficina, alrededor de las cinco de la tarde, contentísimo porque había conseguido como cliente a un antiguo campeón olímpico, Zoe lo había encontrado infinitamente irritante. Sobre todo cuando le había dicho que había invitado a aquel cliente a la fiesta.

¿Como si no fuera a ir ya suficiente gente!

De modo que Zoe se había alegrado de que Drake desapareciera durante la hora anterior en su dormitorio para ducharse, afeitarse y vestirse; pero desde que había vuelto a aparecer, estaba consiguiendo irritarla otra vez.

Drake la fulminó con la mirada, con expresión fría y furiosa.

Zoe sacudió la cabeza. Estaba actuando tal y como Mel había actuado con Ron. La diferencia era que en el caso de Mel, ella al menos iba a salir con el hombre que le gustaba, mientras que ella nunca volvería a ver aAiden.

-Lo siento -le dijo con un suspiro-. No me pediste que viniera para esto. Sólo estoy cansada y un poco nerviosa. Ya sabes que no me gusta hablar con desconocidos, especialmente cuando son ricos y famosos. Sobre todo porque sé muy poco de deportes. ¿En qué dices que es campeón ese cliente?

-En realidad es ex campeón. De surfing.

-¡Surfng! -exclamó Zoe con incredulidad. Drake la miró con recelo.

-Sí, lo sé, nadie podría imaginarse que un surfista pudiera ser rico. Pero créeme, Mitch lo es.

-Mitch -repitió ella-. Parece un nombre americano.

-Pues es australiano de pura cepa. Y es el propietario de la cadena Aus-Surf. Empezó con una pequeña tienda hace unos años, después de que un accidente lo obligara a retirarse. Ahora Aus-Surf tiene franquicias en toda Australia. Estoy seguro de que las has visto. Están por todas parte.

-Sí, sí, ya sé cuáles son -vendían equipos de surf, ropa y accesorios.

-En este momento lo están haciendo de una forma excelente -continuó explicándole Drake-. Al principio, mucha gente pensaba que los artículos que vendían eran demasiado llamativos,

pero la gente del surf los adora. Por supuesto, a mí jamás se me ocurriría ponerme nada parecido. Deberías haber visto cómo iba hoy vestido nuestro multimillonario. ¿Té puedes creer que llevaba una camisa verde limón?

-No -contestó pensativa. Pero podía imaginarse a Aiden con una camisa como aquella. Estaría maravilloso. Estaría maravilloso con cualquier cosa que se pusiera.

Zoe suspiró. ¿No iba a poder dejar de pensar nunca en él?

-Lo sé, lo sé -dijo Drake-. Lo siento, estoy empezando a desvariar. Ve a arreglarte. Yo iré a buscar el hielo.

Zoe se dirigió a la habitación de invitados, donde había dejado sus cosas, sintiendo cómo la depresión se cernía sobre ella. Lo único que le apetecía en aquel momento era marcharse, alejarse de Drake y de su fiesta. Y volver a Hideaway Beach. Con Aiden. Y no le importaba que sólo quisiera sexo de ella. Eso era todo lo que ella quería de él. Y eso era lo único en lo que podía pensar.

A veces se arrepentía de haber abandonado su cama durante la madrugada del domingo. Debería haberse quedado, por lo menos durante el fin de semana. Había demasiadas cosas que no había hecho con él y demasiadas cosas que todavía anhelaba hacer Como hacer el amor bajo la ducha. O en el mar. O atando a Aiden a la cama, para tenerlo completamente a su merced y volverlo loco de placer.

-¡Zoe! -la llamó Drake-. No oigo la ducha. Date prisa. Te queda poco tiempo.

Zoe apretó los ojos con fuerza. ¿Qué diablos estaba haciendo, entregándose a aquellos pensamientos? Eran estúpidos. Fútiles. ¡Y tan frustrantes!

Pero, oh, qué excitación despertaban. Y qué calor. Todavía podía sentirlo, extendiéndose sobre su piel. Un calor intenso que nacía entre sus muslos. Sabía, sin necesidad de comprobarlo, que estaba completamente húmeda. Lo había estado durante toda la semana.

Gimió mientras se desnudaba para meterse en la ducha.

-¡Guau! -exclamó Drake cuando, cincuenta minutos después, Zoe salió de la ducha.

Zoe forzó una sonrisa mientras Drake caminaba lentamente hacia ella, con los ojos iluminados.

-¿Debo entender que cuento con tu aprobación?

-¡Y no sabes cuánto! -le rodeó la cintura con los brazos y la atrajo hacia él-. Me gustaría poder mantenerte a mi lado toda la noche. No puedo permitir que te pasees sola por la fiesta con un aspecto tan delicioso, sobre todo teniendo como invitados a hombres como Mitch.

-No creo que tengas que preocuparte por hombres como Mitch -murmuró ella, al tiempo que intentaba no mostrar el desagrado que le producía sentir las manos de Drake sobre ella.

Consiguió no apartarse, pero al mismo tiempo comprendió que no había ninguna esperanza de que se acostara con Drake aquella noche.

-Se le considera un hombre muy atractivo -insistió Drake-. Ahora mismo está buscando un ático para sustituir el que tuvo que cederle a su última amiga. Lo llevó a los tribunales por haber roto su compromiso y haberla abandonado y ganó.

-Bien por ella -dijo Zoe-. Debería haber más mujeres así.

-Oh, no lo sé. Los hombres como ése son un buen objetivo de las cazafortunas. La chica en cuestión dijo que había renunciado a su trabajo para vivir con él y que esperaba convertirse en su esposa. Dijo que él le había prometido matrimonio, pero que cuando ella intentó fijar una fecha para la boda, él le explicó que había cambiado de opinión y la echó de su casa. Mitch se defendió alegando que ella mentía y que sólo se quedaba en su casa cuando él estaba de viaje. Admitió que se había acostado con ella, pero sólo una vez. Si vieras a la mujer en cuestión, no

le concederías mucha credibilidad. Supongo que recortarás el caso. Salió en todos los periódicos de Sydney.

-No. Ya sabes que no leo muchos periódicos, y rara vez veo las noticias. Son siempre tan tristes.

-Es cierto. Aun así, fue tu propia firma de abogados la que llevó el caso. O debería decir mejor el adorable Nigel. No me extraña que lo perdieran.

-No tengo mucho contacto con los clientes de Nigel -contestó, molesta por el desprecio con el que Drake hablaba del abogado-. Aun así, creo que eso debió de ser antes de que yo empezara a trabajar en la firma. Recuerda que sólo llevo cinco meses con Fran.

-Es cierto. Creo que fue antes. Pero se habló mucho sobre el caso. Dios mío, dan ganas de comerte -gimió, hundiendo la cabeza en su cuello.

-Drake, por favor -protestó ella, desasiéndose de sus brazos-. He tardado siglos en maquillarme y en peinarme.

Drake retrocedió y la miró con los ojos entrecerrados.

-¿No pretenderás volver a rechazarme esta noche, verdad?

Zoe se sintió atenazada por el pánico.

-Tú ... Me dijiste que no me presionarías.

-¿De verdad? Tonto de mí. Muy bien, Zoe, no te presionaré. Pero si yo fuera tú, no continuaría jugando a esto durante mucho tiempo. No soy un hombre paciente.

-No he dicho que no vaya a acostarme contigo esta noche.

-Oh, qué generosa por tu parte.

-Drake, por favor, no seas así. Si de verdad me quisieras, lo comprenderías.

-Y si tú me quisieras de verdad, no tendrías ningún problema para acostarte conmigo, lo harías encantada.

-Para las mujeres no es tan fácil.

-Para algunas sí.

Zoe oyó con inmenso alivio que llamaban a la puerta.

-Dejaremos esta conversación para más tarde -dijo Drake, agarrándola con firmeza del brazo y conduciéndola a través del vestíbulo-. Hasta entonces, intenta sonreír.

-¡Ben! -exclamó alegremente en cuanto abrió la puerta-. ¡Y Tracy! Esto sí que es una sorpresa. Pero de lo más agradable, te lo aseguro.

Zoe sonrió a Bob, al que ya conocía. Trabajaba como vendedor para la misma agencia de Drake. Tenía unos cuarenta años, era calvo, gordito y estaba divorciado. Y no se perdía una sola fiesta.

No tenía la menor idea de quién era Tracy, pero tenía que reconocer que era una rubia muy atractiva. De unos treinta años, llevaba un vestido corto y ceñido de cuero y encaje negro con un generoso escote en forma de uve. El pelo se lo había recogido en lo alto de la cabeza y llevaba dos pendientes que colgaban casi hasta sus hombros. No llevaba sujetador y era difícil ignorar los pezones que se adivinaban bajo el encaje.

-Creo que no nos conocemos -Zoe se dirigió a la rubia.

-Tracy es la nueva recepcionista -la informó Drake con cierta brusquedad-. Ésta es Zoe, mi novia.

Zoe le sonrió a Tracy y esta le devolvió una dulce sonrisa.

-Bob, sinvergüenza -comentó Drake entre risas-. No sabía que estabas saliendo con Tracy.

-Y no estamos saliendo, ¿verdad, querida? -contestó Bob-. Tracy se ha ofrecido amablemente a acompañarme esta noche cuando me he quejado por no tener con quién venir.

-Lo he hecho encantada -contestó la rubia alegremente-. Y quién sabe, quizá repita. Vaya, vaya, así que esta es tu casa, ¿eh, Drake? -pasó por delante de ellos, mostrando una vista trasera tan provocativa como la delantera. El top llevaba la espalda al descubierto, mostrando una figura envidiable. Un trasero firme, caderas estrechas y unas piernas interminables.

La hizo sentirse a Zoe un poco infantil con su vestido. De pronto, deseó haberse comprado un modelo menos discreto.

La llegada de nuevos invitados le sirvió de distracción y pronto pudo concentrarse en las labores de anfitriona y olvidarse de aquellas tontas envidias. Drake delegó en ella la tarea de abrir la puerta antes de lo normal, lo que la mantuvo muy ocupada. Intentó no preocuparse por el hecho de que no hubiera vuelto a sonreírle ni a hablarle personalmente desde su último altercado. Entendía que estuviera enfadado con ella. Y también que si no accedía a acostarse con él aquella noche, tendrían que poner fin a su relación.

Era un dilema al que Zoe tenía que enfrentarse. Hasta entonces, se tomaría un par de copas de Chardonnay y esperaría a que hiciera efecto el alcohol. Con un poco de suerte, podría volver a encontrar atractivo a Drake.

Para las diez de la noche, la fiesta estaba en pleno apogeo, aunque no había aparecido todavía el nuevo y flamante cliente de Drake. Seguramente no pensaba ir. Zoe imaginaba que los hombres como él recibían todo tipo de invitaciones. Aun así, Drake se iba a llevar una gran desilusión.

Cuando sonó el timbre otra vez, Zoe corrió a abrir, esperando que se tratara de Mitch. Para entonces, estaba dando cuenta ya de la tercera copa de vino. Abrió la puerta al tiempo que se llevaba la copa a los labios.

Pero no era el esperado Mitch el que estaba al otro lado, Era Aiden, con un aspecto mucho más atractivo del que Zoe recordaba. Para empezar, se había afeitado y vestido elegantemente, con unos pantalones chinos y una camisa del mismo color azul que sus ojos.

Zoe abrió los ojos como platos al verlo. Y también la boca. La mano se le quedó paralizada.

Y de su cabeza desapareció todo pensamiento coherente.

11

Aiden supo, en cuanto volvió a ver a Zoe, por qué había vuelto a Sydney. Le bastó con verla para quedarse sin respiración.

Pero la sorpresa que reflejó el rostro de Zoe le indicó que ella no esperaba un reencuentro.

Enfrentarse a la dura realidad de que para ella no había significado nada más que una noche de sexo le resultó mucho más doloroso de lo que había imaginado. Pero al menos ya tenía la respuesta para algunas de sus preguntas. El viaje a Sydney serviría para detener cualquier fantasía estúpida sobre la posibilidad de que hubiera habido algo especial entre ellos, o, como su romántica mente se empeñaba en hacerle ver, que Zoe fuera su único y verdadero amor.

¡Y pensar que incluso había comenzado a considerar aquella estúpida idea!

La sorpresa inicial de Zoe no tardó en dar paso a una aterrada confusión.

-Ni por un momento me imaginé que me seguirías... -balbuceó-. Pensé que no te importaba... Pero ¿cómo demonios te has enterado de que estaría aquí? Me refiero a que... no hay ninguna forma de ... Oh, Dios mío, ya lo entiendo. Te lo ha dicho Nigel, ¿verdad? -de pronto abrió sus enormes ojos alarmada-. No pensarás contarle a Drake lo de la noche del sábado, ¿verdad?

El miedo a que descubriera su infidelidad le demostró a Aiden que Drake continuaba siendo lo más importante en la vida de Zoe.

Lo cual lo llevaba otra vez a la cuestión del por qué. ¿Sería por amor o por dinero?

A Aiden cada vez le resultaba más difícil creer que fuera por amor. Drake podía ser un vendedor de éxito, y razonablemente atractivo, pero también era un mujeriego. Le había bastado estar con él durante una hora para darse cuenta. La forma en la que había coqueteado con la recepcionista de su oficina había sido evidente. Y si la rubia del congreso era la primera mujer con la que había engañado a Zoe, Aiden estaría dispuesto a comerse el sombrero.

Pero a lo mejor Zoe ya lo sabía. Y quizá había decidido cerrar los ojos a las actividades extraconyugales de Drake a cambio de lo que él pudiera darle.

No por vez primera, Aiden pensó que quizá cuando Zoe averiguara quién era realmente él, cambiara de prioridades. Y se dio cuenta también de que él mismo estaría dispuesto a cualquier cosa con tal de acostarse otra vez con ella. Estaría dispuesto a darle todo lo que Zoe quisiera.

-No, no voy a hablarle a Drake de nosotros -le prometió-. Así que no tienes por qué preocuparte. La cuestión es, Zoe, que no soy exactamente...

-¡Mitch! -lo interrumpió Drake antes de que pudiera informar a Zoe de su identidad y estatus financiero-. Así que al final has venido. Y estás intentando quitarme a mi chica, ¡qué vergüenza!

-¿Este es Mitch? -exclamó Zoe, claramente asombrada-. ¿El mismo Mitch del que me estabas hablando antes?

-El mismo -le confirmó Drake, deslizando el brazo por su cintura y estrechándola posesivamente contra él-. ¿Por qué, querida? ¿Quién creías que era?

-Él se ha presentado como Aiden -dijo fríamente.

Aiden se preguntó qué demonios le habría contado Drake a Zoe para que lo mirara con tanto desprecio.

-Mitch es el apodo que tenía en mis días de surfista -se precipitó a explicarle-. Pero Aiden es mi verdadero nombre. Aiden Mitchell.

-Mitch te sienta mejor -insistió Drake.

-Si me perdonáis -dijo Zoe bruscamente-. Tengo que sacar la comida de la nevera. Estoy segura de que tendréis muchas cosas de las que hablar.

Aiden se habría pateado a sí mismo mientras la veía alejarse. Diablos, no podía haber llevado peor aquel asunto. Jamás debería haber aceptado la invitación de Drake. Había sido un error táctico.

¿Por qué no había previsto que Zoe se enfadaría cuando descubriera quién era realmente él? A nadie le gustaba que lo engañaran. Eso sólo demostraba lo que pasaba cuando los hombres se dedicaban a pensar con su cuerpo, en vez de con el cerebro.

-No te preocupes por Zoe -dijo Drake, haciéndole a Aiden un gesto y cerrando la puerta tras él-. Esta noche está de muy mal humor. En realidad lleva así toda la semana.

Por fin algo que a Aiden le gustaba oír. Eso significaba que quizá Zoe no había sido capaz de sacarlo tan fácilmente de su mente. A lo mejor ella también había estado pensando en él.

-Vamos, Mitch. Te serviré una copa -Drake condujo a Aiden hacia una mesa con varias botellas de licor-. ¿Cuál es tu veneno? ¿Te apetece un whisky con hielo?

-Una cerveza sin alcohol. Nunca bebo alcohol, es una costumbre que conservo de mis días de surfista.

-¿De verdad? Tengo que reconocer que me sorprende. Entonces vamos a acercarnos al bar. En el bar tengo toda clase de bebidas frías. Hola, Alex, Babs -saludó a una pareja que permanecía en la penumbra de una esquina. Era difícil saber si estaban bailando. Lo que sí hacían era besarse-. ¿Os divertís? Magnífico. Si queréis, puedo cambiar la música -en aquel momento sonaba un blues de lo más sensual de fondo.

-Ya lo hemos hecho -contestaron al unísono, separándose un instante para tomar aire.

El bar estaba en una esquina del salón; además del mueble que guardaba las bebidas, tenía un mostrador de mármol gris y taburetes de acero, un reflejo del estilo frío y minimalista del resto de los muebles.

-Siéntate -le ofreció Drake, señalando los taburetes.

Aiden decidió permanecer de pie. Drake sacó una lata de cerveza y se la sirvió en un vaso.

-Yo pensaba que los surfistas eran aficionados a las juergas.

-No tardé en descubrir que las resacas no son compatibles con el deporte -aceptó la cerveza y bebió un trago, preguntándose cómo podría deshacerse le aquel estúpido.

-¿Y qué me dices de las mujeres? -insistió Drake-. ¡No me digas que eras uno de esos abnegados atletas que prescinden del sexo antes de la competición por miedo a que les roben la energía!

-No puedo decir que suscriba esa teoría en particular -contestó Aiden secamente y Drake soltó una carcajada.

-Yo tampoco. De hecho, creo que el sexo es la más estimulante de las actividades. A veces, si es con la mujer adecuada, cuanto más tengo más quiero.

Aiden sintió una punzada de celos ante aquella revelación. Hasta que se dio cuenta de que probablemente Drake no estuviera hablando de Zoe.

-Bueno, hay que reconocer que tienes una novia muy atractiva -comentó Aiden.

-¿Qué? Ah, sí, Zoe es bastante guapa. Pero para serte sincero, en cuestiones de sexo es un poco remilgada.

-¿Ah sí? -Aiden tuvo que hacer un gran esfuerzo para disimular su sorpresa. Lo último que habría dicho de Zoe era que era una mujer remilgada con el sexo.

-Ya sabes cómo son estas cosas. Tú eres un hombre de mundo -Drake bajó la voz hasta convertirla en un suspiro conspirador-. A algunas mujeres les gusta el sexo completamente edulcorado. A otras, sin embargo, de cualquier forma y en cualquier lugar. Desde que era un adolescente, comprendí que las primeras son para casarse con ellas y las segundas sólo para divertirse.

-Presumo que la rubia que hemos visto hoy en la oficina es sólo para divertirse entonces -dijo Aiden-. ¿Cómo se llama? ¿Tracy?

-Eh, tío, mantén la boca cerrada. No queremos que Zoe te oiga. Y no sólo eso, ¿sabes que Tracy se ha presentado aquí esta noche? Ha aparecido inesperadamente con uno de mis

amigos. Casi me muero. Afortunadamente, he podido evitarla durante toda la noche.

-Me temo que se acaba de terminar tu suerte -dijo Aiden, mirando por encima del hombro de Drake-. Porque tu rubia se dirige hacia aquí. Está sola y parece que ha estado bebiendo.

-¡Oh, no! Hazme un favor, ¿quieres, Mitch? Entretén a Zoe en la cocina mientras yo me encargo de Tracy.

-¿Estás seguro de que quieres que la entretenga? -preguntó Aiden arrastrando las palabras-. Pues déjame advertirte que, al contrario que a tu rubia, encuentro a Zoe extremadamente atractiva.

-Eso está bien, Mitch. Pero yo le confiaría a Zoe al hombre más atractivo del mundo y aunque tú estás bastante bien, no creo que estés en la liga. Pero haz lo que puedas, amigo, y procura tener a Zoe entretenida. Aunque no creo que consigas nada... Ah, Tracy, cariño, llevo toda la noche esperando el momento de hablar contigo.

Aiden no oyó lo que contestó la encantadora Tracy. Él ya estaba buscando el camino hacia la cocina.

Mientras se dirigía hacia allí, pensó que era asombroso que en otra época le hubieran gustado aquel tipo de fiestas. En aquel momento, las encontraba tan pretenciosas como aburridas.

Después de pasar un par de salones, encontró por fin la cocina. Zoe estaba frente a un mostrador y al lado de un enorme frigorífico de dos puertas, quitando el plástico a las fuentes de la comida y murmurando algo para sí. Paró un momento para servirse una copa de Chardonnay y tomó un buen trago antes de continuar trabajando. No pareció oírlo entrar. Y estaba de espaldas a él.

Aiden cerró la puerta suavemente y se dirigió hacia ella. Zoe por fin debió oír algo, porque giró de repente y abrió sus adorables ojos de par en par.

-No te atrevas a tocarme -exigió con voz atragantada-. Como me pongas la mano encima, gritaré.

-No he venido aquí a tocarte. He venido para hablar contigo.

-No tengo nada que decir.

-Pues bien, yo tengo muchas cosas que decirte. No sé lo que te habrá contado Drake sobre mí, pero apostaría a que ha sido algo relacionado con el caso que me llevó el año pasado a los tribunales, a juzgar por cómo has reaccionado al verme. Sólo quiero darte mi versión de lo ocurrido.

-¿Y por qué voy a querer oír tu versión? Creo que ya he oído suficientes cosas de ti.

-Nunca te he mentido, salvo cuando te dije que no era el propietario de la casa de Hideaway Beach. Todo lo demás era cierto.

-Lo cual no es demasiado, si no recuerdo mal. Me hiciste pensar que eras una especie de vagabundo.

-Si te hubieras quedado, al día siguiente te hubiera dicho toda la verdad.

-Oh, vamos. No esperarás que te crea, ¿verdad?

-Estoy deseando que lo hagas. -¿Por qué?

Aiden clavó la mirada en sus ojos.

-Porque lo que compartimos la otra noche fue algo digno de recordar Zoe. Y no sólo fue sexo, aunque también lo fue, y magnífico. Hubo algo... especial. Y creo que tenemos la obligación de explorar más profundamente nuestra relación.

Por un instante, Aiden estuvo seguro de que había conseguido convencerla. Pero no tardó en comprender que no era así.

-¿Te importaría que te recordara que ya tengo una relación con un hombre al que amo?

-Eso es basura y lo sabes. Cualquiera que os viera juntos se daría cuenta de que lo que hay entre vosotros no es amor.

-¡Tú no sabes nada sobre Drake y sobre mí! -protestó con fiereza.

-Sé más de lo que puedes imaginarte. Para empezar, sé que tu amigo es un mujeriego.

-Ya veo. Has estado hablando con Nigel, ¿verdad? De acuerdo, Drake me engañó una vez, me dijo que lo sentía y lo he perdonado.

-¿Una vez? Oh, vamos.

Zoe se sonrojó ligeramente y Aiden pudo darse cuenta de que. ni siquiera ella lo creía.

-Y de todas formas, ¿quién eres tú para juzgar a otro hombre? Tú también eres un mujeriego.

-Yo no he engañado a ninguna de las mujeres con las que he salido.

-No, porque no has estado con ellas tiempo suficiente. Te deshaces de ellas en cuanto te aburres. Y cuando ellas no están aburridas, tienes que darles dinero. Esa es la clase de hombre que eres. ¿Por qué demonios iba a elegirte a ti en vez de a Drake?

Aiden estaba empezando a enfadarse. Y a sentirse competitivo. Y cuando Aiden se enfadaba y se sentía competitivo, a menudo se olvidaba de los convencionalismos. Y de ser amable. Lo único que le importaba era ganar. Entrecerró los ojos y la sangre comenzó a rugir en su cerebro.

-No puedes haber olvidado tan rápidamente lo que ocurrió el sábado por la noche -estalló con rudeza-. ¿Tengo que recordarte cuántos orgasmos tuviste? ¿Cómo gritabas, cómo llegaste incluso a suplicarme en una ocasión? No te bastaba con nada. Y te fuiste porque te daba miedo quedarte. Tenías miedo de que te gustara demasiado. Y en el fondo de tu corazón sabes que quieres más de lo mismo. Aunque no tuvieras otra razón, me preferirías a mí por el sexo. Porque, enfréntate a ello, cariño, el sexo entre el bueno de Drake y tú no es nada que vaya a pasar a la historia.

Zoe palideció.

-¿Y tú... cómo sabes eso?

-Te sorprendería saber lo que sentí cuando estuve dentro de ti. Era casi como si fueras virgen.

Zoe se sonrojó.

-En una relación hay mucho más que el sexo -señaló ella nerviosa.

-¡Eso díselo a los viejos!

-Tú no eres el hombre al que quiero.

-No seas ridícula. Claro que soy lo que quieres. Puedo verlo en tus ojos.

Y era cierto. Su voz decía una cosa, pero su mirada contaba una historia muy diferente. El desprecio desapareció para ser sustituido por un anhelo angustioso.

Aiden ya no podía resistirlo más. Tenía que tocarla. Tenía que besarla.

-Zoe -gimió, y la estrechó en sus brazos.

12

Durante un momento de locura, Zoe se entregó a sus brazos y dejó que la besara, que deslizara la lengua entre sus labios, en las profundidades de su boca.

La excitación fue inmediata, y sobrecogedora. La cabeza le daba vueltas cuando Aiden comenzó a deslizar las manos por su espalda y la estrechó contra él para que pudiera sentir su erección.

Sólo el hecho de que alguien abriera la puerta en aquel momento la salvó de la humillación de perderse totalmente.

-Oh. Lo siento. Pensaba que este era el baño -dijo una voz masculina-. Pero no os preocupéis por mí. Me voy.

Afortunadamente, aquella momentánea interrupción obligó a Aiden a apartar rápidamente los labios y empujó a Zoe a la cordura. Cuando Aiden intentó volver a besarla, ella apartó la boca.

-No -dijo. A ella misma la impresionó la firmeza de su voz-. Suéltame,Aiden.

-No es eso lo que quieres.

-Sí, claro que es lo que quiero. Suéltame si no quieres que empiece a gritar.

Aiden dejó caer los brazos con expresión desconcertada.

-¿Pero por qué, por el amor de Dios? ¿No acabo de demostrarte que es a mí a quien deseas y no a Drake?

-¿Es que no has oído nada de lo que he te he dicho? De acuerdo, sí, puedes excitarme. Pero sólo es sexo. Y yo espero más de un novio que simple sexo. Y Drake me lo da.

-¿Te da más qué? -gruñó Aiden-. ¿Más dinero? ¿Más restaurantes de cinco estrellas? ¿Más modelos caros? -señaló el vestido de Zoe y ésta se sonrojó violentamente.

-Así que eso es -el atractivo rostro de Aiden se endureció-. ¿Y por qué no me lo has dicho, cariño? ¿Te gusta el lujo? Yo puedo darte todo tipo de lujos. Puedo darte lo que desees. Dímelo y te cubriré de diamantes... Créeme, puedo darte muchas más cosas que tu novio.

-No sé si sentirme insultada o halagada -respondió Zoe con voz fría-. En cualquier caso, la respuesta es no. No estoy en venta. Y ahora, por favor, vete. Y no vuelvas. Y también te agradecería que alquilaras tu ático a través de otro agente. Drake no necesita hacer negocios con alguien tan inmoral como usted, señor Mitchell.

-¡Inmoral! ¿Y me llamas inmoral... ? Tendrías que saber...

En ese momento sonó el teléfono, poniendo fin a la acalorada respuesta de Aiden. Zoe corrió a contestar, alegrándose de tener una razón legítima para no presenciar su ridículo ataque. Cualquiera pensaría que estaba sinceramente ofendido por lo que le había dicho. Cosa que sería una locura. Aquel hombre era un depredador del sexo. Un hombre sin honor ni decencia que no tenía el más mínimo reparo en seducir a la novia de otro hombre.

Descolgó el teléfono, colocándose deliberadamente de espaldas a Aiden.

-¿Sí?

-Zoe, me alegro de que hayas contestado tú.

-¡Mel! ¿Por qué me llamas a esta hora? ¿Tienes algún problema? ¿Jonathon se ha pasado de la raya*?* -Mel había salido aquella noche con su nuevo amigo.

-No, en absoluto. Ha sido un perfecto caballero, desgraciadamente -musitó Mel-. La cuestión es que al llegar a casa me he encontrado con que tenías un mensaje de Betty en el contestador, diciéndote que llamaras a casa de tu padre en cuanto llegaras. Al parecer ha habido una emergencia.

-Oh, no. No le ha pasado nada a mi padre, ¿verdad? ¿No habrá tenido un infarto? -preguntó Zoe, con voz atragantada.

-No, qué va -dijo Mel. Zoe exhaló un suspiro de alivio-. Tu padre se ha resbalado esta tarde en el establo y se ha roto un tobillo, así que no ha podido ordeñar esta mañana. Betty me ha dicho que ella nunca ha sabido hacerlo y que probablemente podrá encontrar a alguien del pueblo que lo haga mañana por la tarde, pero que hoy no ha conseguido localizar a nadie. Sabe que sería un gran favor, pero se preguntaba si podrías ir esta noche a tu casa y ordeñarlas mañana por la mañana. Al parecer, tu padre dice que tú podrías hacerlo con una sola mano y los ojos vendados.

-Caramba. Todo un cumplido, viniendo de mi padre -la relación de Zoe con su padre era muy tensa. Desde que ella había tomado la decisión de marcharse a vivir a Sydney, no aprobaba nada de lo que hacía su hija. Aquella Navidad, Zoe había llevado a Drake a su casa y tampoco le había caído muy bien.

-Sé a qué te refieres -dijo Me¡ secamente-. Si me padre me hiciera algún cumplido, creo que me desmayaría.

-Ahora mismo también estoy a punto de desmayarme -dijo Zoe con pesar-. Y estoy al límite. Me gustaría que alguien pudiera llevarme a casa de mi padre.

-Lo siento, Zoe, yo no puedo. Y tampoco Jonathon. Nos hemos tomado una Botella de vino en la cena. Lo siento. Sabes que lo haría si pudiera.

-No te preocupes. Ya encontraré a alguien. Y siempre puedo pedírselo a Drake. Está completamente sobrio. Él no bebe en estas fiestas hasta que todo el mundo se va a casa.

-¿Y no le importará?

-Probablemente sí, pero aun así, si se lo pido amablemente, sé que lo hará. De todas formas, gracias por llamar, Mel. Ahora mismo llamaré a Betty y le diré que voy para allá.

Miró el reloj de la cocina. Eran las diez y media. Y hasta su casa había casi tres horas. Si conseguía salir a las once, llegaría allí a las dos de la mañana. Y tendría que levantarse al amanecer para ordeñar.

-Llámame mañana y cuéntame lo que ha pasado -le pidió Mel.

-Lo haré. Adiós.

Zoe llamó a su casa directamente y Betty estaba tan encantada de que estuviera dispuesta a acudir a su rescate que Zoe tuvo que interrumpir la conversación.

-Ahora tengo que irme, Betty Espero llegar cerca de las dos -colgó el teléfono y permaneció allí, mordiéndose el labio. A Drake no le iba a hacer ninguna gracia tener que llevarla.

-Yo te llevaré.

Zoe dio media vuelta al oír la voz de Aiden. Casi se había olvidado de que estaba allí. Casi. Había hecho todo lo posible para ignorarlo, para fingir que su cuerpo no continuaba vibrando por sus besos.

Naturalmente, estuvo a punto de aceptar su ofrecimiento. Aiden Mitchell era una gran tentación. Y él lo sabía.

Pero ya era hora, decidió Zoe, de que alguna mujer le diera un golpe a su ego.

-¿Todavía estás ahí? Pensaba que a estas alturas ya te habrías ido a casa.

-No voy a ir a ninguna parte sin ti.

-Por el amor de Dios, ¡déjame en paz! -salió de la cocina a grandes zancadas y buscó a Drake.

Su nivel de frustración aumentó al no encontrarlo por ninguna parte. Nadie parecía haberlo visto desde hacía tiempo. Bob le comentó que hacía unos quince minutos lo había visto hablando con Tracy cerca del mueble bar.

-A lo mejor ha ido al baño -sugirió alguien.

Zoe corrió al pasillo que conducía al dormitorio principal. Drake siempre utilizaba su propio baño en aquellas situaciones. El dormitorio era la única parte de la casa a la que no ofrecía acceso durante las fiestas.

La puerta del dormitorio estaba cerrada y Zoe bajó la mano hacia el picaporte.

-¿Estás segura de que quieres entrar sin llamar?

Zoe giró bruscamente la cabeza y descubrió a Aiden a sólo unos metros de ella, observándola.

-¿Te importaría meterte en tus asuntos?

-Eso es lo que estoy haciendo. Tú eres asunto mío. Eres la razón por la que he venido a Sydney, por la que he venido a esta fiesta. Mira, te pido perdón por las cosas que te he dicho en la cocina. Jamás se me ha ocurrido pensar que fueras una mujer a la que se pudiera comprar. Imagino que sólo tenía la esperanza de que lo fueras.

-Pues siento no poder complacerte. En cualquier caso, en esta fiesta puedes encontrar muchas mujeres de ese tipo.

-No quiero simplemente sexo, Zoe. Lo que quiero es poder disfrutarlo contigo.

-Oh, por favor. Ahórrame las mentiras -y comenzó a girar el picaporte.

-No te metas ahí, Zoe -le advirtió Aiden.

-¿Por qué?

-Un compañero de trabajo de Drake, Bob, acaba de decirme que él tampoco encuentra a la chica con la que ha venido. Es la recepcionista de su oficina. Se llama Tracy. Es rubia, con los senos muy grandes.

Zoe ya no pudo seguir conteniendo su furia.

-Si yo fuera un hombre, te pegaría un puñetazo por lo que estás insinuando.

-Si me demuestras que estoy equivocado, te dejaré hacerlo.

Zoe lo fulminó con la mirada y abrió la puerta sin llamar. La habitación estaba vacía.

-No está aquí. Y tampoco está Tracy. Entra y compruébalo por ti mismo.

Aiden lo hizo. Recorrió la habitación con sus hermosos ojos azules, hasta que estos aterrizaron sobre una puerta que también estaba cerrada.

-Creo que ya es hora de que lo veas por ti misma -gruñó y comenzó a cruzar la habitación a grandes zancadas.

-No, ¡no lo hagas! -gimió Zoe, corriendo tras él. De pronto, comenzó a temer lo que podía haber detrás de aquella puerta cerrada.

Pero Aiden era demasiado rápido para ella. No llamó. Ni siquiera hizo ninguna advertencia. Levantó el pie y le dio una patada a la puerta para abrirla.

Drake alzó bruscamente la cabeza y miró horrorizado a aquel inesperado intruso. Tracy al principio no levantó la cabeza. Continuó haciendo lo que estaba haciendo durante algunos segundos, prueba de su estado de embriaguez, o de su completa dedicación. Pero ni siquiera cuando paró pareció sentirse en absoluto avergonzada de lo que estaba haciendo, ni de que la hubieran descubierto de rodillas y con los senos al descubierto.

Se levantó lentamente y se colocó el top de encaje que apenas cubría sus senos con una sonrisa de suficiencia.

-¡Caramba! -dijo burlona.

Zoe se sentía como si estuviera en medio de una comedia mientras observaba a Drake subiéndose frenéticamente los calzoncillos.

Era el único sentimiento que le producía aquella escena.

Ya no amaba a Drake. Ni siquiera le gustaba. Si de verdad lo quisiera, en aquel momento estaría enfurecida. Y herida.

Y, francamente, lo único que realmente la humillaba era que Aiden estuviera a su lado. Y que tuviera razón. Drake la engañaba constantemente.

Se sintió como una estúpida.

-Zoe -gimió Drake suplicante, con el rostro rojo como una remolacha.

-Sí, lo sé -contestó ella fríamente-. Sólo era sexo -se volvió hacia Aiden-. ¿Tu oferta sigue abierta? Me refiero a lo de conducir, claro -añadió cortante.

-Por supuesto.

-Entonces, vamos -lo instó al tiempo que giraba sobre sus talones.

Aiden se quedó mirando fijamente a Zoe durante un segundo, sin estar muy seguro de si le gustaba el cambio que se había operado en ella. Su dura frialdad. El brillo acerado de sus ojos. La amarga asertividad.

La Zoe que él había conocido la semana anterior no era así.

-No tengo coche -dijo, agarrándola del brazo cuando la alcanzó en el pasillo-. He venido en taxi.

-No importa. Llevaremos mi coche. Tengo que ir a buscar mis cosas a la habitación de invitados.

-¿A la habitación de los invitados? Pero yo pensaba...

-¿Pues no pienses! Lo único que tienes que hacer es conducir.

13

Zoe se derrumbó en al asiento de pasajeros, con la cabeza vuelta hacia la ventanilla y los ojos cerrados. Fingía dormir.

Después de explicarle a Aiden lo que ocurría y darle la dirección de la granja, no había dicho una sola palabra.

No tenía ganas de hablar. Lo único que le apetecía era pensar, algo que no podría hacer si Aiden volvía a repetir esa tontería de que había ido a Sydney para verla otra vez y todas esas

cosas. Así que mantuvo los ojos cerrados mientras evocaba los acontecimientos de la noche una y otra vez, intentando encontrarles algún sentido.

Por lo menos había visto la verdad con sus propios ojos. Y, curiosamente, en vez de estar deprimida por la abominable conducta de Drake, en realidad se sentía aliviada. Lo que Drake había hecho la estaba obligando a hacer lo que tenía que haber hecho desde el principio. Dejarlo.

Se había aferrado a su relación como si fuera mejor estar con cualquier hombre, incluso con uno que la engañaba, que no estar con ningún hombre en absoluto.

Lo cual había sido una estupidez por su parte. Ella creía que después de lo ocurrido con Greg, no volvería a dejar que ningún hombre la engañara. Pero Drake la había engañado incluso más que el propio Greg.

Pero Drake no sólo la había engañado a ella. Había engañado a Fran, a Mel. Incluso Betty había pensado que era encantador.

Pero no había conseguido engañar a otros hombres. A su padre no le había gustado ni una pizca. Y, por supuesto, tampoco a Aiden.

Aiden...

Zoe tomó aire y lo soltó lentamente.

¿Qué demonios iba a hacer con Aiden?

Sabía que su amabilidad tenía un motivo oculto. Con él siempre había sido así. Cuando la había ayudado a levantarse después de su caída, o cuando le había comprado aquellos huevos, o cuando la había rescatado del mar no lo había hecho porque fuera un buen chico. Sino porque quería acostarse con ella.

Sí, con los hombres como Aiden Mitchell todo tenía un precio.

Y lo que más irritaba a Zoe de él era su hipocresía.

Si al menos le hubiera dicho la verdad sin ningún tipo de florituras románticas... Por qué no llamaba a las cosas por su nombre? El no tenía ningún interés en profundizar su relación con ella. Lo único que quería era más sexo. Esa era la cuestión de fondo.

¿Y ella, qué quería ella?, le preguntó aquella maliciosa vocecilla interior de la que no había tenido noticias hasta que Aiden se le había metido en la cabeza. ¿Ella era capaz de ser completamente sincera consigo misma? Tenía que admitirlo. Ella también deseaba que Aiden reclamara su recompensa. Quería que la abrazara como lo había hecho en la cocina de Drake. Quería que terminara lo que estaba haciendo antes de que los interrumpieran.

De pronto, se le ocurrió pensar que si no hubiera aparecido aquel invitado en la cocina, habría terminado haciendo lo mismo que Drake. Habría hecho el amor con Aiden allí mismo, sin importarle que alguien pudiera descubrir lo que estaba haciendo.

Un escalofrío le recorrió la espalda y la hizo erguirse en el asiento, abriendo los ojos como platos.

Aiden la miró preocupado.

-¿Has tenido una pesadilla?

-Sí -contestó nerviosa, estremecida por sus pensamientos-. Terrible.

-¿Quieres hablarme de ella?

-¡No!

-Mejor así. Lo mejor que se puede hacer con las pesadillas es olvidarlas.

Ojalá pudiera olvidar ella la suya, pensó Zoe desesperadamente.

-Estamos a punto de llegar al desvío de Moss Vale. Te has despertado justo a tiempo. Quería despertarte para preguntarte un par de cosas antes de que lleguemos a tu casa. No quiero meter la pata con tus parientes. En primer lugar, ¿quién es Mel? ¿Tu hermana?

-No, mi compañera de piso -contestó Zoe, encantada de poder hablar de cuestiones tan prácticas con él-. No tengo hermanos.

-¿Y Betty? ¿Quién es Betty?

-El ama de llaves de mi padre. Mi padre es viudo.

-¿Y Betty vive en tu casa?

-No ella tiene su propia casa en Moss Vale. Aunque cuando consigue convencer a mi padre para que juegue al Scrabble con ella, se queda hasta tarde. Es una fanática de los juegos de mesa. El Scrabble es su última obsesión.

-Parece una mujer de carácter.

-Y lo es. También es una mujer muy amable. Yo la adoro -había sido Betty la que había ayudado a Zoe a recuperar la confianza en sí misma cuando era una adolescente.

-¿Y hay alguna posibilidad de que llegue a casarse con tu padre?

-Dios mío, no. Betty sólo tiene cuarenta años. Y es muy atractiva. Mi padre ya se acerca a los cincuenta, está gordo y es muy aburrido. Además, no tiene ningún interés en casarse. Para él, mi madre fue la única mujer. Desde que ella murió, se convirtió en un hombre triste.

-Es una pena. Tú no estabas pensando en casarte con Drake, ¿verdad?

-La última persona de la que me apetece hablar en este momento es Drake.

-Lo comprendo. Lo que ha pasado esta noche no debe de haber sido muy agradable para ti. Pero al menos as has dado cuenta de que no te quiere. ¿Pero tú todavía lo amas?

Zoe suspiró.

-No me apetece hablar de nada de esto, Aiden. Estoy demasiado cansada y demasiado harta.

-De acuerdo. De momento aparcaremos el tema. Pero no creas que no voy a volver a sacarlo. Quiero saberlo todo sobre ti, Zoe. Lo que piensas, lo que sientes, lo que deseas. Tenemos un asunto pendiente y yo estoy dispuesto a zanjarlo de un modo y otro.

Por un instante, Zoe se preguntó si estaría siendo sincero. Pero acababa de ser testigo de hasta dónde podía llegar el cinismo y sabía que los halagos podían formar parte de una estrategia de seducción. Aiden no quería saberlo todo sobre ella. Lo único que quería era sexo.

Pero Zoe no podía dejar de preguntarse si el sexo podría llegar a ser tan adictivo como para que se tomara tantos esfuerzos por ella.

Quizá le resultaba especialmente atractiva por lo que él mismo había dicho, porque la encontraba prácticamente virginal. Quizá fuera eso lo que le gustaba. A lo mejor, durante años, sólo había salido con mujeres desinhibidas y con mucha experiencia y encontraba refrescante su relativa inocencia. Quizá lo que realmente lo atraía era la idea de sorprenderla todavía más, de introducirla en todos aquellos eróticos deleites que todavía no había probado. En cosas como las que había visto aquella noche en la habitación de Drake.

Zoe no sabía si la idea la atraía o le parecía repugnante. Afloró en su mente la imagen de ella misma de rodillas en frente de Aiden, totalmente desnuda. Él también estaba desnudo, hundía las manos en su pelo y observaba lo que ella le estaba haciendo, la observaba llevándolo hasta el límite.

Zoe tragó saliva compulsivamente al pensar en ello.

-¿Zoe?

-¿Sí? -contestó con voz atragantada.

-Estamos llegando a Moss Vale. ¿Ahora hacia dónde tenemos que ir?

Una buena pregunta. Zoe le dio la dirección y justo a las dos de la madrugada, Aiden estaba aparcando frente a la vivienda de la granja.

Antes de que hubiera tenido tiempo de apagar el motor, Betty salió a darles la bienvenida.

Zoe abrió la puerta de pasajeros y sonrió a la mujer que la había salvado cuando tanto lo necesitaba. Su queridísima Betty. Zoe la quería casi tanto como había querido a su madre.

-Hola -la saludó saliendo del coche y poniéndose de puntillas para besarla.

Betty era realmente alta. Debía de medir cerca de un metro ochenta. En alguna ocasión, le había explicado a Zoe que su altura era uno de los motivos por los que nunca se había casado, aunque Zoe sabía perfectamente que su soltera se debía a que era una mujer demasiado independiente para enfrentarse al matrimonio.

-No tenías por qué haberte quedado. Yo podía haberme ocupado de todo -le dijo Zoe.

-Como si pudiera haberme ido a la cama sabiendo que ibas a venir. ¡Eh, mírala! -exclamó Betty, tomando a Zoe de la mano y alejándose unos centímetros para poder admirarla mejor-. Estás preciosa. Pero me siento fatal al haberos sacado a Drake y a ti de esa fiesta -se inclinó hacia el coche, dónde continuaba Aiden sentado-. Drake, yo...

Se interrumpió al darse cuenta de que no era Drake el que estaba detrás del volante y miró a Zoe confundida.

-Betty, este es Aiden. Aiden, esta es Betty -los presentó.

Aiden salió entonces del coche.

-Hola, Betty Encantado de conocerte. Y antes de que te precipites a sacar conclusiones, Zoe y yo sólo somos buenos amigos.

-¿Con tu aspecto? -contestó, Betty, riendo-. Me cuesta creerlo. Y al padre de Zoe también le costará. ¿Qué ha pasado con Drake?

-No me preguntes por él. Hemos terminado.

-Mejor, no has perdido una gran cosa, amor. Si te sirve de consuelo, nunca me ha gustado. Y a tu padre tampoco.

-Pero... ¿no me dijiste que era encantador?

-Y lo era. Pero era un encanto puramente superficial.

-Desde luego –confirmó Aiden.

Zoe se volvió hacia él.

-No creo que seas el más indicado para hacer valoraciones de ese tipo -se dirigió nuevamente hacia Betty-. Lo siento, Betty. Ya sabes cómo es a veces la amistad, por mucho que te aprecies, es imposible no discutir.

-Sé a qué te refieres. Tu padre y yo somos el mejor ejemplo de lo que estás diciendo.

-Por cierto, ¿cómo está papá? ¿Y cuánto tiempo deberá estar de baja?

-Semanas. Pero sobrevivirá. En cuanto le dije que ibas a venir, aceptó tomarse los analgésicos que le había mandado el médico y ahora está completamente dormido. Pero mañana quiero que intentes hacerlo entrar en razón. Tú y yo sabemos que esta granja ya sólo es un motivo de preocupación y que tu padre puede permitirse el lujo de cerrarla. Ya es hora de que la venda y le han hecho muy buenas ofertas, pero tengo la sensación de que no quiere

hacerlo porque piensa que tú estás muy atada a este lugar.

-¿Yo? -ella siempre había odiado la granja-. No entiendo por qué puede pensar una cosa así.

-No estoy segura. Quizá por tu madre. Siempre dice que el jardín te recuerda mucho a ella.

-Oh, ya entiendo -Zoe nunca se lo había dicho a su padre, pero a su madre nunca le había gustado aquel lugar. Nunca. El jardín era su único placer. Pero sin su madre, aquel rincón había dejado de albergar recuerdos agradables para Zoe.

-Ya entiendo lo que quieres decir.

-Sabía que podía contar contigo. Esta Zoe es una chica sensata, ¿eh? -le comentó a Aiden.

-Mmm -contestó él. A Zoe no le pasó desapercibido su sarcasmo.

-¿Pero dónde viviría entonces mi padre?

-No sé. Supongo que en Moss Vale. No creo que quiera separarse de todos sus amigos.

-¡Amigos! Pero si tú eres la única amiga que tiene mi padre.

-Te sorprenderías, señorita. Tu padre se ha convertido en una persona muy popular en la bolera últimamente.

-¿Mi padre? A mi padre nunca le han gustado esos sitios.

-Quizá no le gustaban, pero yo me lo llevé un día que lo encontré medio deprimido y al parecer ha descubierto una nueva faceta de su personalidad. Lo del tobillo ha sido una pena, porque esta semana quería llevarlo a la peluquería y a comprarse algo de ropa. Pero supongo que eso tendrá que esperar.

Zoe sonrió. Al parecer, Betty era una experta en convertir a los patitos feos en cisnes.

-Pero ya está bien. Estoy segura de que os apetecerá una taza de té y algo de comer después del viaje. Y acabo de sacar del horno unos bizcochos de mermelada de fresa.

-¡Fantástico! -exclamó Aiden, frotándose las manos-. Estoy hambriento.

-No deberías haberte molestado -la regañó Zoe.

-Tenía que hacer algo para mantenerme despierta y es difícil jugar sola al Scrabble. Tú no sabrás jugar, ¿verdad, Aiden?

-¡Claro que sé! En Shelley Bay llegué a ser campeón. Pero soy más famoso todavía por mi capacidad para devorar bizcochos recién hechos. Así que llévame a la cocina inmediatamente. ¿Vamos, Zoe? -dijo agarrándola del brazo mientras Betty entraba en la casa.

Zoe bajó la mirada hacia su mano.

-Tengo que ir a buscar mi bolsa -se separó de él y dio media vuelta para sacar sus cosas del coche.

-Déjame llevártela -se ofreció Aiden.

-No, gracias. Si no te hubiera dejado llevarme las cosas la primera vez, no me hubiera buscado tantos problemas.

-¿Crees que soy un problema?

-Sé que eres un problema.

-Mmm. ¿Y qué crees que eres tú para mí?

-¿Un desafío?

-Nunca lo había pensado, pero es posible que tengas razón.

-Eso, o un estímulo nuevo para tu ya saciado apetito sexual.

-¡Un estímulo!

-Sí. Supongo que piensas que tienes muchas cosas que enseñarme.

-¿Y puedo?

-Indudablemente.

-¿Pero me dejarías hacerlo?

-No, si puedo evitarlo. No quiero que vuelvan a hacerme daño.

-¿Queréis entrar de una vez? -les gritó Betty desde la puerta.

-Sí, ya vamos -contestó Aiden. Agarró a Zoe del brazo y le dijo, bajando la voz-: No te haré daño. Te lo prometo. No te haré nada que no quieras que te haga.

Zoe soltó una carcajada. Porque ese era precisamente el problema. No había nada que no le apeteciera que Aiden le hiciera.

14

-Toma -dijo Zoe, tendiéndole a Aiden una manguera-. Puedes ayudarme a limpiar. Hay que regar todas las zonas de cemento del establo.

Aiden la miró con expresión de burlona sorpresa.

-¿De verdad quieres que haga algo en vez de quedarme mirándote como un inútil mientras tú lo haces todo?

Zoe se encogió de hombros, decidida a no morder el anzuelo.

-A veces es más rápido hacerlo todo una misma que tener que explicar las cosas a otro. No querrás ponerte a ordeñar otra vez, ¿verdad?

-No, creo que no.

-Te dije que no necesitaba tu ayuda -le recordó ella-. Pero no has querido escucharme. No, no podías quedarte en la cama durmiendo.

-¿Y perderme el verte con esa indumentaria tan original e increíblemente sexy?

Zoe hizo una mueca. Se había visto obligada a ponerse los pantalones cortos y la camiseta que llevaba antes de la fiesta porque no había llevado nada más y no estaba dispuesta a dejar que Aiden viera lo gorda que estaba en otra época poniéndose cualquiera de aquellas prendas enormes que usaba en otro tiempo.

Sin embargo, los pantalones cortos con las botas de goma hasta las rodilla debían de darle un aspecto un tanto peculiar.

Zoe había sido en todo momento consciente de la atenta mirada de Aiden cada vez que se agachaba para colocar las copas la ordeñadora de las ubres de las vacas.

-No tenía otra cosa que ponerme -replicó-. Y tú has tenido suerte de que te valga parte de la ropa vieja de mi padre. Y ahora, deja de mirarme y ponte a regar

-Si insistes -y, sin previa advertencia, abrió la llave del agua y apuntó directamente hacia ella

Zoe gritó y elevó las manos, intentando protegerse.

Afortunadamente, el agua estaba caliente, gracias a que la manguera llevaba tiempo bajo al sol.

-¡Ya basta! -gritó.

Pero Aiden no se detenía.

Zoe dio media vuelta y se metió en el primer establo, pero no sirvió de nada. El agua se abrió camino fácilmente a través de los tablones del establo. Dio media vuelta, pero Aiden se movió para bloquearle el paso, sin dejar de echarle agua y sonriendo de oreja a oreja.

Para entonces, Zoe tenía el pelo pegado a la cara y el top era una segunda piel.

-¡Ya basta, Aiden! -exclamó, apartándose un mechón de pelo de la boca.

-Jamás! Hasta que no me lo pidas por favor -replicó a carcajadas.

Una parte de ella quería reír, disfrutar de aquellos juegos como habría hecho cualquier mujer con un hombre, habiendo una atracción tan fuerte entre ellos. Pero no era capaz de encontrar el valor para relajarse hasta ese punto. Sabía que si lo hacía estaría perdida. Así que agarró la manguera e intentó quitársela.

-Espera a que te la quite. Ya verás, ya verás lo que...

-¿Qué voy a ver, Zoe? -preguntó Aiden, dejando que la manguera serpenteara en el suelo como si fuera una cobra.

Aquel gesto la tomó tan de sorpresa que Zoe permaneció allí, respirando con dificultad. Aiden también permanecía muy quieto, con los ojos explícitamente fijos en sus senos y en sus pezones erectos.

-Zoe... -dijo con voz ronca y Zoe negó con la cabeza, sintiendo que el estómago le daba un vuelco-. Sí -insistió él. Su rostro y su voz vibraban con el más seductor de los deseos. Zoe sintió que los pezones se le endurecían todavía más, buscando las caricias de Aiden de la forma más descarada.

-He dicho que no -gimió cuando Aiden alargó la mano para acariciar lo que ya habían tocado sus ojos. Pero en cuanto sintió la mano de Aiden sobre sus senos, dejó de protestar al instante.

Tomó aire e irguió los hombros sin atreverse a mover un sólo músculo mientras Aiden dibujaba con el dedo el contorno de sus senos.

Zoe sintió que una cadena de estremecimientos recorría su espalda, pero aquello no tenía nada que ver con el frío. Cuando gimió y se balanceó sobre sus pies, Aiden la agarró de la parte superior del brazo, la hizo darse la vuelta y estrechó su espalda contra su cuerpo. Una vez así, sus manos volvieron a volar sobre su cuerpo, acariciando sus costillas y su vientre y la deslizándose después por debajo del top.

Aiden jadeó cuando alcanzó sus senos desnudos. La sensación se hizo más intensa al no haber ningún material entre ellos. Cerró los ojos e intentó no perder la cabeza. Pero esa era una de las cosas que tantas veces había imaginado. Una de las cosas que más ansiaba: posar las manos una vez más sobre la piel desnuda de Zoe.

-Si quieres que me aparte dímelo -le susurró Aiden al oído. Con la mano izquierda acunaba su seno izquierdo, al tiempo que bajaba la otra hacia su vientre, hundiéndola por la cintura de los pantalones.

-Tómate unos días de vacaciones -la urgió, mientras su conocedora mano encontraba el punto justo del placer.

Zoe sintió que sus entrañas se fundían.

-Diles que necesitas unos días de descanso -continuó diciendo, mientras Zoe comenzaba a sentir que todo le daba vueltas-. Diles cualquier cosa. Pero pasa esta semana conmigo, Zoe. Prométeme que volverás conmigo a Hideaway Beach. Prométemelo.

En aquel momento, Zoe le habría prometido cualquier cosa...

-Sí -gimió-. Te lo prometo, te lo prometo. Pero no te detengas.

Aiden no se detuvo. Sus dedos continuaron moviéndose, resbalando suavemente por aquellos pliegues que llevaban toda la semana húmedos y calientes. Cuando comenzó a hundir sus dedos en ella, Zoe sintió que su sexo se contraía con fiereza atrapando los dedos de la misma forma que habría atrapado su pene, mostrándole lo mucho que lo deseaba.

Aiden musitó algo, pero Zoe no lo comprendió. No podía concentrarse en nada que no fuera aquel deseo febril y los dedos devastadores de Aiden. Gimió sin control cuando Aiden comenzó a acariciarla con movimientos rítmicos, haciendo que el deseo se hiciera cada vez más intenso. Desesperada, comenzó a frotar su trasero contra la erección de Aiden, olvidándose de lo imprudente de aquel gesto. Pero su cerebro no parecía estar conectado con su cuerpo. Zoe no podía pensar en el riesgo, ni en el peligro. Su cuerpo parecía estar funcionando por su cuenta, buscando ciegamente lo que tanto deseaba y necesitaba.

-Por favor -suplicó ella-. Oh, por favor...

Aiden musitó una palabra y acarició con el pulgar su clítoris exquisitamente sensibilizado.

Los gritos de su orgasmo sonaron como los de un animal herido. Su cuerpo se tensó y se arqueó sacudido por el orgasmo. Cuando este cedió, Zoe comenzó a caer de rodillas, y sólo los brazos de Aiden evitaron que terminara en el suelo.

Tardó algún tiempo en volver a la realidad y, poco a poco, comenzó a darse cuenta de hasta qué punto Aiden podría haberse aprovechado de ella si hubiera querido.

Pero no lo había hecho, gracias a Dios.

A pesar de la vergüenza que le producía su falta de control, no podía evitar su admiración por él. Pocos hombres habrían sido capaces de controlarse en una situación como aquella...

Aunque quizá, lo único que había hecho había sido intercambiar un placer inmediato por la promesa que le había arrancado. A cambio de toda una semana de sexo, merecería la pena renunciar a un momento de lujuria. Y Aiden ya le había advertido que en cuestión de juegos, era un hombre despiadado.

Pero, seguramente, un hombre despiadado habría pedido mucho más en un momento en el que sabía que podía conseguir cualquier cosa de ella.

-No te habrás arrepentido de tu promesa, ¿verdad? -le preguntó Aiden cuando se volvió hacia él.

Zoe lo miró a los ojos y descubrió en ellos una inesperada vulnerabilidad. ¡Era increíble! ¿Acaso no se había dado cuenta de lo mucho que lo deseaba?

A pesar de lo deslumbrante que había sido aquel orgasmo, no había conseguido aplacar el deseo de Zoe. Más bien al contrario. En aquel momento era como un fuego incontrolable, imposible de aplacar, que se extendía por su cuerpo completamente fuera de control. Zoe era incapaz de mirarlo sin desear desnudarlo y acariciar todo su cuerpo.

Sólo su orgullo le impedía hacer algo así. Su orgullo y la necesidad desesperada de volver a retomar el control sobre su vida.

-Yo no incumplo mis promesas -le dijo con firmeza.

-¿No? -preguntó él con extrañeza.

-No, porque además es eso también lo que yo quiero -le confesó-. Lo que necesito. Una semana de sexo contigo. Pero sólo sexo, Aiden. Nada más. Así que por favor... no pienses que tienes la necesidad de adornarla de romanticismo. No necesito restaurantes de cinco estrellas, ni regalos. Ni perfumes, ni poesías ni flores -se burló, pensando en las tácticas de Drake-. Pero sobre todo, nada de conversaciones profundas, nada de confidencias. Sólo quiero sexo.

-¿Sólo sexo? -preguntó Aiden, como si fuera algo completamente nuevo para él.

-Sí -alzó la barbilla-. Ese es e trato. O lo tomas o lo dejas.

-Mmm.

-¿Eso es un sí o un no?

-Esto no será una especie de venganza, ¿verdad? Espero que no estés intentando devolverle a Drake lo que él te ha hecho.

-No seas ridículo. Si fuera eso lo que quiero, le habría hablado a Drake de lo nuestro en cuanto tuve oportunidad. Puedes creerme cuando digo que Drake ya no significa nada para mí.

-Sólo quería asegurarme. Un hombre tiene su orgullo, ¿sabes?

-¿Ah sí? -se burló ella-. No creo que un hombre permita que su orgullo se interponga si tiene oportunidad de un buen revolcón.

-Mmm.

Zoe comenzaba a odiar aquellos crípticos «mmm».

-¿Es eso lo que piensas que eres para mí, Zoe, un buen revolcón?

-Supongo que sí. Si no, no habrías sido tan amable.

-Es posible que tengas razón... o que estés equivocada. Pero como no quieres que haya conversaciones entre nosotros, jamás lo averiguarás.

-Supongo que podré sobrevivir a la curiosidad.

-Mmm.

-¿Tienes que decir «mmm» cada segundo?

-¿Te molesta?

-Sí.

-Entonces intentaré evitarlo, pero es un rasgo familiar.

-No quiero saber nada de tu familia, ni de tus rasgos familiares.

-Oh, lo siento. Lo olvidaba. Tonto de mí. Entonces, ¿cuándo crees que podremos irnos a Hideaway Beach?

-Eso depende de si Betty consigue a alguien para que ordeñe esta tarde.

-¿Y qué vas a decir en el trabajo?

-No te preocupes por eso. Eso es cosa mía.

-De todas formas, creo que hoy y mañana deberíamos quedarnos aquí, Zoe. Es posible que nos necesiten. Además, le prometí a Betty jugar al Scrabble y, al igual que tú, siempre cumplo mis promesas.

Zoe hizo una mueca.

-Sí, claro -al igual que había mantenido su promesa de casarse con esa chica-. Podríamos irnos después de tomar el té -le sugirió.

-¿Y conducir de noche hacia la costa? No me parece una buena idea. Es demasiado peligroso. Podemos ponernos en camino a primera hora de la mañana.

-Estupendo -se mostró de acuerdo precipitadamente.

Pero en realidad se sentía un poco molesta. Al parecer, él no estaba tan desesperado como ella por estar juntos.

-¿Por qué no vuelves a la casa? Betty ya tendrá listo el desayuno. Yo iré en cuanto termine de limpiar el establo y me seque.

-Preferiría esperarte.

-Y yo preferiría que no lo hicieras.

-De acuerdo. Entonces, hasta pronto.

15

Cuando Zoe comenzó a caminar hacia la casa una hora después, ya hacía tiempo que había pasado la hora del desayuno. Por la altura del sol, debían de ser las diez de la mañana. Pero no le importaba. Ya no tenía apetito. Lo había perdido cuando Aiden había entrado en su vida, sustituyéndolo por un hambre mucho más voraz.

A Zoe todavía le costaba creer lo que había pasado en el establo. Y también que hubiera prometido tomarse unos días libres en el trabajo. Iba a tener que inventarse una buena excusa. Quizá pudiera exagerar la necesidad de cuidados de su padre. O quizá pudiera llamar a Mel y ponerla al día sobre lo ocurrido... Y posiblemente a ella también tendría que decirle la misma mentira.

-Jo, jo, jo.

Zoe alzó la cabeza al oír las carcajadas de su padre. Ella acababa de entrar por la puerta trasera. Estaba sorprendida. Francamente, hacía años que no oía a su padre riendo de esa manera.

Entró rápidamente y lo descubrió sentado a la mesa de la cocina, mostrándole a un igualmente divertido Aiden el álbum de fotos de la familia.

A Zoe se le cayó el corazón a los pies cuando reconoció que era el que contenía todas sus fotos. Una intensa ola de humillación sacudió su alma cuando Aiden alzó la mirada sonriendo de oreja a oreja.

-Eras una cosita preciosa...

-¿Cómo te atreves a enseñar esas fotos sin mi permiso? -lo recriminó a su padre, corriendo hacia él y arrancándole el álbum de las manos. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

-¿No te basta con criticar todo lo que hago? ¿También tienes que ponerme en, ridículo delante de... ?

Se interrumpió al darse cuenta de que el álbum no era el de las fotos del colegio, sino el de las fotos de los primeros años de su vida, en las que aparecía junto a sus padres cuando todavía formaban una familia feliz. El otro álbum, recordó Zoe cuando ya era demasiado tarde, había sido consignado a un escondite que sólo ella conocía.

Todo el mundo la miraba con los ojos como platos. Betty desde el fregadero. Su padre, blanco como el papel, desde la mesa, con la pierna del tobillo herido extendida sobre una silla.

Aiden sentado a su izquierda.

-Oh -musitó ella destrozada, comprendiendo que acababa de poner a todo el mundo en una situación embarazosa sin motivo alguno-. Lo siento.

Estalló en llanto y salió corriendo de la habitación, apretando el álbum contra su pecho.

Estaba tumbada boca abajo en la cama, habiendo dominado por fin al llanto, cuando oyó que se abría la puerta del dormitorio. Sin necesidad de mirar, supo que sería Betty. La querida, amable y comprensiva Betty.

-Lo sé -gimió contra la almohada-. Me he comportado como una estúpida.

-En absoluto -le contestó una voz masculina-. He sido yo el que se ha comportado como un idiota durante todos estos años.

Zoe se volvió al oír aquella voz.

-¡Papá!

-Sí, soy yo. Aunque no me he comportado como un verdadero padre desde que tu madre murió. Lo siento, Zoe. He sido terriblemente egoísta, estaba demasiado encerrado en mi propio dolor para ver el tuyo. Y cuando al final lo hice, ni siquiera sabía cómo manejarte o cómo ayudarte a dominar tus problemas con el peso. Afortunadamente, contamos con Betty. Eso es lo único que puedo decir. Que esa mujer ha sido una enviada de los cielos.

Zoe observó en silencio, demasiado sorprendida para pronunciar palabra, mientras su padre entraba en la habitación con las muletas y cerraba la puerta tras él.

-Betty acaba de tener una larga conversación conmigo en la cocina y me ha hecho darme cuenta de lo crítico y lo negativo que he sido hacia todo lo que has conseguido. Me ha hecho darme cuenta de que para ti no fue fácil adelgazar, ni marcharte a la ciudad y conseguir un trabajo con el que mantenerme. Pero durante mucho tiempo, yo me tomé tus cosas como una forma de rechazo hacia mí y hacia todo lo nuestro. Odiaba que no te gustara la granja. Como a tu madre...

-Yo... creía que no sabías que a mamá no le gustaba la granja.

Su padre la miró con los ojos llenos de remordimiento.

-También fingí no darme cuenta de eso. Es algo que a los hombres se nos da bien. Fingir que no nos damos cuenta de las cosas para no tener que enfrentarnos a ellas. Pero yo sabía que no era feliz, de la misma forma que sabía que tú no eras feliz.

-Aun así, ella te amaba, papá.

-Lo sé, hija. Y eso me hace sentirme incluso peor. Pero espero que no sea demasiado tarde para enmendar mis errores. Y ahora, sólo quiero decirte que estoy orgulloso de todos tus éxitos. Me habría gustado tener tu valor y tu fuerza de voluntad. Y tu generosidad. Lo que has hecho, venir aquí en medio de la noche, me ha hecho sentirme avergonzado. Ni una sola vez, durante los cinco años que llevas en Sydney, se me ha ocurrido ir a verte. Lo único que he hecho ha sido quejarme y criticarte. Y no sé cómo todavía puedes preocuparte por mí.

A Zoe volvieron a llenársele los ojos de lágrimas.

-Oh, papá... Gracias por decirlo, pero no creas que todo me ha ido bien. Por lo menos con los hombres. ¿Te ha contado Betty que Drake me ha engañado y lo he dejado?

-Sí, y me alegro. Tienes a un hombre mucho mejor allí, en la cocina.

-¿Te gusta Aiden? -no debería mostrarse tan sorprendida. Al fin y al cabo, también a ella le gustaba.

-Claro que sí. Es un hombre encantador. Es muy fácil hablar con él. Y no tiene aires de grandeza, a pesar de su éxitos. Creo que le gustas de verdad. Ya sé que le habéis dicho a Betty que sólo sois buenos amigos, pero hazme caso, hija: ningún hombre te habría traído hasta aquí sólo porque fuera un buen amigo tuyo.

-¿Tú crees? -le preguntó, intentando no sonreír.

-Sí, claro que lo creo. Soy un hombre. Soy capaz de distinguir las señales.

-Hablando de señales, papá. A mí también me ha parecido reconocer ciertas señales entre tú y Betty. ¿Me equivoco al decir que ahora mismo sois algo más que buenos amigos?

Su padre se sonrojó violentamente.

-No tienes por qué avergonzarte, papá. No me sorprende -mintió-. Los dos sol personas

adultas. Podéis hacer lo que os apetezca. Pero si quieres que te dé un consejo de hija, creo que deberías vender la granja, irte a vivir a Moss Vale y casarte con Betty.

-¿Crees que ella querrá casarse conmigo? -era conmovedor verlo tan inseguro.

Zoe miró a su padre e intentó verlo cono los ojos de Betty. En otro tiempo había sido un hombre atractivo, y quizá todavía pudiera serlo si perdiera algo de peso, se cortara el pelo y se comprara ropa nueva. No había nada peor que un hombre que se abandonaba.

-Creo que sí. Pero Betty es una mujer muy atractiva, papá. Si yo fuera tú, intentaría perder algunos kilos, me cortaría el pelo con un estilo más moderno e invertiría algo de dinero en ropa.

-¿Y tú crees que eso podría funcionar? -le preguntó, mirándola como un adolescente nervioso.

-No te hará ningún daño. Inténtalo, papá. Sólo se tiene una vida para disfrutarla.

-Tienes razón. Pero no le cuentes a Betty nada de esto. Quiero hacerlo todo sólo.

Aiden permanecía sentado en el asiento de pasajeros, con los brazos cruzados e irritado porque Zoe había insistido en conducir.

-Por el amor de Dios, cambia de cara -le espetó Zoe-. Este coche es mío. Y por cierto, eso me recuerda algo, ¿dónde está esa furgoneta de color amarillo que tenías antes? ¿O eso sólo forma parte del papel que representas en Hideaway Beach? Supongo que la dejaste allí cuando regresaste a Sydney para volver a ponerte el disfraz de millonario.

Aiden la miró de reojo. En realidad, Zoe estaba completamente equivocada sobre él. Algo comprensible, por supuesto, teniendo en cuenta lo que le habrían contado y lo que había tenido que pasar durante la semana anterior. Las mentiras y las traiciones o afectaban a uno muy profundamente. Automáticamente se volvía uno cínico y, sí, amargado.

Aiden ya había pasado por eso y comprendía perfectamente a Zoe. Sabía también que lo único que podía hacer era intentar ser paciente y darle tiempo para descubrir cómo era él realmente.

-Está en el hotel en el que me alojaba en Sydney. Pero no puede quedarse allí toda la semana. Tendré que llamar para explicar la situación.

-¿De verdad? ¿Y les dirás que has tenido que irte porque vas a tener una aventura con una chica que tiene su propio coche y no vas a necesitar la furgoneta esta semana?

Aiden sonrió ante su sarcasmo. Cuando las mujeres se ponían sarcásticas, era porque en el fondo algo les importaba. Zoe podía creer que sólo quería sexo de él, pero él estaba convencido de que en el fondo quería mucho más. El problema era que tenía miedo de que le hicieran daño.

Por su parte, él sí que estaba seguro de que quería mucho más de Zoe que puro sexo. El incidente del día anterior en el establo se lo había demostrado. Si de verdad sólo tuviera interés en el sexo, habría hecho algo de lo que ambos se habrían arrepentido después.

Pero no lo había hecho. Había conseguido mantener el control, deseando dar, más que tomar.

Sí, era cierto que se había aprovechado de su estado para arrancarle una promesa. Pero, como se solía decir, en la guerra y en el amor todo era válido.

Y Aiden estaba empezando a sospechar que su relación podía llegar a convertirse en ambas cosas. Fuera lo que fuera, él nunca había sentido nada tan fuerte por una mujer y sabía que no

iba a conformarse con una semana de sexo. Él quería tener una verdadera relación con Zoe. Estaba dispuesto a conseguir que fuera su novia.

Y, hasta entonces, le daría lo que ella quería. O lo que pensaba que quería.

-Vaya, no estamos de muy buen humor esta mañana. ¿Qué te pasa?

-Sabes perfectamente lo que me pasa. Ayer por la noche dejaste que mi padre y Betty creyeran que eras mi novio.

-¿Y eso es un crimen?

-Es una mentira. No eres mi novio y nunca lo serás. Sólo vas a ser mi pareja de cama durante una semana. Ese es el trato. Y si crees que vas a hacerme cambiar de opinión, vete haciéndote a la idea de que estás equivocado.

-De acuerdo. Pero no te enfades

-Tengo motivos más que suficientes para enfadarme. Por tu culpa, cuando esto acabe voy a tener que soportar todo tipo de preguntas de Betty y de mi padre. Les has gustado. Aunque, por supuesto, es comprensible. Has hecho todo lo posible para agradarles. Ayer te pasaste toda la tarde viendo el fútbol con mi padre y bebiendo su horrible cerveza. Y después estuviste jugando al Scrabble con Betty hasta la madrugada. ¡Y dejaste que te ganara!

-No la dejé ganar -repuso Aiden sinceramente-. Me ganó ella sola. Supongo que estoy un poco oxidado. Han pasado ya muchos años desde que fui campeón de Scrabble de mi ciudad.

-Ah, y esa es otra cosa. No has parado de hablar de ti mismo. Yo te dije que no quería saber nada sobre tu vida, pero no has callado. Aunque en realidad no importa. Supongo que has impresionado a Betty y a mi padre con el relato de tus éxitos y de esa infancia sin privilegios de un hijo de madre soltera. Pero a mí no me engañas con tus historias. Entre otras cosas, ¿qué mujer sensata se negaría a aceptar una ayuda asistencial y se dedicaría a vender pañuelos pintados por las playas a los turistas?

-Mi madre. Espera a que la conozcas. Entonces me creerás.

-No tengo la menor intención de conocer a tu madre. Ya te lo he dicho. No quiero saber nada de ti ni de tu familia. Lo único que quiero de ti es... es... ¡Ya sabes lo que quiero! -terminó, sonrojándose ligeramente.

El no dijo una sola palabra. Pero había comenzado a planificarlo todo. Zoe pensaba que iba a poder mantener su relación a un nivel puramente sexual, pero estaba siendo una ingenua otra vez.

-Mira, no pretendo ser ruda -le aclaró ella, interpretando que se había sentido ofendido-. Me gustas, de verdad. Eres una persona muy agradable. Pero hemos hecho un trato. Y se supone que no vamos a tener conversaciones profundas.

-Has empezado tú quejándote de cómo me he portado con tu padre y con Betty en la granja.

-Eso me recuerda algo. Exactamente, ¿de qué estuvisteis hablando Betty y tú cuando ayer me fui a la cama? No le harías ninguna pregunta sobre mí.

-Definitivamente no -negó Aiden. Y no era mentira. Había preguntado muchas cosas sobre ella, pero había sido durante el día, cuando se había ido corriendo a su habitación y su padre la había seguido.

¡Y aquella conversación había demostrado ser muy ilustrativa!

Él ya había descubierto por sí mismo que Zoe era tan dulce y sincera como se lo había parecido la semana anterior. Pero había sido bueno escuchar algunos detalles sobre la vida anterior de Zoe para comprender por qué había podido llegar a gustarle un hombre como Drake Crason. Betty no había necesitado mucho estímulo para contarle todo lo que Aiden

quería saber sobre esa chica que había vuelto su vida del revés.

Y, gracias a su relato, había llegado a comprender por qué Drake había decidido conquistar a Zoe.

Había visto en ella a la esposa perfecta para un hombre como él. Era atractiva, educada y trabajadora. Pero, lo más importante, ligeramente ingenua y profundamente necesitada. A pesar de todas sus cualidades, Zoe sabía muy poco de la vida y, una vez desplegara todas aquellas estratagemas románticas para conquistar a las mujeres ingenuas, Drake sabía que tendría muy pocas oportunidades contra él.

Sin embargo, había algo que Drake nunca había sido capaz de dar a Zoe, porque no era algo que pudiera ser comprado o que pudiera fabricarse. Y era la clase de placer sexual que había experimentado con él.

Aiden decidió aprovecharse de ello. Conseguiría que Zoe se enamorara de él a través del sexo, la llevaría a lugares en los que ella nunca había estado. Utilizaría, la intimidad física para conquistar una intimidad emocional. No habría tabúes durante la semana que tenía por delante. Ni negativas de ninguna clase. Iba a hacerla suya. Completamente.

Zoe alzó la cabeza y lo miró de reojo.

-Te has quedado muy callado de pronto.

-¿Y no es eso lo que quieres? -replicó él-.

¿No has dicho que no querías que habláramos? -No te hagas el inocente conmigo. Aiden soltó una carcajada.

-Jamás se me ocurriría. Eh, atenta a la carretera,¿quieres?

Zoe centró rápidamente el coche en el carril.

-Y hablando de conducir -dijo Zoe-. Creo que deberías ir a buscar tu furgoneta para llevártela a Hideaway Beach. Si quieres, puedo dejarte en Sydney de camino.

-Oh, no, no, no -respondió él, enderezándose-. Claro que no. No pienso perderte de vista un sólo instante.

-Pero yo tengo que ir a mi casa a buscar mis cosas.

-Entonces iré contigo.

-No quiero. Mel podría verte.

-¿Y?

-No quiero que sepa nada de ti.

-Entonces me quedaré en el coche y esperaré.

-No -repitió ella, obstinada-. Haremos las cosas a mi manera. Tú sólo tienes que confiar en mí.

Aiden apretó los dientes. Se suponía que no tenía otra alternativa. Pero aquella sería la última vez que conseguiría derrotarlo. Para cuando terminara aquella semana, estaría dispuesta a comer de su mano.

-Supongo que no me queda otro remedio.

-Exacto.

A Aiden no le gustó la suficiencia de su voz. A lo mejor había cometido un error de cálculo. Quizá su anterior sarcasmo no había sido una señal de que en el fondo le importaba. A lo mejor lo único que quería de él era sexo.

Pensar en ello lo destrozaba. Y lo excitaba.

No estaba muy seguro de lo que iba a hacer al respecto. Pero sí estaba convencido de algo: iba a conseguir que Zoe disfrutara de cada segundo que pasara a su lado.

16

Zoe sonreía para sí mientras metía la llave en la cerradura. No se había dado cuenta hasta entonces de lo satisfactorio que era tener el control sobre su propia vida, tomar sus propias decisiones sin tener que dar explicaciones a nadie.

Siempre había sido tan servicial con Drake... Había estado siempre tan pendiente de no hacer daño a su ego... Hasta se había disculpado por no querer ir a vivir con él.

¿Y él la había respetado por ello? Diablos, claro que no. Se había limitado a considerarla una estúpida. Pero no iba a volver a serlo. A partir de lo ocurrido, iba a comportarse como los hombres, haciendo lo que quería sin estar pidiendo continuamente perdón.

A Aiden no le había hecho ninguna gracia su decisión sobre los coches, pero ella se había mantenido firme y al final había aceptado. Zoe se prometió acordarse de mantenerse firme en todo lo que tuviera que tratar con él.

-¿Estás en casa, Mel? ¡Soy Zoe! -llamó, esperando que su compañera de piso no estuviera.

-Estoy en el baño -gritó Mel-. Pero no tardaré. Ahora no puedo hablar, me estoy lavando los dientes. Pero ahora mismo salgo.

Y, por supuesto, comenzaría a hacerle preguntas.

Y Zoe tendría que ser muy imaginativa en las respuestas.

Suspirando, corrió a su habitación y se quitó el vestido que Betty le había proporcionado esa mañana y que sólo había podido soportar gracias al aire acondicionado del coche. El tiempo era caluroso y seco, a pesar de que marzo, mes del otoño australiano, ya había llegado.

Se puso unos pantalones amarillo limón para el viaje, una camiseta de manga corta de color blanco y unas sandalias del mismo color. Se recogió el pelo en una cola de caballo, dejando que algunos rizos enmarcaran su rostro. Y lo único que hizo para maquillarse fue pintarse los labios.

No tenía mal aspecto. No se había esforzado mucho en arreglarse, y tampoco lo haría durante el resto de la semana. Aiden se sentía atraído por ella tanto si estaba de punta en blanco como si no. Así que ¿por qué molestarse? Además sería absurdo pasarse horas arreglándose y secándose el pelo cuando no pretendía salir de casa. Y, por la misma razón, no pensaba llevarse demasiada ropa. Tampoco iba a necesitarla.

Sintió que se le secaba la boca al pensar que no iba a necesitar nada de ropa en absoluto. En toda la semana. Podría pasear desnuda continuamente. Siendo siempre accesible a Aiden.

Un estremecimiento violentamente erótico la sacudió.

-¿Qué estás haciendo a estas horas en casa? -preguntó Mel en cuanto salió del baño-. Después de tu llamada de ayer, pensé que ibas a quedarte toda la semana en la granja.

-Y yo también -contestó, sin mirar a Mel, mientras sacaba la ropa interior de los cajones de la cómoda-. Pero Betty ha encontrado a un chico que se encargará de ordeñar las vacas hasta que mi padre pueda levantarse otra vez, así que ya no me necesitan.

-Pensaba que te quedarías fuera después de lo que pasó con Drake. Supongo que estarás

muy afectada. ¡Qué canalla! Has hecho bien en dejarlo. Un desliz se puede perdonar, ¿pero dos? De ningún modo. ¿Pero por qué vas vestida de esa forma? -le preguntó, dejándose caer en la cama de Zoe. Es evidente que no vas a ir a trabajar.

-No. He pensado que, como tengo una semana libre, voy a irme unos cuantos días.

-Me sorprende que tu jefa te haya dejado toda una semana libre.

-A mí también, para serte sincera. Afortunadamente, la semana pasada estuve trabajando como una fiera y llevaba todo el trabajo al día. Además, tampoco estaba pidiendo un favor especial. Me he tomado una semana de las dos que tengo de vacaciones.

-No deberías haberlo hecho.

-Quizá, pero así me siento mejor -menos culpable-. Y además, me siento libre para ir a donde quiera. .

-Bueno, tienes un aspecto muy playero, así que presumo que vas a algún lugar de la costa.

-Sí, vuelvo a Hideaway Beach.

-¿De verdad? No sabía que te hubiera gustado tanto.

-Siempre me ha gustado la playa.

-Eh... ¿Y estás segura de que Nigel es gay?

-¿Qué? -Zoe miró a su amiga, confundida por la pregunta-. ¿A qué te refieres exactamente? -Me refiero a que es una persona muy generosa, dejándote su casa tantas veces. A no ser que no pienses quedarte en casa de Nigel, claro...

En aquel momento, Zoe deseó ser mejor actriz. O mejor mentirosa.

-No -admitió, sintiéndose culpable-. No voy a quedarme en casa de Nigel.

Mel abrió sus enormes ojos como platos, antes de estrecharlos con expresión traviesa.

-Así que has sido una chica mala, ¿verdad? La semana pasada te acostaste con un socorrista en la playa, ¿verdad? Venga, dime la verdad.

-Bueno... casi.

-¿Casi? ¿Cómo es posible que casi te acostaras con él?

-No. Me acosté con él, de acuerdo. Pero no era socorrista. Era un surfista.

-¡Un surfista!

-Un surfista muy famoso en realidad. Se llama Aiden Mitchell.

-¡Aiden Mitchell! Oh, Dios mío. ¡Pero si es el mejor! Y además estuvo en la lista de los diez solteros más codiciados de Australia. Lo sé porque la recorté e hice lo imposible por conocerlos a todos ellos. Pero nunca me encontré con él. No es un hombre al que le guste mucho la vida social. Sabes que fue denuncia por una actriz, ¿verdad?

¿Una actriz? Zoe no sabía que la chica con la que había estado saliendo fuera actriz.

-Cuando lo conocí, no sabía quién era -admitió Zoe con un suspiro-. Pensaba que sólo era una especie de ligón de playa que estaba viviendo en la casa del al lado de la de Nigel a cambio de hacer algunas reparaciones. Y él me dejó que lo pensara. ¿Pero qué se puede esperar de un hombre como él?

-Desde luego, no un anillo de compromiso. Así que cuidado con lo que haces.

-No estoy pensando en casarme con él, Mel. Sólo quiero acostarme con él.

-Creía que eso ya lo habías hecho.

-De acuerdo. Pero quiero acostarme otra vez con él.

-Es bueno, ¿eh?

-Brillante.

-Ooh. Estoy celosa. ¿Sabes que Jonathon no quiere acostarse conmigo?

-Dios mío, ¿y por qué no?

-Dice que me quiere demasiado y que yo soy demasiado cínica. Quiere esperar hasta que yo comprenda cuánto me ama y me dé cuenta de que lo nuestro no es sólo atracción física.

-Bueno, desde luego, yo no tengo ese problema con Aiden. Lo único que él quiere de mí es sexo. Y, francamente, tampoco yo quiero otra cosa de él.

Mel miró a Zoe preocupada.

-¿Estás segura? Me refiero a que... bueno, no parece muy propio de ti.

-Lo sé. Pero encontrar a Aiden me ha abierto los ojos. Desde la primera vez que lo vi, no fui capaz de pensar en otra cosa que en el sexo. No quiero que me ame, Mel. Sólo quiero...

-Que haga el amor contigo.

Zoe soltó una carcajada.

-No pensaba decirlo así.

-Lo sé. Y tampoco eso sería propio de ti. No eres esa clase de chica, Zoe. Y no sé si me gusta todo esto. ¿Aiden Mitchell? Es increíble. ¿Estás segura de que no te has enamorado de él y de que lo que te pasa es que no quieres admitirlo?

-No -dijo Zoe con firmeza-. Claro que no. Y tampoco pienso enamorarme. Después de lo de Drake, ya no soy la que era. No voy a entregar mi corazón tan fácilmente en el futuro, ni tan estúpidamente, a cambio únicamente de sexo.

-No es «únicamente sexo». Por lo que has dicho, debió ser realmente fantástico.

-Es cierto. Jamás había vivido nada parecido. Y voy a continuar disfrutando de él durante una semana. Pero el domingo estaré aquí, sola y contenta.

-Estupendo. ¿Quieres que te prepare una taza de café antes de que te vayas?

-Oh, sí, te lo agradecería.

Cinco minutos más tarde, ambas estaban tomando un café en la cocina cuando de pronto el valor de Zoe comenzó a abandonarla.

-¿Tú... no crees que estoy siendo un poco imprudente?

Mel la miró exasperada.

-Ahora no lo estropees todo. Siempre te he dicho que te tomabas a los hombres y el sexo demasiado en serio, Zoe. Ya es hora de que disfrutes un poco y, lejos de ser imprudente, creo que has elegido al hombre ideal para tener una aventura con él. Es guapísimo, sabe moverse en la cama y, lo mejor de todo, no te haces ilusiones respecto a él.

-Sí, es ciertas sólo que... -suspiró-. Oh, no sé... Desde que conocí a Aiden no he vuelto a ser yo misma. En cierto sentido es bueno, pero en otros me preocupa.

-A veces me da la sensación de que eres adicta a las preocupaciones. Mira, ya has decidido tener esta aventura, así que tenla y deja de preocuparte. Por el amor de Dios, después de lo de Drake, te mereces disfrutar un poco.

-Sí, ¿verdad?

-Claro que sí.

-Deséame suerte.

-¿Y qué piensas conseguir con esa suerte?

-Nada. Aunque eso me recuerda que tendré que parar a comprar preservativos antes de irme.

-Yo compré una caja nueva el otro día y todavía no la he abierto. ¿La quieres?

-¿Cuántos tiene?

-Media docena.

-No, no es suficiente. Compraré una caja por el camino.

-¿Que no es suficiente? Ahora si que me dejas impresionada. Para el final de la semana que viene no vas a poder ni andar. ¿Está bien dotado?

-Tendrías que verlo para creerlo.

-Qué suerte. Me gustaría ver a Jonathon. A veces siento su miembro cuando me abraza, y creo que es formidable.

-Si te lo propusieras, conseguirías que se acostara contigo.

-Sí, lo sé. Pero a lo mejor no quiero. En el fondo, creo que me gusta que esté dispuesto a esperar. Me encanta oírle decir constantemente que me quiere.

Las palabras de Mel hirieron intensamente a Zoe, pero tuvo el valor suficiente para ignorar aquel dolor. Ella estaba segura de que el verdadero amor era maravilloso, pero ya no quería seguir alimentando falsas esperanzas.

-Tengo que irme -dijo Zoe, bajando su taza-. Ya son casi las doce. No sé si te llamaré. Si alguien necesita ponerse en contacto conmigo, dale mi número de teléfono. Lo tendré desconectado, pero revisaré el buzón de voz todos los días.

-¿No quieres comer algo antes de salir?

-No, no tengo hambre. A lo mejor paro para comer algo por el camino.

Pero no lo hizo. Aun así, pasó por el desvío de Hideaway y siguió hacia delante hasta llegar a Nelson Bay, donde compró tres cajas de preservativos en tres tiendas diferentes. Le daba vergüenza comprar las tres en la misma tienda.

Después, se sentó a tomar un sándwich y un capuccino durante otra hora, intentando pensar en lo que iba a hacer.

Para Mel era muy fácil decirle que no se preocupara. Ella había disfrutado del sexo desde la pubertad, pero Zoe era una inexperta. ¿Qué ocurriría si no podía evitar involucrarse sentimentalmente con Aiden? ¿O si se enamoraba de él?

¿O si... ? Pero no podía pasarse toda la vida allí sentada, haciéndose preguntas. Tenía que levantarse e ir de una vez por todas a casa de Aiden. Y una vez allí, ser fuerte, asertiva. Ser la mujer que quería ser.

Animada por su propia regañina, se levantó y se dirigió al aparcamiento en el que había dejado el coche. Su resolución no vaciló durante el trayecto, pero cuando llegó a su destino y vio la furgoneta amarilla aparcada del de la casa de Aiden, comenzaron a explotar fuegos artificiales en su estómago.

Sacudió la cabeza, aparcó al lado de la furgoneta de Aiden y tragó saliva mientras apagaba el motor.

No salió inmediatamente del coche. Continuó sentada tras el volante durante un rato, intentando controlar los locos latidos de su corazón, sin estar muy segura de si su taquicardia se debía a la excitación o al miedo. Posiblemente fuera una combinación de ambas cosas.

Todavía estaba allí sentada cuando Aiden se materializó en frente del coche y la miró a

través del parabrisas. Llevaba únicamente los vaqueros cortos, el pelo de punta, como si acabara de darse una ducha y la mandíbula ligeramente oscurecida por la incipiente barba.

Al verlo, Zoe sintió que se le ablandaba el corazón.

Pero tenía que ser fuerte, asertiva, se recordó mientras salía de detrás del volante y lo recorría de pies a cabeza con la mirada.

-Llegas tarde -le reprochó Aiden.

-¿De verdad? -se volvió y cerró la puerta del coche antes de enfrentarse a él-. No sabía que tenía que llegar a una hora determinada. Además, tenía cosas que hacer. Como preparar la maleta, o cambiarme de ropa.

-Ya veo. ¿Y te das cuenta de que llevas demasiada ropa encima?

-No sabía que iba a hacer tanto calor.

-Dentro hace mucho más.

-Estaré bien en cuanto me haya dado una ducha fría.

-Te enseñaré el camino.

-Antes tengo que sacar mis cosas.

-Déjalas -le dijo Aiden con dureza y Zoe lo fulminó con la mirada-. Déjalas -repitió él, en un tono más amable.

Zoe se encogió de hombros, haciendo un esfuerzo por mantenerse firme, por ser independiente. De pronto, lo único que quería era correr tras él, someterse a sus deseos. Ser su esclava.

No lo comprendía. ¡Después de lo que se había prometido!

Aiden le tomó la mano y Zoe dejó que la arrastrara hacia el porche y desde allí al interior de la casa.

Dentro hacía calor, tal y como Aiden había asegurado. Pero no tanto como en el interior de la propia Zoe. Aiden la condujo hacia el baño y cerró la puerta tras ellos. Con un gemido de frustración enmarcó su rostro con las manos y la besó precipitada, desesperadamente.

Ya nada podía detenerlo. Aiden era como un animal hambriento que de repente había encontrado su comida. Zoe tenía la sensación de que iba a devorarla viva, pero, Dios, cómo le gustaba. Adoraba sentir su boca devorando sus labios. Adoraba sus manos desgarrando su ropa, o quitándose la que él llevaba puesta. Y de pronto, ya no hubo dudas ni remordimientos. Aquel era el motivo por el que había ido hasta allí. Eso era lo que ella quería.

Segundos después de que sus labios hubieran capturado los de Zoe, iden estaba metiéndola, jadeante y desnuda, en la ducha.

El agua acarició sus senos. Y después su rostro. Era agua caliente. Tan caliente como lo estaban ellos. Zoe jadeó y giró en sus brazos, colocándose de espaldas a la humedad y el calor. Aiden le rodeó el cuello con las mnos y alzó los pulgares hacia su barbilla.

-Hace cinco minutos, quería matarte -musitó, sin dejar de mirarla a los ojos-. ¿Dónde has estado todo este tiempo?

-He parado a comer algo por el camino -le confesó, casi sin respiración-. Y a comprar preservativos.

Aiden soltó una carcajada.

-Evidentemente, no en la tienda de Tom. Lo he dejado sin provisiones. El pobre tipo pensaba que iba a celebrar una orgía. ¿Lo ves? -señaló la estantería que había al lado de la ducha. Los he dejado por todos los rincones de la casa. Quería tenerlos siempre a mano,

estemos donde estemos. El problema ha sido que, mientras los iba colocando, he empezado a pensar en cómo íbamos a hacerlo en cada lugar en particular. Y para cuando he terminado, necesitaba una ducha fría.

-¿Y cómo has pensado que íbamos a hacerlo aquí? -preguntó Zoe, con voz ahogada.

-Eso depende.

-¿De qué?

-¿Alguna vez has hecho el amor en la ducha? -musitó Alden, mientras le lamía el labio inferior.

-No.

-¿Y en otro lugar aparte de la cama?

-Sólo contigo.

-Oh, Zoe -gimió-. Me haces cosas que no deberían estar permitidas. Mira. Siente esto -le dijo, le tomó la mano y la presionó contra su erección.

Zoe no sólo la sintió, sino que empezó a acariciarla. Era tan aterciopeladamente suave. Y al mismo tiempo tan dura ... Y todo por ella.

Rodeó el miembro de Aiden con fuerza, antes de comenzar a mover la mano seductoramente hacia arriba y hacia abajo. Aiden jadeó, se apoyó contra las baldosas del baño y fijó la mirada en la mano de Zoe, como si no pudiera creerse lo que le estaba haciendo.

Era una visión estimulante y Zoe por fin comenzó a sentirse como se quería sentir: no como una amante esclava y sumisa, sino como una diosa del amor. No, una diosa del sexo. Una perversa y seductora diosa del sexo.

¡Qué más daba que no hubiera hecho nunca todas esas cosas! Sabía cómo hacerlas. Y quería hacerlas en ese momento. Quería hacerlo todo.

Aiden gimió tembloroso cuando Zoe se arrodilló.

Ella alzó la mirada a través del agua de la ducha que caía a chorros por el cuerpo de Aiden. El riachuelo que descendía por su vientre se dividía en dos al llegar a su satinada erección.

Aiden tomó aire cuando Zoe le tomó el miembro con firmeza e inclinó la cabeza mientras iba introduciéndolo centímetro a centímetro en su boca.

Cuando ya no pudo introducirlo más, alzó lentamente la cabeza, al tiempo que lo succionaba con firmeza. Aiden temblaba, gemía. Zoe continuó su exquisita tortura, alzando y bajando la cabeza. Cuando en una ocasión se detuvo para deslizar la lengua alrededor de punta de su miembro, Aiden se inclinó bruscamente hacia delante.

Zoe alzó la cabeza asustada.

-¿Te he hecho daño?

-En absoluto. Pero si continúas haciéndome eso, voy a correrme.

-¿Y? -no le importaba lo que pudiera pasar, algo que le parecía sorprendente. Si Drake hubiera sugerido algo parecido, habría sentido náuseas con sólo pensarlo.

Aiden se quedó mirándola en silencio durante algunos segundos. Después, volvió a apoyarse contra la pared.

-Que el Cielo me ayude -susurró.

Zoe dedujo que aquella era la señal para que continuara. Y lo hizo con un placer inmenso. Sentía cómo se elevaba su confianza en sí misma, cómo se intensificaba su propio placer. Aquello era increíble. Jamás serían suficientes los gemidos que escapaban de los labios de Aiden, ni los sentimientos que evocaban en ella. El regocijo, la excitación... Aprendió a

excitarlo cada vez más profundamente, llevándolo hasta el límite, pero sin dejarlo caer en el abismo. Y a acariciarlo perversamente con las manos mientras su boca continuaba proporcionándole aquel gozo exquisito.

-Zoe, para -dijo Alden de repente, y apagó la ducha-. Tienes que parar.

Zoe se detuvo y lo miró a los ojos. ¿No le gustaría lo que le estaba haciendo?

Aiden se inclinó para incorporarla.

-Puedes hacer esto en otro momento, pero no ahora. No la primera vez. Te deseo a ti, Zoe, y nada más. Quiero tenerte en mis brazos, quiero poder ver tus ojos.

Tomó un preservativo y rasgó la funda con los dientes, sin dejar de mirarla a los ojos. Sus miradas continuaron entrelazadas mientras él se colocaba el preservativo y la instaba a separar las piernas. Zoe se aferró a su pecho para no perder el equilibrio.

-Ahora, mírame -le ordenó Aiden.

Zoe lo miró a los ojos; y sus pupilas se dilataron cuando Aiden acercó la punta de su pene a los pliegues de su sexo, rozando su excitado clítoris.

-No hagas eso -le pidió Zoe jadeante-. No puedo soportarlo. Por favor, Aiden...

Aiden comenzó a hundirse en ella, la agarró con fuerza y la alzó hasta sus caderas. Aquella posición le permitió deslizarse y llenarla por completo.

-Oh -jadeó Zoe, aferrándose a sus hombros.

-Apóyate en la pared que tengo detrás de mí -le indicó Aiden-. Yo te sujetaré. Dobla y estira las rodillas.

-No ... no puedo.

-Sí, claro que puedes. Y al mismo tiempo, apriétame con fuerza.

Zoe consiguió hacer lo que le pedía y disfrutar de las maravillosas sensaciones provocadas por aquella postura.

-Esto... esto es increíble -gimió él-. Continúa. No te detengas. Más rápido, sí, así, así cariño.

Las palabras de Aiden la excitaban hasta la locura. Eran tan salvajes, tan primitivas como su propia unión.

Zoe fue la primera en alcanzar el orgasmo, y casi inmediatamente se le unió Aiden. Sus gritos se mezclaban mientras sus cuerpos se estremecían y la pasión estallaba.

Pasó algún tiempo hasta que los espasmos terminaron, pero ambos continuaron abrazados. Zoe sollozando y Aiden acariciándole la espalda, intentando consolarla, a pesar de su propia confusión.

¿Realmente la había afectado tanto? Comenzó a preocuparse al advertir que el llanto no cesaba.

¿Por qué lloraba Zoe?

Cuando los sollozos se interrumpieron, soltó suavemente a Zoe para dejarla en el suelo.

-¿Estás bien? -le preguntó delicadamente.

Zoe lo miró a través de sus pestañas empapadas en lágrimas.

-Qué pregunta tan tonta -contestó en un susurro y se estremeció.

-Tienes frío -Aiden alargó la mano hacia una enorme toalla naranja y se la colocó alrededor de los hombros.

Zoe comenzó a bostezar.

-Creo que tengo más cansancio que frío.

-¿Quieres que te lleve a la cama?

Zoe asintió y Aiden la levantó en brazos, con la toalla alrededor.

Zoe suspiró y se acurrucó contra él, apoyando la mejilla contra su pecho, justo encima de su corazón. Aiden tensó los brazos a su alrededor y supo, sin la menor sombra de duda, que amaba a aquella mujer. La amaba como nunca había amado a nadie. Apasionada, posesiva... Y dolorosamente.

No era la frustración sexual la que le estaba desgarrando las entrañas cuando Zoe había llegado. No, era el miedo terrible a que hubiera tenido un accidente de coche.

Y tras haber hecho el amor con ella otra vez, no podía soportar la idea de que pudiera estar con otro hombre. Quería que fuera su mujer para siempre. Quería vivir con ella, tener hijos con ella, envejecer a su lado. Quería incluso casarse con ella.

Y eso era algo que Aiden no se tomaba a la ligera. Siempre había pensado que el matrimonio no era para él. Pero la cuestión era que hasta entonces no había descubierto el verdadero amor.

Sonrió al pensar en lo que iba a decir su madre cuando se lo contara. Y no porque pretendiera confesárselo tan pronto. No, antes tenía otras cosas que hacer... como conseguir que Zoe también lo quisiera.

Mientras la llevaba a la cama, la mente de Aiden elaboraba toda suerte de planes y posibilidades. ¿Sería posible que Zoe se enamorara de él en sólo una semana?. Probablemente no. Zoe no estaba de humor para enamorarse.

Pero sí estaba de humor para el sexo. De eso no había ninguna duda.

El estómago se le contrajo al pensar en lo que había pasado bajo la ducha. Para ser una mujer sin mucha experiencia, Zoe era condenadamente buena. Más que buena. Había sido, sencillamente, sorprendente. '

Aiden bajó la mirada hacia su rostro adorable. Tenía el pelo empapado y algunos rizos escapaban hacia su frente. Sonrió, pensando en lo perversa que podía llegar a ser cuando se lo proponía.

Aiden comprendía que Zoe quisiera ser una mujer mala durante algún tiempo. Mala atendiendo a sus propios criterios. Personalmente, él no creía que el sexo entre adultos pudiera ser malo, siempre y cuando no se hiciera ningún daño a nadie. ¿Y a quién estaban haciendo daño? A nadie.

Pero Zoe no veía las cosas como él. Ella había crecido en un ambiente conservador en el que una buena chica no podía disfrutar del sexo sin amor.

Aiden no suscribía en absoluto esa teoría. Las chicas tenían que disfrutar del sexo, tanto por su propio bien como por el de los chicos. Tenían que aprender a disfrutar del momento sin preocuparse por el mañana.

De modo que ¿qué tenía de malo que quisiera ser tratada únicamente como un objeto sexual durante una semana? ¿O que quisiera probar posturas que hasta entonces nunca había probado? ¿O explorar su sexualidad más allá de sus propios limites?

Una exploración que quería que hiciera a su lado. La sonrisa de Aiden se tomó irónica. Era sorprendente la facilidad con la que se cambiaba de opinión sobre las actividades sexuales de una mujer cuando se estaba hablando de la mujer a la que se amaba.

Sujetándola con un brazo, le quitó la toalla y la dejó completamente desnuda sobre la cama.

Zoe se acurrucó inmediatamente, colocándose en posición fetal. Aiden se deleitó mirando su redondeado trasero durante algunos segundos, antes de suspirar y de taparla.

-Aiden -musitó Zoe.

Aiden se inclinó y le dio un beso en la frente.

-¿Qué, cariño?

-¿No vas a acostarte conmigo? -le preguntó en tono soñador.

-Dentro de un rato.

-Oh... muy bien. Buenas noches.

Aiden no quiso decirle que todavía no era de noche.

-Buenas noches. Que duermas bien.

Zoe no lo oyó. Para entonces estaba ya profundamente dormida.

17

Zoe se despertó al sentir que alguien se deslizaba en la cama, a su lado. Automáticamente, se volvió hacia la pared, justo antes de que su memoria se pusiera en funcionamiento, haciéndole abrir los ojos en la oscuridad de la habitación. Era de noche y la luz de la luna se filtraba por la ventana.

-¿Eres tú, Aiden?

-¿Quién si no? -contestó él, rodeándole la cintura con los brazos y estrechándola contra él-. ¿Has descansado? -musitó, mordisqueándole el hombro.

-¿Qué... qué hora es?

-Cerca de las nueve. ¿Por qué? ¿Importa?

-No, supongo que no.

Zoe se estremeció al sentir sus labios sobre su oreja derecha. Cuando hundió la lengua en ella y comenzó a acariciarla, Zoe se tensó. Al estirarse, descubrió que Aiden estaba tan desnudo como ella.

Aiden comenzó entonces a acariciar la parte delantera de su cuerpo, jugando con sus senos, con su vientre, y descendiendo hacia su sexo. A pesar de su propia insistencia en que aquella semana estuviera centrada únicamente en el sexo, la mente de Zoe inicialmente se negaba a ser utilizada de esa forma. A su cuerpo, sin embargo, no parecía importarle en absoluto y, en cuestión de segundos, estaba jadeando y moviendo el trasero contra su erección.

-Eres muy impaciente, ¿verdad? -susurró Aiden-. Menos mal que me he dejado preservativos cerca de la cama.

Zoe gimió suavemente cuando Aiden se hundió en ella por detrás. .

No la sorprendió aquella postura. Y tampoco el placer que le produjo. Habían hecho el amor de aquella forma la primera noche que habían estado juntos y a Zoe le había encantado.

-Te gusta, ¿verdad? -le preguntó Aiden mientras se mecía delicadamente contra ella y le acariciaba los pezones.

-Sí -jadeó.

Era fantástico, de hecho. Demasiado fantástico. Estaba a punto de llegar al orgasmo, pero no quería alcanzarlo tan pronto. Quería seguir, y seguir y...

Aiden salió de su interior y Zoe gimió frustrada.

-Paciencia, mi amor. Hablemos un poco. No tiene por qué ser de nada profundo, o especialmente importante. Sólo necesito un respiro y tú también. Intenta relajarte.

¡Relajarse! ¿Es que se había vuelto loco? ¿Cómo iba a relajarse cuando estaba gritando por dentro y cuándo él continuaba acariciándola de aquella manera, haciéndole sentir su erección contra su trasero?

-¿Qué libros te gusta leer? -le preguntó.

-¿Qué? Oh... cualquier cosa que no me aburra.

-Entonces te gustarán las novelas de suspense.

-¿De suspense? Bueno... algunas. Depende del autor.

-¿Y cuál es tu autor preferido? -Ahora no puedo pensar.

-Inténtalo.

-Eh... Stephen King, supongo.

-Increíble. A mí me encanta. Hace sólo un año que he descubierto el placer de leer y el mérito se lo debo a él. ¿Has leído La *Milla Verde?*

-Sí.

-Es increíble, ¿verdad?

-Sí, pero hay otros que me gustan más...

Más tarde, Zoe se preguntaría cómo era posible que se hubieran puesto a hablar de libros de Stephen King y se hubieran olvidado del sexo... Hasta que Aiden volvió a recordárselo colocándole la pierna derecha sobre su cadera y deslizándose de nuevo en su interior.

-Creo que podríamos intentarlo de una forma un poco diferente -dijo y se tumbó de espaldas.

Como Aiden la estaba abrazando por la cintura, Zoe lo acompañó en aquel movimiento, de modo que quedó colocada sobre él.

Aiden apartó los brazos de su cintura para hacerle estirar los brazos y las piernas a ambos lados de su cuerpo. Zoe se sentía como si fuera una virgen que estuviera siendo sacrificada sobre el altar de su cuerpo desnudo. Aunque no podía decirse que fuera una virgen en ningún sentido de la palabra. Jamás se había sentido tan decadente. Ni tan excitada.

-Dime en qué estás pensando -le pidió Aiden mientras deslizaba las manos a ambos lados de su cuerpo.

-No... No puedo.

-Sí, claro que puedes, Puedes decirme cualquier cosa.

-¡Pero si ni siquiera puedo pensar!

Aiden soltó entonces una carcajada, le tomó la mano derecha y la trasladó hacia el punto más sensible de su propio cuerpo, en aquel momento expuesto al cálido aire de la noche.

-Acarícíate -susurró.

Su mente volvía a negarse, pero su cuerpo estaba deseando hacerlo.

-No te precipites -le aconsejó suavemente-. Sé delicada, sedúcete a ti misma. Descubre aquello que te produce más placer sin tener que llegar hasta al orgasmo.

Zoe no era capaz de creer lo que estaba haciendo. Acariciarse mientras él la observaba y le daba instrucciones. Pero una vez superada la timidez, descubrió que era increíblemente

excitante. Muy pronto, estaba contorsionándose sobre él y a punto de llegar al clímax.

Cuando Aiden la agarró bruscamente por las caderas para separarla ligeramente de él, Zoe lo maldijo frustrada.

-Tranquila, tranquila -la sosegó Aiden, tumbándola en la cama y cerniéndose sobre ella-. ¿Qué diría tu padre si te oyera hablar así?

-Probablemente estaría de acuerdo conmigo si supiera lo que me estás haciendo -gruñó-. El cree que eres un buen tipo. Auténtico y sincero. No sabe que eres un sádico.

Aiden la miró con una sonrisa.

-Prefiero que me veas como tu educador en erotismo, y no como si fuera el Marqués de Sade. Te estoy enseñando a esperar. Ya verás como al final merece la pena. Confía en mí. Además, estoy dándole a mi propio cuerpo un descanso. Hace un segundo, he estado a punto de venirme abajo. Es obvio que he perdido la práctica. Estos seis meses de celibato están teniendo sus consecuencias. Afortunadamente, con un poco de paciencia y ayuda, pronto estaré completamente en forma.

-¿De verdad esperas que me crea que has estado seis meses sin acostarte con nadie?

-¿Y de verdad esperas que me crea que soy el primer hombre con el que haces ciertas cosas?

Zoe abrió la boca para protestar, pero inmediatamente la cerró.

-Piensa en ello, Zoe. Las cosas no siempre son lo que parecen. Además, ¿qué motivos podría tener para mentirte?

-No tengo ni idea -contestó ella-. Pero tampoco quiero saberlo. Siento haberte hecho esa pregunta.

-No tienes por qué, por lo menos ha servido de algo. Has dejado de maldecirme. ¿Tienes hambre? De comida quiero decir.

Al oírselo mencionar, comprendió que estaba hambrienta. Al parecer había recuperado el apetito. Y la necesidad de alcanzar un orgasmo parecía haberse suavizado.

-¿Quiere eso decir que vas a dejar de torturarme?

-Al menos durante un rato.

-¿Y qué vas a preparar de comer?

-Veamos... Tengo una amplia selección de comidas congeladas en el refrigerador, además de un microondas. Pero también haré una tortilla. Y tengo un vino excelente enfriándose en la nevera. La otra noche te vi tomar Chardonnay, así que he comprado un par de botellas.

-Ya sabes que no necesitas emborracharme. Soy una víctima segura sin necesidad de alcohol.

-Lo sé -contestó él con una sonrisa.

Zoe no pudo evitarlo. Le devolvió la sonrisa.

-Lo de la tortilla me parece una idea excelente. Y también lo del vino.

-Fantástico -se levantó y le tendió la mano.

Zoe se quedó mirándolo fijamente.

-No pensarás pasearte así por la casa, ¿verdad?

Aiden miró hacia abajo y alzó después la mirada.

-¿Te molesta el preservativo?

-No, pero sí lo que está dentro -contestó secamente. Aiden continuaba fieramente erecto.

Aiden se encogió de hombros.

-Por lo menos de esta forma estoy preparado y listo por si nos dejamos llevar por el calor del momento. Aunque quizá tengas razón. Podría ser peligroso cocinar desnudo. Iré al baño y me pondré los pantalones cortos. Pero sí tú crees que vas a ponerte la ropa que has traído, ya puedes ir olvidándote.

Se acercó a la cómoda, abrió el cajón y le tiró una camiseta amarilla.

-Póntela. Será tu uniforme mientras estés aquí.

Zoe reprimió una carcajada.

-Sí, sargento. Como usted mande, sargento.

Poco podía imaginar Aiden que una camiseta ya era demasiada ropa para la indumentaria que ella había imaginado. Pero cuando se la puso, Zoe pudo darse cuenta de lo sorprendentemente provocativa que podía resultar aquella prenda sin ropa interior. Los pezones se erguían permanentemente contra la tela de aquella camiseta que apenas cubría su trasero desnudo.

La hora siguiente resultó para Zoe increíblemente divertida. Aiden resultó ser un excelente cocinero y un entretenido acompañante. El vino era excelente, y también el ambiente del porche, en el que comieron tortilla y bollos de pan recién salidos del horno. Cenaron sentados en los escalones del porche, con los platos en el regazo y las copas de vino a cada lado.

El aire de la noche era como un manto de terciopelo. Las estrellas brillaban en el cielo y la media luna ofrecía una estampa romántica. Todo era paz y tranquilidad en Hideaway Beach.

Zoe tragó el último bocado y se chupó los dedos con un voluptuoso suspiro.

-Esto es maravilloso, Aiden. Muchas gracias.

-De nada. Eh, déjame a mí hacer eso.

Y antes de que pudiera detenerlo, le tomó la mano derecha y lamió cada uno de sus dedos con una lenta y sensual succión que trasladó a Zoe inmediatamente a las sensaciones que había vivido una hora antes.

-¿A todas las mujeres con las que cenas les proporcionas esta clase de servicio? -le preguntó, en un intento de permanecer fría.

-Nada de conversaciones serias. Lo que he hecho o he dejado de hacer con las mujeres con las que he salido está en la lista de temas de los que no se puede hablar.

-Pero tú me has preguntado antes sobre mis escritores favoritos y no he protestado. Y la última hora la hemos pasado hablando de comida y de vinos.

-Bueno, de algo tendremos que hablar de vez en cuando, ¿no te parece? Y hablar de literatura, o de gustos gastronómicos no es lo mismo que revelar detalles sobre relaciones anteriores. Sólo sexo, dijiste, y eso es lo que vamos a tener. Ahora, baja el plato y vamos al salón. Tengo ganas de escuchar música. Y llévate la copa. Las clase de educación sexual está a punto de continuar.

18

Aiden permanecía tumbado en la cama, con las manos y los pies atados a los cuatro postes con varias piezas de ropa interior de Zoe.

Todavía le costaba creer que se hubiera mostrado de acuerdo en participar en aquel juego. Pero él era el único culpable. ¡Había creado un monstruo!

-¿Te diviertes? -le preguntó Zoe, mientras caminaba seductoramente por la habitación.

Parecía muy satisfecha consigo misma. ¿Y por qué no iba a estarlo? Ella había tenido dos orgasmos y él todavía ninguno.

En ese momento se arrepentía de haberle enseñado cómo detener sus orgasmos con un simple apretón en el lugar indicado. No había sido consciente de lo cruelmente que podía llegar a utilizar Zoe aquel descubrimiento en cuanto tuviera oportunidad.

La conducta de Zoe durante aquella mañana le había hecho descartar la posibilidad de que pudiera estar enamorándose de él. Durante los últimos tres días, él había comenzado a albergar estúpidamente la esperanza de que lo que sentía por él fuera algo más que simple deseo.

Y cuando le había confesado aquella mañana que fantaseaba imaginándose que la ataba a su cama, se había emocionado de verdad. Sólo una mujer seriamente enamorada dejaría que un hombre la atara a la cama... Pero justo en aquel momento, Zoe le había confesado que no confiaba tanto en él como para eso, pero que también la atraía la idea de atarlo a él, si no le importaba.

Naturalmente, para entonces a él ya no le importaba nada. Estaba tan excitado que habría aceptado caminar sobre ascuas.

Así que allí estaba. Indefenso como un cordero en el matadero. Convertido en la víctima perfecta para el insaciable apetito de Zoe.

Ella no estaba enamorada de él en absoluto. Por fin lo había aceptado. ¡Se había convertido en una maniaca sexual!

Aiden cerró los ojos y gimió cuando Zoe trepó a la cama y se sentó a horcajadas sobre él.

-Pobre Aiden -musitó-. Pero hay que aprender a esperar -dijo sonriendo e inclinándose para besarlo con lascivia. Su lengua era una tentación peor que la serpiente en el jardín del Edén.

Aiden gimió cuando Zoe se detuvo.

-Pídeme clemencia -susurró Zoe contra sus labios.

-¡Jamás!

-Entonces no puedo soltarte.

Se levantó de la cama y abandonó la habitación. Aiden habría gritado, habría sacudido la cama si su orgullo se lo hubiera permitido. Pero eso era lo que ella pretendía. Quería que se pusiera frenético, quería que le suplicara.

¡Y él no lo haría bajo ningún concepto!

Zoe no regresó hasta veinte minutos después. Para entonces, el tiempo había apaciguado algunas cosas. Pero cuando Aiden vio la bandeja de cubitos de hielo que la joven llevaba, todos sus sentidos volvieron a ponerse alerta.

-No -gimió sin poder evitarlo.

-¿No qué? -preguntó Zoe, con burlona inocencia-. No sabes lo que voy a hacer.

Sí, lo sabía porque él lo había hecho el día anterior. Había colocado los cubitos de hielo en sus pezones y en otros rincones de su cuerpo.

Zoe sonrió, se llevó un cubito a la boca y se sentó en la cama.

Aiden apretó los dientes, intentando no gritar. Pero las sensaciones estaban a punto de dominarlo.

Una felación con hielo... Aquella iba ser su primera experiencia. Después de la sorpresa inicial, el hielo bajó su erección, pero esa situación no duró mucho. Al cabo de un rato, el cubito se derritió y Zoe continuó haciendo lo que estaba haciendo y acercándolo poco a poco hasta el clímax. Aiden comenzó a alzar las caderas de la cama, dejando que su cuerpo y su mente se dirigieran hacia la recta final...

Pero Zoe volvió a abandonarlo otra vez. Cuando se incorporó para tomar dos cubitos más de la bandeja, Aiden necesitó toda su fuerza de voluntad para no suplicarle que lo soltara.

-No te preocupes -le dijo Zoe, con un brillo travieso en la mirada-. No te haré daño -y comenzó a frotarle los pezones con el hielo.

Aiden se retorcía. Abría la boca en un jadeo e intentaba deshacerse de sus ataduras mientras maldecía.

-¿No te gusta? Pero sí te encantaba cuando me lo hacías a mí. Yo pensaba que era maravilloso.

-No puedo soportarlo -gritó, aterrado ante la posibilidad de que, si aquello continuaba, terminara haciendo algo peor que suplicarle.

-Bueno, sólo tienes que decirme cuándo quieres que me detenga -le dijo, pareciendo insegura por primera vez en el día-. No se me ocurriría hacerte nada que no pensara que te gusta. ¿Quieres que te desate también?

¿Quería?

-No -tuvo que admitir-. No, todavía no. Pero por favor, olvídate de todas esas tonterías y haz el amor conmigo.

¿Hacer el amor con él?

Zoe se quedó desconcertada. Aiden no había utilizado aquella expresión en toda la semana.

Un calor traicionero se arremolinó en su estómago, hasta que se recordó que aquella sólo era una forma de hablar, especialmente en boca de un hombre. ¿Habría algún hombre que supiera de verdad lo que significaba hacer el amor? ¿O lo que significaba amar? ¿Lo sabía ella acaso?

Ella había pensado que amaba a Greg. Y también a Drake. Pero en ambas ocasiones, aquel sentimiento había sido una ilusión, y ninguno de ellos le había hecho sentir lo que Aiden podía hacerle sentir. Le bastaba que la mirara para desearlo. Le bastaba tocarla para que se muriera de ganas de acariciarlo a él. Sería muy fácil confundir aquellos sentimientos con el amor.

Pero no lo eran. Aquella era la lección que había aprendido aquella semana. Sólo era sexo. Lo que habían estado haciendo durante los últimos tres días había sido solamente sexo. Y lo que estaba a punto de hacer con él sólo era sexo.

¿Pero qué diablos? Si él quería llamarlo «hacer el amor», ella no iba a protestar. Podría llamarlo como quisiera. Ella no iba a ponerse quisquillosa por una sola frase.

-Será un placer -musitó y tomó uno de los preservativos de la mesilla de noche.

Se lo colocó a Aiden en cuestión de segundos, una tarea en la que había llegado a convertirse en toda una experta.

La erección de Aiden era enorme. Por lo menos la deseaba, de eso sí que podía estar Zoe segura.

-Quítate la camiseta -le pidió Aiden con voz ronca cuando Zoe volvió a colocarse a horcajadas sobre él-. Quiero verte desnuda.

Zoe no debería acceder a sus deseos. Debería haber sonreído y haberle dicho que en

aquella postura era ella la que daba las órdenes. Era ella la que llevaba el látigo.

Pero había algo en su voz y en sus ojos que no pudo resistir. Así que cruzó los brazos sobre la camiseta y comenzó a levantársela lentamente. Una vez desnuda, permaneció de rodillas, mirándolo a los ojos mientras deslizaba las manos sobre sus propios seno

-Dios mío, no hagas eso. Zoe, por compasión... No lo hagas hasta que no esté dentro de ti.

Zoe no se compadecía en absoluto de él. Pero aun así hizo lo que él quería.

Aiden suspiró con placer y cerró los ojos. Justo a tiempo. Porque mientras Zoe se fundía con él, esta sintió algo perturbador. Una inmensa oleada de emoción sacudió su pecho y los ojos se le llenaron de lágrimas.

Aquella frase estúpida, pensó desesperada. ¡La culpa era de aquella estúpida frase!

Enfadada, comenzó a moverse sobre él tal cómo Aiden le había enseñado, intentando concentrarse únicamente en el sexo. Físicamente, fue mejor que nunca, gracias a lo excitado que estaba Aiden. Pero emocionalmente, se sentía angustiada, vacía. De pronto, ya no quería que Aiden estuviera, atado, ni tampoco le apetecía estar encima. Quería que estuvieran abrazados, quería ternura, cariño. Quería sentir todo su cuerpo a su alrededor, dándole calor y seguridad.

En resumen, quería que Aiden *hiciera el amor* con ella.

Zoe gimió desconcertada ante aquel descubrimiento. Se había enamorado de aquel hombre. En contra del sentido común, en contra de todas sus resoluciones. Amarlo era completamente irracional pero era también un sentimiento real. Dolorosa y sorprendentemente real.

-¿Zoe? -preguntó Aiden sorprendido-. ¿Por qué te paras, cariño?

Zoe deseó que no la hubiera llamado cariño. Fue como si le acabara de hundir un puñal en el corazón. Pero consiguió recuperar el control. Y el sentido común.

-Sólo te estaba dando un descanso.

-Ahora no necesito descansar. Ahora te necesito a ti.

-Bueno, pero la semana que viene tendrás que encontrar a otra persona.

Aiden la miró fijamente y Zoe supo de repente que no iba a dejar que se marchara tan fácilmente. Al parecer, para él había sido algo más que una aventura. Había sido una esclava del amor, siempre lista y dispuesta a satisfacerlo.

Su estúpido corazón latió salvajemente antes de comenzar a moverse otra vez. Por lo menos Aiden no sabía que lo amaba, se recordó a sí misma.

Tenía que ser fuerte. Firme, asertiva. Y no había mejor momento que aquel para demostrarle que lo era.

-No parezcas tan sorprendido -le dijo, al tiempo que recuperaba el ritmo anterior-. A un hombre como tú no le costará mucho encontrar una sustituta.

-¿Y si no quiero encontrar una sustituta?

-No siempre se puede tener lo que se quiere, Aiden -replicó, continuando con su ritmo despiadado-. Esa es una de las lecciones que me ha enseñado la vida. Me extraña que tú no lo hayas hecho. El dinero no lo compra todo, ¿sabes?

-Lo sé, pero... Oh... Oh... -gimió e hizo una mueca.

-Deja de hablar, cariño -le aconsejó ella secamente-. Ambos sabemos que los hombres, al contrario que las mujeres, no son capaces de hacer dos cosas a la vez. Cierra los ojos y disfruta.

Aiden cerró los ojos y se vació dentro de ella. También Zoe alcanzó entonces el orgasmo.

Pero jamás había odiado tanto alcanzar el clímax.

19

-Me voy a hacer surfing -dijo Aiden y esperó a que Zoe dijera algo.

Zoe estaba tumbada boca abajo en la cama, con los brazos bajo la almohada y el rostro vuelto hacia la pared.

-Muy bien -contestó sin moverse un sólo milímetro-. Que te diviertas.

Aiden la miró de reojo, dio media vuelta y se marchó, preguntándose qué demonios había visto en ella.

De acuerdo. Había sido completamente sincera con él cuando la había conocido, pero ya no lo estaba siendo. Se había convertido en una mujer dura, cínica, completamente loca por el sexo.

-«No siempre se puede tener lo que se quiere» -se burló cuando llegó al porche.

Un fuerte golpe de viento sacó a Aiden de su enfurruñamiento. Aquel había sido un día muy caluroso, pero por el aspecto de las nubes, parecía que el tiempo iba a cambiar.

Hideaway Beach no era un buen lugar para hacer surf en aquellas condiciones. Las olas eran altísimas y la marea podía llegar a ser peligrosa,

Pero él iba a hacer surfing pasara lo que pasara. Conduciría hasta Fisherman's Beach, que era una playa mucho más abierta. Allí las olas no serían más peligrosas.

Mejor aún, caminaría hasta allí. Era un largo camino, pero no le importaba. Necesitaba alejarse de Zoe durante un par de horas.

Consideró por un momento la posibilidad de avisar a Zoe, pero le pareció patético.

Zoe todavía continuaría allí cuando volviera. ¿Pero si no lo estaba?

Aiden decidió que quizá eso fuera lo mejor.

Zoe continuó tumbada en la cama después de que Aiden se marchara.

¿Cómo podía haber sito tan estúpida como para enamorarse de él? Mel se iba a llevar una gran desilusión cuando se enterara.

Al pensar en Mel, se acordó de que no había escuchado los mensajes del teléfono móvil desde que había llegado. Comprensible, teniendo en cuenta lo ocupada que había estado. Esperaba que no hubiera habido nadie intentando ponerse en contacto urgentemente con ella.

Zoe suspiró, se sentó en la cama, se puso la camiseta y fue a buscar el bolso, que encontró colgado de una de las sillas de la cocina.

Hizo una mueca al ver los mensajes. Betty había intentado ponerse en contacto con ella el día anterior. Y también Fran. Ambas le pedían que les de

volviera la llamada. Pero Fran añadía que lo hiciera lo antes posible.

Zoe marcó inmediatamente el número de la firma de abogados.

-Phillps & Cox -contestó June.

-Ponme con Fran Phillips, por favor -dijo Zoe, utilizando una voz fría e impersonal, con la esperanza de que June no la reconociera.

Afortunadamente, la recepcionista la pasó directamente con Fran.

-Soy Zoe, Fran. Acabo de oír tu mensaje.

-Zoe, cuánto me alegro de que me hayas llamado. Siento haberte molestado durante las vacaciones.

-¿Ha pasado algo en el trabajo?

-No, en absoluto. Aunque me está resultando más difícil de lo que pensaba prescindir de ti. Pero te llamo porque creo que deberías saber lo que está ocurriendo a tus espaldas.

-Ah, has visto a Drake y a Tracy juntos. Es rubia y con los senos muy grandes.

-¿La conoces?

-Los atrapé a Drake y a ella en flagrante delito el sábado por la noche en su fiesta. Fran, sé perfectamente lo que ha estado pasando a mis espaldas. Y me atrevo a decir que durante bastante tiempo.

-Sabía que había tenido que pasar algo más que lo del tobillo de tu padre para que me pidieras unos días de vacaciones. Pero no he sido consciente de lo que era hasta que he visto a Drake con Tracy en la piscina. Él estaba completamente borracho. Me asombró verlo en ese estado y se lo dije. No puedo ni decirte lo que me contestó, habiendo además muchísima gente delante. Si continúa comportándose así, terminará arruinando su vida social y profesional.

-Mejor -contestó Zoe.

Pero no lo sentía. En realidad, le parecía muy triste. Zoe tenía la sensación de que Drake, a su manera, la quería. Pero era adicto a cierto tipo de sexo, a una clase de sexo de la que pensaba no podía disfrutar con ella.

-¿Estás segura de que estás bien? -insistió Fran.

-Estoy bien, sí.

-Pero ya no estás en la granja de tu padre.

-No... ¿Por qué?

-Bueno, esto también es un poco embarazoso... La cuestión es que me quedé tan impactada por lo que había ocurrido con Drake que no pude evitar comentarlo. Estaba contándoselo a Nigel y lamentándome por lo destrozada que debías de estar cuando él comenzó a sonreír de una forma misteriosa. Cuando le pregunté que por qué sonreía, me dijo que no debía preocuparme demasiado por ti, que habías conocido a alguien mejor que Drake y que estaba seguro de que la semana que viene volverías con las mejillas sonrosadas y los ojos brillantes. En cuanto lo presioné para que me diera el nombre de ese caballero andante y me dijo que era Alden Mitchell, estuve a punto de desmayarme.

-¿No crees que Aiden sea un caballero andante? -preguntó Zoe con pesar.

-¡Entonces verdad! Hay algo entre tú y Aiden Mitchell.

-Bueno, lo único que hay es una aventura, *nada* serio -aunque le estuviera destrozando el corazón.

-¿Estás segura? Nigel parece pensar que Aiden va muy en serio contigo.

-Nigel es un romántico.

-¿Y tú no?

-No, ya no.

-Oh, es una pena.

-¿Por qué dices que es una pena? Yo creía que pensabas que era una tontería ser tan romántica.

-Supongo que lo pensaba en lo que se refería a Drake. Pero Aiden Mitchell... Con él merece la pena ser un poco romántica. Es un hombre increíblemente sexy. Y no es tan insensible como decían los periódicos.

-¿Qué quieres decir exactamente?

-Mira, tengo que admitir que no conozco prácticamente a Aiden, es cliente de Nigel, pero reconozco a una mentirosa en cuanto me cruzo con ella y la mujer que lo denunció intentó contratarme como abogada. Era una mentirosa de primera. Y Aiden, desgraciadamente, es excesivamente honesto. Se negó a mentir, a negar que se había acostado con ella. En cuanto se lo preguntaron, contestó afirmativamente. Y cometió la tontería de explicar que sólo se había acostado con ella una vez. Por supuesto, en el tribunal nadie lo creyó, salvo Nigel, claro.

-¿Nigel creía que estaba diciendo la verdad?

-Sí, y ya sabes que Nigel es tremendamente bueno juzgando a las personas. Excepto cuando se trata de homosexuales atractivos. Cosa que Aiden no es.

-No, desde luego que no.

-Me lo imaginaba. Pero no voy a preguntarte cómo se porta en la cama. No quiero ponerme celosa. En cualquier caso, me alegro de ver que no estás destrozada por lo que te ha hecho Drake. En fin, disfruta de tu aventura. Y ahora dime, ¿estarás aquí el próximo lunes?

-Cuenta con ello.

-Adiós, Zoe. Cuídate.

Zoe colgó el teléfono sacudiendo la cabeza y frunciendo el ceño. Debería haber sabido que Fran terminaría enterándose de su aventura.

Zoe no sabía qué hacer con la revelación que Fran le había hecho sobre el carácter de Aiden. Teniendo en cuenta el cinismo de su jefa sobre el sexo masculino, su opinión tenía un valor especial. Aiden debía haber sido la parte perjudicada en aquel juicio, y eso explicaría por qué no había querido decirle quién era cuando se habían conocido.

A Zoe se le encogió el corazón al pensar que quizá Aiden pretendiera tener una relación seria con ella. Al principio eso era cierto, desde luego. Pero tampoco terminaba de comprender qué podía ser para Aiden una relación seria.

En cuanto ella había insistido en que su relación se mantuviera a un nivel estrictamente sexual él rápidamente lo había aceptado. Y durante aquellos caías, no había intentado cambiar el carácter de su relación. De hecho, cada vez que Zoe le había hecho alguna pregunta personal, la había rechazado rápidamente para volver a concentrarse en el sexo.

De acuerdo, quizá Aiden no fuera tan mentiroso como Drake. Y quizá sintiera por ella algo más que atracción. Pero aun así, continuaba siendo un hombre que huía del matrimonio.

No. Definitivamente, no podía concederle mucha credibilidad a las supuestas intenciones serias que Nigel le atribuía a Aiden. Además, tampoco quería seguir lamentándose por haberse enamorado del hombre equivocado.

Antes de empezar, sabía perfectamente en lo que se estaba metiendo. De modo que no podía culpar a nadie, salvo a sí misma, de lo que había pasado.

Llamó a Betty y esta contestó casi inmediatamente.

-Betty, soy Zoe. Siento no haber llamado antes. Tenía el teléfono desconectado. ¿Qué ha pasado? ¿Cómo está mi padre?

-Tu padre está perfectamente -contestó Betty alegremente-. Pero no te vas a creer lo que

tengo que decirte.

-¿Ha vendido la granja?

-¿Qué? Ah, eso también, sí está dispuesto a venderla. Pero no te he llamado por eso.

-¿Entonces qué otra cosa ha hecho mi padre? -ella imaginaba que por fin le había confesado a Betty que la amaba.

-Bueno, el lunes me hizo llevarle a Moss Vale con muletas y todo para cortarse el pelo. Y después me llevó a una tienda y me pidió que lo ayudara a comprarse ropa. Y después... ¡no te lo vas a creer! Después me pidió que me casara con él.

-*¿Qué?* -Zoe estaba sinceramente sorprendida. Pensaba que su padre esperaría un poco antes de proponerle matrimonio-. ¿Y tú qué le has dicho?

-He dicho que sí, por supuesto. Llevo años enamorada de tu padre.

-¿De verdad?

-No te sorprendas tanto, pequeña. Tu padre está muy bien para su edad. Cuando me dijo que se había enamorado de mí hacía años, estuve a punto de desmayarme.

-Ahora eres tú la que no debería sorprenderse tanto. Eres una mujer muy atractiva, para cualquier edad.

-Oh, venga. Soy demasiado alta, y demasiado delgada. Y tengo un color de pelo terrible.

-Pues tendrás que saber que mi padre te considera una mujer tan atractiva y tan especial que no se atrevía a pedirte que te casaras con él. Estaba seguro de que le dirías que no.

-¿Eso te lo ha dicho él?

-Desde luego.

-Oh... -por primera vez en su vida, Betty se quedó sin habla.

-Es la mejor noticia que he recibido en mi vida -dijo Zoe-. Me alegro mucho por los dos. Dile a mi padre que estoy orgullosa de él.

-Díselo tú misma. ¿Bill? -lo llamó-. Hill, es Zoe. Quiere hablar contigo.

-Zoe.

-Hola, papá.

-Lo he hecho.

-Desde luego y estoy orgullosa de ti.

-Yo también estoy orgulloso de mí mismo. Pensaba esperar hasta que adelgazara, pero decidí no hacerlo. La vida es demasiado corta. De todas formas, ya he comenzado a vigilar mi dieta y en cuanto me quiten la escayola, empezaré a hacer ejercicio. Hasta entonces, me dedicaré a preparar la venta de la granja y la boda.

-¿Y cuándo crees que será la boda?

-En cuanto pueda arreglarlo todo. Betty nunca ha estado casada y he pensado que le gustaría que celebráramos una bonita ceremonia en la iglesia. ¿A ti que te parece?

-Creo que será maravilloso -de pronto, a Zoe se le llenaron los ojos de lágrimas. Sabía que no habría ninguna boda posible entre ella y el hombre al que amaba.

-¿Se lo dirás a Aiden? -le pidió su padre.

-¿Decirle qué?

-¿Acaso me equívoco? Pensaba que ibas a pasar unos días con Aiden. Me lo dijo él.

El enfado sustituyó inmediatamente a las lágrimas.

-¿Que te lo dijo él? Pues no tenía ningún derecho a hacerlo.

-¿Por qué no? Cualquiera se habría dado cuenta de que estáis locos el uno por el otro. Zoe, sé que Aiden y tú sois algo más que buenos amigos. Y quiero que sepas que apruebo de corazón vuestra relación.

-¿Apruebas que me acueste con Aiden? -le espetó Zoe, sorprendida. En Navidad, no le había hecho ninguna gracia que compartiera su dormitorio con Drake.

-No. Apruebo que estéis enamorados. Aiden es un hombre de verdad, no dejes que se aleje de tu lado.

-¿Y si él quiere alejarse?

-¿Aiden? ¿Alejarse de ti? ¿Por qué iba a hacer una cosa así? ¡Pero si te adora!

-¿Eso te lo ha dicho él?

-Por supuesto que no. Pero es muy fácil adivinarlo.

A Zoe se le cayó el corazón a los pies. Era absurdo alimentar esperanzas a partir de las afirmaciones de su padre. Su padre no era ningún experto en asuntos del corazón. Prácticamente había estado viviendo con Betty durante todos esos años y no había sido capaz de deducir cuáles eran sus verdaderos sentimientos.

-Lo que tú digas, papá.

-¿No me crees? -parecía verdaderamente sorprendido.

-Digamos que me lo creeré cuando me proponga matrimonio.

-¿Proponerte matrimonio? ¡Pero si os acabáis de conocer!

-Y tú acabas de decirme que me ama.

-Los hombres no proponen matrimonio tan rápidamente. Por una razón, tienen miedo a ser rechazados. Si tú todavía no le has dicho que lo amas, seguramente estará preocupado pensando que es muy posible que no lo quieras.

-Y no lo quiero.

-Claro que lo quieres, hija mía.

Zoe suspiró.

-De acuerdo, lo quiero. Pero no quiero quererlo.

-¿Y por qué no?

-Porque aun en el caso de que él me quisiera, cosa que dudo, Aiden no para de decir que él no es un hombre hecho para el matrimonio.

-Eso lo decía porque todavía no te conocía de verdad.

-¿Podemos dejar ya ese tema, papá?

-Pero prométeme que le dirás que lo quieres.

-No pues hacer eso papá.

-Querrás decir que no quieres.

-De acuerdo, no quiero.

-Tú me has hecho confesarle a Betty que la quiero y tenías razón. Me dijiste que la vida era demasiado corta para no hacerlo, y también en eso tenías razón. Ahora deberías seguir tu propio consejo y decirle que lo quieres. Que un hombre te haya hecho daño no significa que

también te lo vaya a hacer él. Yo he perdido cerca de diez años de mi vida pensando que no podría hacer feliz a ninguna mujer porque no había hecho feliz a tu madre.

-Oh, papá. Mamá, a su manera, también fue feliz.

-No, no lo fue. Pero con los años me he dado cuenta de que no era la mujer adecuada para mí. No sólo fue culpa mía.

Zoe asintió. Su padre estaba en lo cierto. Su madre era una mujer incapaz de soportar la solitaria vida de la esposa de un granjero.

-Dale a Aiden una oportunidad. No dejes que las experiencias del pasado te impidan ver el presente. Prométeme eso al menos.

-De acuerdo, te lo prometo. Y. . papá...

-¿Sí?

-Me ha gustado hablar contigo. Ahora, cuídate.

Colgó el teléfono, pensando en la promesa que su padre acababa de sacarle. A lo mejor estaba dejando que el pasado le impidiera ver el presente. Quizá no le había dado una verdadera oportunidad a Aiden.

De acuerdo, sabía que podría salir herida si tomaba esa oportunidad y le decía que lo amaba. ¿Pero no merecía la pena correr el riesgo, aunque sólo hubiera una remota posibilidad de que Aiden la quisiera?

El retumbar de un trueno interrumpió sus pensamientos. Zoe frunció el ceño, corrió hacia el porche y se quedó de piedra al ver lo rápidamente que había. cambiado el tiempo. Unas nubes negras ocultaban el sol y olas de gran altura se estrellaban furiosas contra la playa.

Escrutó el mar con la mirada, pero no vio a Aiden por ninguna parte. Tanto la playa como el mar, estaban completamente vacíos.

Comenzó a llover. Zoe caminó hasta el borde del porche y miró a su alrededor. La furgoneta amarilla continuaba aparcada a un lado de la casa, lo que significaba que Aiden estaba haciendo surf en Hideaway Beach.

Fue entonces cuando vio la tabla con la vela todavía apoyada contra los escalones del porche.

El miedo le contrajo el estómago. Aiden debía de haber salido con una simple tabla.

Oh, Dios santo...

Zoe se aferró a la barandilla del porche con todas sus fuerzas y miró frenética en el mar. Pero no vio a nadie nadando, y tampoco se veía ninguna tabla de surf.

De pronto, las olas no sólo le parecieron enormes, sino también letales. Zoe recordó la traicionera corriente que la había arrastrado hasta las rocas la otra noche. Miró hacia aquella rocas, y se sorprendió al ver a un par de pescadores. Debían de estar locos, decidió. Pero quizá ellos pudieran decirle si habían visto aAiden.

Corrió al interior de la casa, se puso unos vaqueros y salió corriendo, sin preocuparse por la lluvia. La arena le permitía correr a toda velocidad, pero después de avanzar algunos pasos sobre las rocas, se vio obligada a detenerse.

-¡Eh! -les gritó a los pescadores, cuando ya no se atrevió a continuar caminando-. ¿Han visto a alguien nadando con una tabla de surf esta tarde?

-¿Qué? -gritó uno de ellos.

El otro ni siquiera volvió la cabeza. Seguramente el viento y las olas les impedían oírla.

Zoe repitió la pregunta. El pescador negó con la cabeza y a Zoe se le hundió el corazón.

Dudaba que lo hubieran visto aunque se hubiera bañado allí. Estaban demasiado concentrados en lo que hacían.

Durante la siguiente media hora, estuvo caminando al borde del agua, empapándose hasta las huesos, pero sintiéndose incapaz de volver a la *casa.* Si hubiera habido alguien a quien pedir ayuda, lo habría hecho, pero Hideaway Beach estaba desierto. No había un sólo coche en el aparcamiento.

Al final, presa de la desesperación, comenzó a llamar a las puertas de las pocas casas.

Nadie contestó.

Zoe intentó aferrarse a la esperanza de que Aiden hubiera ido a dar un paseo, pero en ese caso, seguramente habría vuelto a casa en cuanto había empezado a llover. Y llevaba ya un buen rato lloviendo. Zoe no conseguía apartar de su mente la idea de que quizá le había ocurrido algo.

¿Y si ya nunca tuviera oportunidad de decirle que lo amaba? Quizá todo había terminado entre ellos de la forma más terrible...

No, no podría soportarlo.

Desesperada, volvió a la casa y tomó el teléfono. ¿Pero a quién llamar? Si algo le había sucedido aAiden, seguramente ya era demasiado tarde. Decidió llamar a emergencias. Y estaba marcando el número cuando oyó que un vehículo se acercaba. Bajó el teléfono, y rodeó la casa corriendo.

Una desvencijada furgoneta acababa de detenerse detrás de la casa y Aiden se estaba bajando del asiento de pasajeros.

-Gracias por el viaje -gritó, mientras sacaba la tabla de surfing de la parte trasera.

-De nada. Adiós, Aiden -le contestó el conductor.

-¿Qué te ha pasado? -preguntó Aiden en cuanto vio a Zoe empapada-. ¿Te has bañado vestida?

Zoe lo miró fijamente, presa de todo tipo de sentimientos contradictorios. No sabía si quería matarlo o besarlo.

-¡No, cerdo egoísta y desconsiderado! -le espetó-. ¡He estado buscando tu cadáver!

Y rompió a llorar.

20

Durante algunos segundos, Aiden se quedó paralizado por la impresión... Hasta que comprendió lo que se escondía tras las lágrimas de Zoe.

Estaba preocupada por él. Pensaba que lo había perdido. Y eso significaba que verdaderamente le importaba.

No necesitó más alicientes.

Dejó la tabla en el suelo, acortó la distancia que los separaba con dos grandes zancadas y la abrazó.

-Tienes razón. Soy un cerdo egoísta y desconsiderado. He ido andando hasta Fisherman's Beach- Debería haberte dicho adónde iba. Estaba enfadado contigo porque creía que no te importaba. Pensaba que lo único que querías de mí era sexo. Pero si te importo ¿verdad

querida? Dime que en eso no me equivoco, Dime que me quieres.

Le hizo alzar la barbilla para poder mirarla a los ojos.

Eran unos ojos tan hermosos. Y tan expresivos. Podía ver el miedo reflejado en sus profundidades. Pero también podía ver el amor.

O lo que él esperaba fuera amor.

-No temas admitirlo -le dijo con delicadeza-. No te haré ningún daño. Te amo, Zoe, con todo mi corazón. Eso es algo que no le he dicho a ninguna otra mujer en mi vida. Sé que piensas que soy un tramposo con las mujeres por ese juicio al que me sometieron el año pasado, pero no es cierto, si hubo alguna víctima allí, fui yo.

-Cuéntame lo que ocurrió.

-Conocí a Merci en una fiesta y comenzamos a hablar. Cuando me contó que se había quedado sin trabajo y sin casa, le ofrecí que utilizara una de mis habitaciones para invitados durante una temporada. No pensé que pudiera suponer ningún problema, puesto que yo pasaba muy poco tiempo allí. Tengo que admitir que empecé a preocuparme al ver que, al cabo de unas semanas, ella no hacía ningún ademán de marcharse. Pero Merci siempre tenía alguna excusa para no marcharse y yo no encontraba ningún motivo para echarla. Una noche, cuando llegué a casa después de una semana de trabajo, decidió seducirme. Y lo consiguió. A la mañana siguiente, cuando le expliqué que lo que había ocurrido aquella noche había sido un error, ella descubrió su verdadero rostro y admitió que había sido un error, pero mío. Consiguió un abogado y no paró hasta conseguir sacarme mi dinero, Y fin de la historia. Merci nunca fue mi novia. Yo nunca le prometí casarme con ella.

Zoe escrutaba su rostro con la mirada, deseando creerlo, pero sin atreverse a hacerlo.

-Te juro que esa es toda la verdad. Por la vida de mi madre -añadió solemne-. Y si alguna vez llegas a conocerme como me gustaría que lo hicieras, sabrías que eso es algo que no diría nunca a la ligera. Por la sencilla razón de que adoro a mi madre.

Todas las defensas de Zoe se derrumbaron ante aquella declaración.

-Dime que me amas -insistió Amen-. Ahora, dímelo.

-Te amo -le dijo Zoe, con la voz entrecortada.

El júbilo que se extendió por el atractivo rostro de Aiden despejó todas las dudas de Zoe sobre la sinceridad de sus sentimientos.

-He intentado no hacerlo -le confesó Zoe-. He intentado mantener las cosas a un nivel puramente sexual. Me decía a mí misma que no quería conocerte siquiera. Pero en el fondo de mi corazón, siempre he querido compartir contigo algo más que el sexo. Pensaba que estaba siendo fuerte y sensata al hacer que nuestra relación no fuera más que una aventura, pero lo que estaba haciendo en realidad era ser cobarde.

Aiden se separó ligeramente de ella y la miró con dulzura.

-¿Tú una cobarde? Oh, no, Zoe. No eres ninguna cobarde. Eres una mujer valiente, y esa es una de las cosas que me gusta de ti. Tienes carácter, energía y principios.

-¿Cómo puedes decir eso con lo malvada que he sido esta semana?

-¿Malvada? En absoluto. Es imposible que haya habido maldad con lo mucho que nos queremos el uno al otro.

-Oh, Aiden. Yo también te quiero. Lo que sentía por Drake no era verdaderoamor. Ahora me doy cuenta. En cuanto a Greg...

Zoe se mordió el labio, pero ya era demasiado tarde.

-¿Greg?

Zoe decidió entonces que no quería que hubiera fantasmas del pasado entre ellos.

-Sí, un canalla al que conocí nada más llegar a Sydney -le explicó-. Era mi inmediato superior en la empresa de seguros para la que trabajaba. En aquella época estaba gorda y era muy tímida con los hombres. Al parecer, él se apostó con sus colegas que podría acostarse conmigo. Lo consiguió, diciéndome mentiras sobre lo atractiva que me encontraba y lo mucho que me deseaba. Yo era tan ingenua que lo creí. El día después de perder mi virginidad con él, le oí contarle a otro compañero lo patética que era en la cama. Les dijo a sus amigos que deberían pagarle el doble porque desnuda estaba dos veces más gorda.

-Oh, Zoe, tuvo que ser terrible para ti. Pero no todos los hombres son como Greg. O como Drake. Mírame a mí, por ejemplo -añadió con una divertida sonrisa-. Soy un auténtico príncipe.

Zoe soltó una carcajada.

-Tú eres un demonio arrogante, eso es lo que eres. Sabías que me iba a enamorar de ti si venía a tu casa.

-Eso esperaba.

-¿A pesar que yo decía que sólo quería sexo?

-Al principio eso no me preocupaba. Pensaba que el sexo sería una experiencia emocionalmente intensa entre nosotros. Pero tengo que admitir que esta mañana, después de que me ataras a la cama, he empezado a preocuparme.

-Me lo imagino. Me he portado muy mal, ¿verdad?

-Mmm.

-Pero en cuanto me has pedido que hiciéramos el amor, me he dado cuenta de que ya no quería seguir compartiendo sólo sexo contigo.

En los hermosos ojos azules de Aiden bailaba un brillo de diversión.

-Increíble. Has hecho una interpretación muy convincente de una mujer interesada solamente en su placer.

-No quería que supieras que te quería.

Aiden soltó una carcajada.

-Vaya, tengo la sensación de que me va a costar convencerte de que soy un buen chico. Creo que mañana te llevaré a conocer a mi madre. Pero antes, quiero hacer el amor con la mujer a la que amo -la levantó el brazos.

-Dime otra vez que me amas -le pidió a Zoe mientras la llevaba de vuelta hacia la casa.

-Te amo. Aiden.

-Quiero oírtelo decir toda la noche.

-Sí, querido.

-Y eso también quiero oírtelo decir!

-No me he traído secador -se lamentó Zoe mientras inspeccionaba su aspecto en el espejo al día siguiente-. Y tampoco maquillaje- ¿Qué crees que pensará tu madre de mí?

Aiden sonrió.

-Pensará que eres maravillosa. Como yo.

-¿De verdad?

La inseguridad de Zoe sobre su aspecto lo conmovía y lo irritaba al mismo tiempo.

-Tu pelo está perfecto así -insistió-. Y tu piel está resplandeciente esta mañana. A mí me gusta verte tal como eres, Zoe. . Comprendo que vestirte y arreglarte sea algo muy importante para tu vida profesional en Sydney, pero déjalo allí, ¿quieres?

-Sólo quiero causarle una buen impresión a tu madre.

-Para eso basta con que te hayas enamorado de mí. Deberías haberla oído la otra noche. Estaba emocionada. Pero no necesitas arreglarte para ir a ver a mi madre. Ella no es de ese tipo de personas.

-Pero no voy a ir a verla con pantalones cortos. Quiero ponerme los pantalones amarillos y la camisa blanca.

-Si insistes.

-Insisto.

El viaje hacia el norte fue muy agradable. Afortunadamente, no hacía mucho calor, cosa que Zoe agradeció porque la furgoneta de Aiden no tenía aire acondicionado y no le apetecía llegar a casa de la madre de Aiden con el pelo alborotado y empapada en sudor.

Zoe y Aiden charlaron amigablemente durante todo el trayecto y Zoe no comenzó a ponerse nerviosa hasta que giraron hacia Shelley Bay.

-De verdad espero gustarle a tu madre -no pudo evitar decir.

-No te preocupes, le gustarás.

Shelley Bay resultó ser un delicioso pueblo costero, sin edificios altos y de aspecto semitropical.

-Shelley Bay nunca cambiará -señaló Aiden feliz mientras conducía por la calle principal y giraba desde allí hacia la zona más alta del pueblo-. Y ese es precisamente el motivo por el que me gusta.

-Espera unos cuantos años -le advirtió Zoe, mirando por el espejo retrovisor-. Te apuesto a que un constructor terminará levantando una urbanización en esa misma montaña.

-Lo dudo. Porque sucede que yo soy el propietario de esa montaña, y no está en venta.

Zoe se lo quedó mirando con asombro.

-¿Eres tan rico,Aiden?

-Asquerosamente rico en realidad. Pero no tienes por qué preocuparte, querida. No voy a hacerte regalos carísimos, ni a llevarte a restaurantes de cinco estrellas ni hacer todas esa cosas que una vez me dijiste que no hiciera. Pero me vas a poner muy difícil lo de los regalos de Navidad si no me dejas comprarte flores ni perfumes.

-Aiden Mitchell, deja de burlarte de mí. Sabes perfectamente que eso era antes.

-¿Antes de qué?

-Antes de que creyera que me amas.

-Quieres decir que ahora puedo intentar mimarte y corromperte con dinero?

-Creo que lo de la corrupción ya es inevitable Y, diablos, claro que puedes mimarme todo lo que quieras

-Magnífico. Eh, casi me paso la casa de mi madre. Estamos hablando demasiado.

Aiden frenó bruscamente y desvió la furgoneta amarilla hacia un camino empinado y rocoso que conducía a una preciosa casa de madera. Dado que era propiedad de la madre de

Aiden, a Zoe no debería haberla sorprendido que estuviera pintada de color amarillo brillante con una celosía blanca.

La casa estaba flanqueada por. tres árboles del caucho y palmeras. Varios helechos flanqueaban las escaleras que conducían al porche.

Zoe estaba admirando aquella vegetación cuando vio salir de la casa una, mujer que la dejó sin respiración.

Era alta y delgada, con una melena rubia como la miel que le llegaba hasta la cintura. Vestía un sarong de seda turquesa y una camiseta color rojo intenso. Iba descalza y las uñas de los pies también las llevaba pintadas de rojo. Cuando se acercó a Zoe, esta advirtió que no llevaba ni gota de maquillaje. Pero de sus orejas colgaban miles de aros multicolores. Llevaba un arito de oro en la nariz y un brazalete con forma de serpiente en el brazo izquierdo.

Era la madre más exótica y sexy que Zoe había visto en su vida.

-Oh, Dios mío, Aiden -musitó-, es preciosa.

-¿Quién, mi madre? -pareció sorprendido por el cumplido-. Sí, supongo que sí. Pero su alma es todavía más hermosa. Ven, voy a presentártela.

Aiden caminó a grandes zancadas hacia su madre, la levantó en brazos y giró con ella, besándola y abrazándola al mismo tiempo.

-Aiden, bájame -le ordenó su madre al cabo de un rato-. Estoy encantada de verte, querido, ¿pero no crees que deberías presentarme a Zoe? Para eso has venido, ¿verdad? Ya veo que esta mujer especial te ha revivido el espíritu.

Zoe abrió los ojos como platos ante ese sorprendente cumplido y miró fijamente aAiden, que se encogió de hombros y sonrió con cierta timidez. -No hay nadie como mi madre como para ponerme en situaciones embarazosas. Pero sí -confirmó-, has hecho eso, y más -le tomó la mano-. ¿Qué te parece mi Zoe, mamá? ¿No es adorable?

Zoe se sonrojó ligeramente mientras la madre de Aiden la escrutaba con unos ojos idénticos a los de su hijo.

-Creo que si esa es *tu* Zoe, no deberías jugar con ella, hijo. Dile lo que me dijiste a mí anoche. Díselo ahora.

Aiden gimió. Debería habérselo imaginado. Su madre no le permitiría cometer el mismo error que, según ella, había cometido su padre.

-¿Aiden? -preguntó Zoe, preocupada-. ¿A qué se refiere tu madre? ¿Qué tienes que decirme?

Aiden cerró los ojos y de repente se sintió como aquella vez en la que iba en la tabla y había visto una enorme ola acercándose a él. Al igual que en aquella ocasión, no tenía otra opción que reunir valor y remontar la ola.

La situación era muy parecida. Tenía que seguir adelante. Si no lo hacía, estaría perdido. Y perder a Zoe sería perderlo todo.

Abrió los ojos y la miró fijamente.

-Le dije a mi madre que algún día te pediría que te casaras conmigo. Y al parecer mi madre piensa que hoy tiene que ser ese día. ¿Y sabes qué? Tiene razón. Eres mi único y verdadero amor, Zoe, ¿por qué esperar? ¿Quieres casarte conmigo?

Zoe estaba sobrecogida. Su único y verdadero amor. ¡La había llamado su verdadero amor! ¡Y además le había propuesto matrimonio!

-No tienes por qué responderle ahora mismo -le dijo la madre de Aiden con delicadeza-. Sólo quería que fuera sincero contigo. Después de lo que tuviste que pasar con ese otro tipo,

he pensado que necesitabas darte cuenta de lo mucho que te quiere mi hijo.

Aiden elevó los ojos al cielo.

-Mamá, ¿quieres callarte? Y sí que tiene que contestar ahora mismo. Si he tenido el valor para pedírselo, ella tendrá que tener valor para contestarme, ¿qué me dices, Zoe?

Zoe pensó en lo que dirían sus amigos o su familia si estuvieran allí en ese momento. Fran, Mel, Betty. Su padre.

Especialmente su padre.

¿Qué le diría?

Una sonrisa asomó a sus labios cuando comprendió lo que diría su padre: «adelante hija, adelante».

Y probablemente los otros le dirían lo mismo. Pero aun así, iban a llevarse una verdadera sorpresa cuando se lo contara.

Sonrió de oreja a oreja y alzó la mirada hacia los ojos del hombre al que amaba.

-¡Sí! -gritó Aiden, levantando el puño en señal de victoria-. ¡Ha dicho sí!

FIN